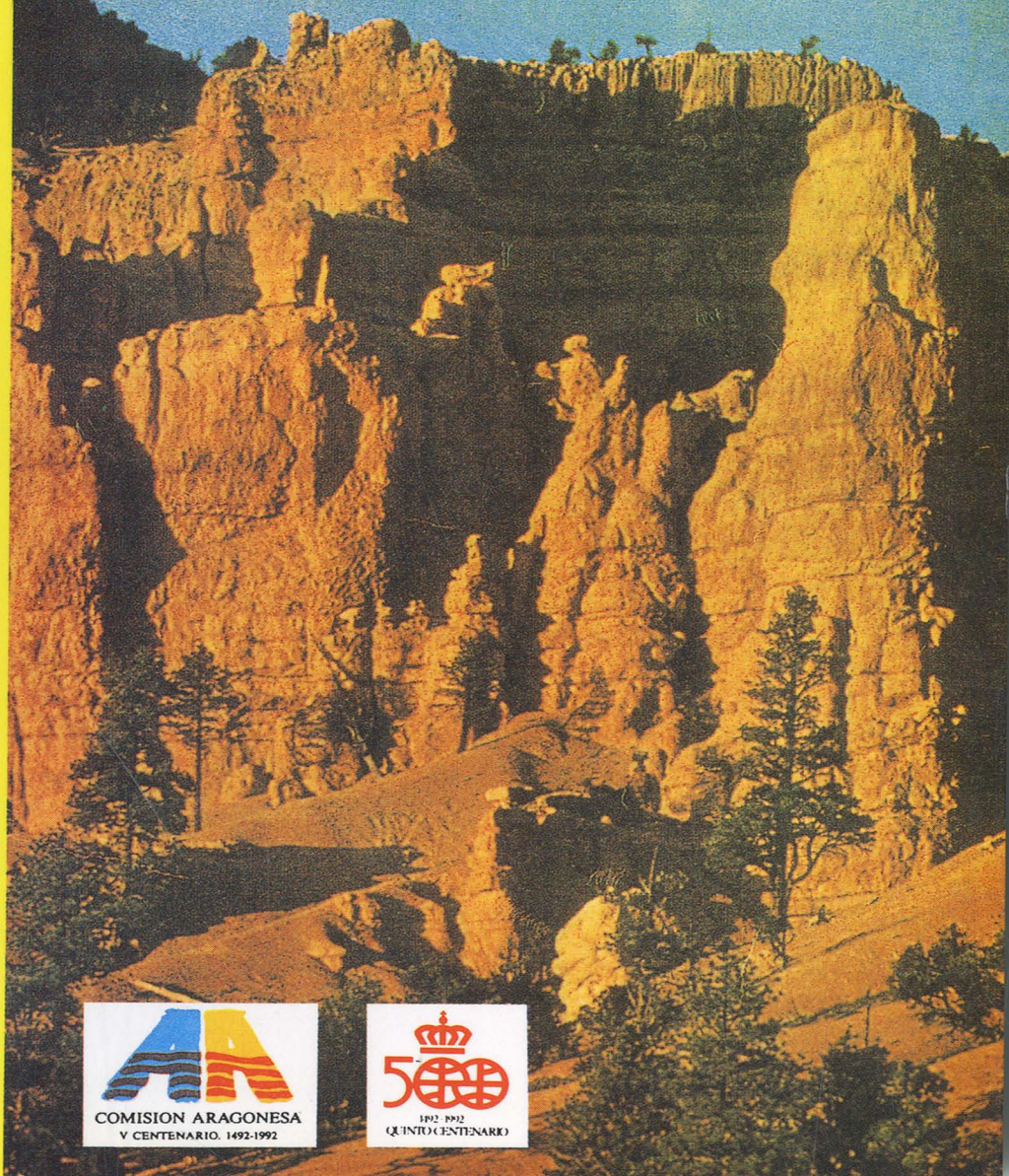
COLECCION ARAGON Y AMERICA

CALIFORNIA EMPIEZA EN ARAGON

JOSE M.ª BARDAVIO



COMISION ARAGONESA
V CENTENARIO. 1492-1992

1492 1992
QUINTO CENTENARIO

CALIFORNIA EMPIEZA EN ARAGON

CALIFORNIA EMPIEZA EN ARAGON

JOSE M.ª BARDAVIO

Edita: **Ediciones Edelvives**
Mira Editores
Oroel
Pórtico
© Comisión Aragonesa Quinto Centenario, 1988
I.S.B.N.: 84-7611-039-1
Depósito legal: Hu-181/88
Imprime: Gráficas Cromo, s.a.
Polígono El Aguila, nº 12
50180 UTEBO (ZARAGOZA)

Printed in Spain

COMISION NACIONAL
DEL QUINTO CENTENARIO

Presidente:
Excmo. Sr. D. Luis Yañez-Barnuevo

Vicepresidenta:
Ilma. Sra. D.ª Pina López-Gay

Secretario:
Ilmo. Sr. D. Tomás Rodríguez-Pantoja

COMISION ARAGONESA
DEL QUINTO CENTENARIO

Presidente de honor:
Excmo. Sr. D. Hipólito Gómez de las Roces
Presidente de la Diputación General de Aragón

Vicepresidente de honor:
Excmo. Sr. D. Darío Vidal Llisterri
Consejero de Cultura y Educación de la D.G.A.

Presidenta:
Ilma. Sra. D.ª María-Dolores Albiac Blanco

Secretario General:
Ilmo. Sr. D. Fernando Oliván García

INDICE

Primeros años 13
El padre Eusebio Kino 17
La misión de San Javier del Bac 21
Primeros viajes 25
El viaje de 1771 33
La expedición de 1774 43
El viaje de 1775 53
La muerte del padre Garcés 95
Mapa de los viajes de fray Francisco Garcés 113

Tan antigua como la existencia de este Reino de Aragón es la vocación que tienen sus habitantes por buscar nuevos y más amplios horizontes a su economía, su cultura y sus relaciones políticas. De aquellos hombres que pasearon las barras de Aragón por todo el Mediterráneo y arribaron a las tierras de Atenas o Neopatria eran legítimos herederos los que aconsejaron a Fernando II emprender con Colón la aventura del viaje hacia el Oeste. El Rey aragonés tomó la histórica decisión —y a nadie más cabe esa primera honra— por razones de Estado y en nombre de la Corona de Aragón.

La empresa era moderna en sus concepciones científicas, mercantiles e investigadoras y en ella reflejó Aragón su presencia desde el inicio, en unión con otras tierras españolas que luego, sin embargo, dejarían más honda huella en los nuevos territorios.

Edificios, ciudades, cátedras universitarias, defensas, expediciones científicas, hospitales, catálogos de fauna y de flora, estudios antropológicos y lingüísticos, llevan el nombre de aragoneses o de tierras de Aragón. Y del aragonés don Pedro Pablo Abarca de Bolea es el primer proyecto de independizar las tierras americanas.

Como presidente de esta Comunidad Autónoma me congratulo de que Aragón estudie ese pasado común con las tierras de la otra orilla del Atlántico, para que los hombres del siglo veinte aprendan de la lección de la Historia a corregir errores, a construir su futuro y a buscar en solidaria armonía nuevas y más humanas formas de convivencia. En esa esperanza deseo el mejor futuro a la Colección «ARAGON-AMERICA» que, con este primer libro, sale ahora a unirse a cuantas iniciativas útiles puedan surgir en torno a esta conmemoración del Quinto Centenario.

Hipólito Gómez de las Roces
Presidente de la Diputación General de Aragón

Durante siglos se ha repetido que en los dominios de la Corona española no se ponía el sol. De hecho, España terminaba por occidente en América, en las Indias. Así ha sido hasta que los movimientos emancipadores de los pueblos americanos ganaron su independencia y, conquistada la libertad, emprendieron la ardua y dignísima tarea de fraguar su propia individualidad, su legislación, su sistema político y económico de convivencia, su modo de relacionarse con las comunidades internacionales o elaboraron su propia cultura. Sustratos indígenas (allí donde pervivieron), aportes europeos, la propia mezcla de cuanto en aquel encuentro y cruce de culturas se produjo, han dado materia primera a las voluntades nacionales de unos pueblos que hoy —y hoy y el futuro son lo importante— se enfrentan, como cualquier país a las eternas cuestiones de nuestra presente historia: los problemas económicos, las desigualdades sociales, la convivencia solidaria en democracia, el derecho de cada hombre a una vida digna y a gozar los bienes de la cultura, el respeto a cada soberanía nacional o la existencia de relaciones internacionales que respeten la independencia y el honor que todos los pueblos del mundo —grandes y chicos, pobres o endeudados— deben enarbolar con entereza y gallardía.

Esta Colección «ARAGON-AMERICA» nace con la voluntad crítica de plasmar en letra impresa la historia de una convivencia que aragoneses y americanos hemos mantenido va ya para quinientos años. La nuestra ha sido una convivencia donde ha habido hermosas páginas de humanismo y amor y hechos abominables. No se trata de emprender, a estas alturas, la elaboración de un «memorial de agravios» o de pretender la justificación de un pasado colonial, con todo cuanto ello supone. Esta colección

quiere solamente, que conozcamos mejor esos siglos de convivencia, extraigamos la lección de la historia —yerros y aciertos— para así poder interpretar correctamente nuestro presente y, con tal bagaje, que aragoneses —españoles— y americanos, todos, seamos capaces de iniciar una andadura conjunta cuyo objetivo sea la creación de una Comunidad que aune esfuerzos (económicos, intelectuales, tecnológicos, ideológicos...) para realizar las empresas e intercambios que por separado estas naciones que hablamos el mismo idioma no podríamos llevar a puerto.

«ARAGON-AMERICA» está destinada a los muchachos que un día regirán esa comunidad de hispanohablantes; «ARAGON-AMERICA» se escribe para las mujeres y los hombres del pueblo; para los que encontramos cualquier día en un mercado, en la oficina o ejerciendo como profesionales. La Colección «ARAGON-AMERICA» se ha concebido con una gran ilusión: que nos conozcamos mejor para que nos amemos y, juntos, creemos el futuro fraterno y solidario que los hombres merecemos y por cuya consecución tantas hermosas páginas de la historia han escrito —con la pluma, con la sangre, con la palabra— tantos hermanos nuestros de todas las razas y nacionalidades.

Este primer libro —por delicada elección de su autor— lleva un título significativo que quiere dar la vuelta a siglos de apropiación por parte española de límites americanos: ahora es una tierra americana —California— la que inicia y prolonga su alcance hasta nuestras casas y campos aragoneses. Que América empiece en España, que los pueblos dejen de poner bardas y fronteras y que el hombre —siempre peregrino— tenga su patria allí donde coloca sus pies y gane su sustento en libertad y en el respeto a su trabajo.

Así ha querido la Comisión Aragonesa del V.º Centenario poner su grano de arena a la construcción de un futuro en paz, en igualdad y en el que el hombre, por fin, sea amigo del hombre.

María-Dolores Albiac Blanco
Presidenta de la Comisión Aragonesa
del Quinto Centenario

PRIMEROS AÑOS

Francisco Tomás Hermenegildo Garcés Maestro nació, según consta en el acta de bautismo de la iglesia parroquial de Santa Ana de Morata de Jalón (Zaragoza), el 12 de abril de 1738. Su padre Juan Garcés Mercado, y su madre Antonia Maestro Cabeza. Al día siguiente fue bautizado. Actuó de padrino su tío mosén Francisco Garcés, capellán de los condes.

A los 16 años ingresó en el convento franciscano de San Carlos de Alpartir, muy cerca de Morata. Para completar estudios de teología fue enviado más tarde al convento de Calatayud. Hacia 1662 se estaba gestionando el paso de un grupo de franciscanos para el colegio de preparación misional de la Santa Cruz de Querétaro, en Nueva España. Fray Francisco pidió permiso para pasar a América, permiso que le fue concedido.

En el Archivo General de Indias se halla la documentación de tramitación requerida para la obtención del permiso de embarque. El documento inicial dice así... *se ha venido a conceder al Colegio de la Santa Fide de Queretaro de la Religión de San Francisco en el Reyno de la Nueva España una misión de 24 religiosos sacerdotes y 2 legos mandando se paguen por la Depositaría de esta ciudad las cantidades que importaren con gasto de arrivamiento, viático, entretenimiento, flete y pasage, así de los mencionado religiosos como de los procuradores que vinieron a solicitar la misión... que se ha de verificar repartidos y acomodados en las fragatas de S. M. nombradas Júpiter y Mercurio que están por hacer el viaje al puerto de la Vera Cruz.*

Con la aprobación preliminar que el documento implica comenzó la gestión de remitir las patentes de viaje a cada uno de los franciscanos seleccionados y la de señalar los honorarios que debían percibir los futuros misioneros: *A consulta del Consejo de Indias de 3 de diciembre de 1761 ha concedido el Rey al colegio de la Santa Fide de Querétaro... una misión de 24 religiosos y dos legos y en consecuencia ha resuelto que se page por esta Depositaría de Indias... la cantidad de siete reales diarios que han de gozar de todo el tiempo que necesitaren hasta llegar desde su convento a esa ciudad* (Cádiz), *caminando ocho leguas en cada un día que justificarán con certificación de los Prelados de los conventos de donde salgan; el de los dos reales diarios que a cada religioso se page durante su demora esperando embarcación; el de los 10 ducados que se les acostumbra a dar por transitar por la Nueva España. El ajuste de su transporte lo practica V.S. con los Maestres o dueños de los navíos con el mayor ahorro de la Real Hacienda librando V.S. en virtud de esta orden sobre las cajas de Veracruz y Mexico el todo parte del importe.*

Así pues fueron enviadas las patentes a cada uno de los directores de los conventos para que certificaran el lugar de partida desde donde iba a emprender viaje hasta Cádiz el futuro misionero. La de fray Francisco Garcés está firmada por fray Francisco del Val, guardián del colegio de San Lorenzo de la villa de La Almunia, lugar inequívoco desde donde fray Francisco emprendió su camino a Cádiz y San Lúcar de Barrameda. Las leguas recorridas sumaron 150. En otro documento el administrador general de los oficios de Correo y Postas del partido de Cádiz certifica las distancias entre los lugares de salida de los religiosos hasta su destino común en Cádiz. Luego se procedió al pago correspondiente. Las operaciones que se efectuaban para evitar impostores, nos permiten conocer algunos datos del aspecto físico de fray Francisco: *edad veinticuatro años. Poca barba. Moreno claro. Ojos y pelo negros.*

Los 26 religiosos fueron distribuidos en las dos fragatas de su majestad, gobernadas por D. Florencio Romeo, teniente

de navío que mandaba el Mercurio, y D. José Calvo, de la misma graduación, que capitaneaba el Júpiter. En esta última embarcó el padre Garcés. Además de otros viajeros, las fragatas transportaban azogue y correo del Rey. El 1 de agosto de 1763 zarparon hacia el puerto de Veracruz. Una fortísima tempestad separó los barcos. Con extraordinarias dificultades consiguieron llegar el Júpiter a Puerto Rico y el Mercurio a Cuba. El Júpiter necesitó un mes para arreglar los desperfectos, transcurrido este tiempo se hizo a la mar llegando sin otro percance a Veracruz el 8 de noviembre de 1763. Desde allí emprendieron el camino a pie hacia Querétaro en donde recibieron la noticia del naufragio del Mercurio frente a las costas de Méjico, los padres habían conseguido salvarse.

En el colegio de la Santa Cruz, fray Francisco estuvo dedicado a su preparación misional y al ejercicio de labores sacerdotales entre fieles, hasta que en 1767 la orden de expulsión de los jesuitas supuso a los franciscanos el ensanchamiento de su campo misional. Fray Francisco fue nombrado misionero para ocupar algún lugar de la provincia de Sonora al noroeste de Méjico.

Quince misioneros bajo la presidencia de Fr. Mariano Antonio Buena y Alcalde salieron de Querétaro con destino a Tepic. Estuvieron allí tres largos meses esperando el embarque, que, al fin, se efectuó el 20 de enero de 1768 en el puerto de San Blas, pero en un barco tan escaso que pronto estuvo a punto de naufragar. La navegación se prolongó y varios frailes enfermaron. Esta circunstancia aconsejó tocar puerto y dejar en él a los enfermos. El resto siguió la ruta hacia el puerto de Guaymas en el Golfo de California. Reunidos todos los misioneros en el presidio de Horcasitas, se le asignó a cada uno el lugar y la misión correspondiente. A fray Francisco le fue asignada la situada más al norte y también la más peligrosa. Se llamaba San Javier del Bac.

Fray Francisco pudo quedarse en Morata de Jalón bajo la tutela de su tío, capellán de los condes, en donde con toda seguridad hubiese disfrutado un sacerdocio bien cómodo. Pudo

dedicarse a la teología y especializar su vocación sacerdotal por los caminos del pensamiento y la abstracción. Sin embargo, dejó esas vías y pidió permiso para pasar a América. Y ahora lo vemos camino de San Javier del Bac, una misión que los jesuitas llamaban «el noviciado» *ya que ningún misionero aguantaba en ella más de un año.* Si Garcés fue enviado a San Javier no fue por casualidad: los responsables de esta decisión sabían que ponían al mejor en el sitio más difícil. En todo caso, los logros del padre Garcés fueron, sin duda, mucho mayores que las altas expectativas puestas en él por sus superiores.

EL PADRE EUSEBIO KINO

Los primeros intentos de ocupar misionalmente Sonora, ese territorio que ahora atraviesa el padre Garcés en su caminar hacia su destino, se realizaron a fines del siglo XVII. Tales intentos supusieron un considerable empuje de la frontera del virreinato hacia el norte y de la influencia española de los territorios que van desde la Baja California a los ríos Colorado y Gila. Esta empresa misional realizada justo un siglo antes de la llegada a estas tierras del padre Garcés, descansó en la voluntad de un jesuita llamado Eusebio Kino que fue también un formidable explorador.

El padre Eusebio Kino nació en el Tirol austriaco el 10 de agosto de 1644. Entró en la Compañía de Jesús el 20 de noviembre de 1665. Estudio Teología, Matemáticas y Geografía en las universidades de Ingolstadt y Friburgo. Rechazó la cátedra de matemáticas que le ofreció Ingolstadt pidiendo que se le permitiera pasar a Indias como misionero. En 1678 viajó a Sevilla y embarcó poco después en Cádiz. Las primeras noticias de su estancia en Méjico son de 1681. Dos años más tarde, participó en calidad de cosmógrafo en la expedición de Isidro Otondo y Antillón que se dirigía a la Baja California. La expedición no consiguió resultados prácticos. Los escasos recursos, el nombramiento de Otondo para hacerse cargo del galeón de Manila, etc. hizo que la expedición volviera a Méjico y así *la conquista y conversión de California quedó suspendida.*

Pero el padre Kino no se desanimó e, inmediatamente, pidió al padre provincial *que lo era fray Luis del Canto, licencia para venir a estas gentilidades.* En 1687 fundó la misión de

Nuestra Señora de los Dolores del Banozté o de Cosari. Desde esta base para sus exploraciones, inició los trabajos que le llevaron a descubrir el istmo de la península de la Baja California. Los mapas de su época la mostraban como una isla; sin embargo, los cosmógrafos que Cortés había enviado desde Méjico a explorar la zona, habían dejado claro que el golfo de California o mar de Cortés, estaba cerrado al Norte. Deseoso de aclarar la contradicción exploró la zona noroccidental de Sonora: *Llegué hasta cerca de la junta de los ríos Gila y Colorado y los naturales nos dieron unas conchas azules y todavía no se nos ofreció que por aquí había paso por tierra a la California o remate de su mar, y solo en el camino, cuando veníamos de vuelta para Nuestra Señora de los Dolores, se me ofreció que dichas conchas azules serían de la contracosta de la California y mar del Sur y que por donde ellas habían venido de allá, por acá nosotros podríamos pasar allá y a la California.*

Las conchas azules eran de la misma naturaleza que las observadas por el propio padre Kino en la costa californiana en aquella expedición marítima al mando de Otondo y Antillón. Deseoso de confirmar sus fundadas suposiciones, hizo varias exploraciones siguiendo la costa del golfo de California, *a las sesenta leguas de camino llegué en tres ocasiones y con distintas personas hasta la costa del mar de California... vimos patentemente que este brazo de mar se iba estrechando pues en esa altura de 33 grados veíamos ya tan distintamente más de 25 leguas de tierra corrida de la California que no le echábamos más de 15 ó 20 leguas de travesía o anchura a dicho brazo de mar.* Y en un viaje posterior, concretamente en 1698, completó el descubrimiento cuando *a 31 grados de altura a las 105 leguas de distancia de Nuestra Señora de los Dolores, rumbo del noroeste, en el muy alto cerro o antiguo volcán de Santa Clara, divisé patentísimamente, con anteojo y sin él, el encerramiento de estas tierras de la Nueva España y de la California y el remate de ese mar de California y el paso por tierra que en 35 grados de altura había.*

Fijada la peninsularidad de la Baja California y consciente de la extrema pobreza de estas tierras, concibió el plan de fundar

misiones en los parajes más fértiles de Sonora y abastecer a través del istmo a las más pobres de California. Luego se estableció en la misión más al norte por él fundada y que llamó San Javier del Bac. Desde allí concibió su tercer gran proyecto: establecer un camino entre Sonora y Nuevo Méjico. *Tratamos del modo que pudiera haber de entrar hasta los Moquis del Nuevo Mexico y hallamos que via recta y al Norte sería muy dificultosa la entrada por cuanto estos primas estaban encontrados con los apaches que viven de por medio, aunque la distancia y el camino no había de ser más de 60 ó 70 leguas, pues este valle de San Javier del Bac está en 32 grados y medio de altura y los moquis y Zuñi en 36 grados.*

En resumen, la obra del padre Kino supuso tres acciones distintas pero perfectamente complementarias. En primer lugar, comprobar la peninsularidad de la Baja California. En segundo lugar, fundar misiones en las zonas más fértiles de Sonora para lograr abastecer por tierra a las más pobres de la Baja California. En tercer lugar, proyectar un camino que uniera estas misiones por él fundadas con las de Nuevo Méjico. Un camino jamás recorrido por europeo alguno hasta la llegada un siglo después a San Javier del Bac del padre Garcés. Pero toda esta empresa proyectada e iniciada por Kino se detuvo cuando murió. Los indios iniciaron una serie de levantamientos que debilitaron las misiones y el plan expansional de Kino quedó postergado y finalmente olvidado. Desde su muerte hasta la llegada del padre Garcés no se había hecho nada. Las misiones fundadas por el jesuita se hallaban bajo la tensión permanente de los ataques de los indios en una zona de frontera en donde el poder real español se disolvía cada vez más y era más teórico que efectivo.

Al valorar la obra del padre Garcés debe de tenerse en cuenta la labor fundacional de este genial antecesor suyo que fue el padre Kino. Garcés fue su continuador. También fue el que lo llevó hasta sus últimas consecuencias. Y el que amplió los proyectos de Kino al unir California con Nuevo Méjico, algo ni tan siquiera soñado por Kino. El padre Garcés descubrió un camino para unir Sonora con California (con la California

actualmente territorio de los EE.UU.). Este descubrimiento fue trascendental para la época: sin este paso por tierra las misiones de fray Junípero Serra se hubieran perdido; el camino descubierto por el padre Garcés permitió su poblamiento, avituallamiento y defensa. Se formaron expediciones tan importantes que los historiadores norteamericanos dicen de ellas (y en particular de la que se organizó en 1775) *fueron las mejor organizadas y las más importantes de todas las emprendidas en cualquier época hacia California, incluidas las del siglo XIX con motivo del descubrimiento de oro en suelo californiano.* Aquí hay que detenerse y meditar un poco. La historia de los Estados Unidos se hizo mediante un movimiento expansivo que se inició en la costa atlántica en el siglo XVII, se dirigió hacia el Oeste durante el XVIII, terminando el periplo a finales del XIX. La historia de los Estados Unidos es la historia de una frontera que avanza lentamente de océano a océano. La personalidad norteamericana está formada en aquellos individuos, familias y expediciones que conquistaron tan enorme territorio que así quedó forjada para siempre. Y, sin embargo, la expedición española organizada inmediatamente después del descubrimiento del padre Garcés de 1771, es tenida por los historiadores norteamericanos como la *mejor, más importante, mejor organizada* y con mejores resultados finales de *todas* las expediciones con destino a California. Lo cual significa que un aragonés de Morata de Jalón, hizo la historia de los Estados Unidos mejor que los propios norteamericanos. Descubrió los Estados Unidos mejor que los norteamericanos.

LA MISION DE SAN JAVIER DEL BAC

El padre Garcés llegó a San Javier del Bac el 30 de junio de 1768. En su paso hacia la misión se detuvo en el fuerte de Tubac, para cumplimentar a su capitán Don Juan Bautista de Anza. Allí fue tratado con toda amabilidad por su esposa y familiares. Ya en San Javier, distante a escasas leguas del fuerte, se dio cuenta de que pocos indios hablaban castellano y de que muy pocos acudían a las clases de doctrina. Los dos soldados destacados del fuerte obraban dando buen ejemplo. En Tucson, el pueblo de visita asignado a la misión, los indios le recibieron afectuosamente y levantaron un cobertizo para que estuviera más cómodo. Estas primeras impresiones las comunicó por carta a Don Juan Pineda, entonces gobernador de Sonora. En ella incluye un inventario de lo que considera imprescindible: *Se lo digo son lo más viejo y fatal algunas cosas. Lo preciso es dos cerrajas, una caja o baúl capaz para tener ornamento y plata libres de ratones y lagartijas con cerraja siquiera para el Padre, quien tampoco tiene ni arca ni cosa en que bajo llave tenga el chocolate. Una cajita para los óleos, una tixera para las Hostias y un caxón algo grande que parece servirá para muchas cosas necesarias. No pido sino lo que es mas necesario para mi. La caridad de un toldo no grande y un tintero de manga para llevar. Cuando haya ocasión pediré navajero...*

San Javier se encuentra —le recuerda al padre a Pineda— *en el último término de su gobierno. Es el último pueblo de la cristiandad.* Una ojeada a un mapa de la época nos pone al corriente de lo que tal cosa significaba. Limitaba por el este y nordeste con la zona de asentamiento apache. Los apaches mantenían en estado de terror no sólo a los territorios fronterizos

de su influencia sino, incluso, del interior de Sonora. Al norte se extendían los inmensos territorios de Arizona totalmente desconocidos atravesados ligerísimamente por algunos de los excepcionales componentes de la expedición de Coronado de 1540. Este desconocido norte geográfico suponía también un peligro por las incursiones de pimas rebeldes, de gileños y hasta de papagos. Estos últimos ocupaban la zona desértica extendida al oeste de San Javier y, aunque sus relaciones con los españoles eran pacíficas, existían pruebas de alianzas ocasionales con los peligrosos seris. Los seris representaban por el oeste el peligro constante que los apaches representaban por el este. San Javier no se libró de estos ataques. Ataques que suponían muertes, la ruina de las cosechas y el robo de reses y caballos. Hay que tener en cuenta este estado de amenaza constante, de guerrilla y saqueo permanentes, para valorar convenientemente la labor del padre Garcés rodeado de peligros, pero sin desistir jamás en sus empeños. El 20 de febrero de 1769 los apaches atacaron San Javier. Eran alrededor de las ocho y media de la mañana. Un grupo se acercó arrojando flechas y jaras mientras que el otro atacó a los que conducían las reses recién sacadas del corral. Lograron entrar dentro de la misión, que estaba protegida por los dos soldados de Tubac. Arrojaron sus armas contra ellos y contra la iglesia en donde se habían refugiado los indios pimas. Cuando comprobaron que el primer grupo había tenido tiempo de robar el ganado se dieron a la fuga. En esta ocasión no hubo muertos y sólo un pima fue herido en el brazo, pero de los trescientos animales de tiro, carga y monta quedaron treinta vacas, veinte yeguas y potros, unos pocos caballos y tres yuntas de bueyes. En otra carta al gobernador, el padre Garcés da cuenta de este incidente reconociendo que no existe posibilidad de respuesta eficaz, ya que los indios amigos están atemorizados y resulta imposible organizar con ellos cualquier tipo de acción ofensiva. El miedo y la frecuencia de estos ataques estaba ocasionado el despueble de las rancherías indias situadas en las inmediaciones. En agosto de 1770 el despoblamiento fue masivo y ni siquiera los fuertes de Tubac y Tucson se libraron de los ataques apaches.

Cinco meses después, los apaches volvieron a atacar San Javier. Eran sólo seis y con toda impunidad llegaron hasta los corrales y se llevaron las reses que quisieron *sin que los pimas hicieran nada por detenerlos y menos por perseguirlos.* El padre Garcés se encontraba ese día en el presidio de Tubac, y enterado del robo y de que en las inmediaciones de San Javier se habían congregado gran número de apaches, salió hacia allí para defender con los dos soldados que le acompañaron a Tubac, la iglesia y la casa. Llegados a la misión vieron los *humazos* que hacían los apaches pero no atacaron. Habían robado lo suficiente en Terrenate y se estaban organizando para volver a sus tierras.

Esta peligrosa realidad que encuentra en San Javier, no era nueva, venía en realidad de siempre. E iba a continuar así durante muchos años. Ocho años más tarde, cuando el padre Garcés era estimado como la figura más sobresaliente de la frontera, el caballero de Croix que ostentaba el cargo supremo de la recién creada Comandancia General de las Provincias Internas, escribía al virrey Bucareli la siguiente carta: *Muy Señor mío. Aunque me he hecho cargo de cuanto V.E. se sirve decirme... no puedo menos de repetir mis instancias en solicitud de los auxilios que indispensablemente necesito para precaver la próxima ruina de todas las provincias de mi cargo. Esta de la Nueva Vizcaya ha visto en los cinco años los funestos efectos de 1.664 muertos vasallos de N. S. y despueble de 116 haciendas y ranchos, y robos de 66.755 cabezas de ganado mayor y las demás desgracias que acredita el adjunto estado. La de Sonora se halla muy cerca de perderse enteramente porque declarada ya la sublevación de los seris, con vehementes indicios que tomen su ejemplo otros. Continúan las noticias melancólicas de Don Juan Bautista de Anza, clamando por el pronto socorro. Finalmente, las de Cohahuila y Texas sufren los mismos irremediables irrupciones de los enemigos que no detallo para evitar a V.E. la molestia y el dolor que le causará estas noticias tan lastimosas.*

Dos mil hombres pedía a V.E. para aumentar la pequeña fuerza de 1846 que guarnecen las dilatas fronteras de estas

provincias y aún me parece corto aquel auxilio; pero me contentaría que a lo menos se sirviera V.E. franquearme la mitad en el interim y que la soberana piedad del Rey se sirva concederme el todo. Crea su Excelencia que estos auxilios son indispensables y de no facilitármelos su superior bondad se pierdan sin remedio las provincias, siendo víctimas inocentes las vidas y haciendas de los vasallos del Rey y aun mi honor y el de mis subalternos... Son muy preciosos los territorios que S.M. se ha dignado confiarme y ellos están a las puertas de su última desolación. No permita V.E. que veamos esta desgracia. Para la guerra de los indios es a propósito la gente del país, pero todos los oficiales de grado y muchos sujetos inteligentes y de experiencia creen útil la mezcla y unión de tropas veteranas. Anza es uno de ellos, el padre Garcés es otro y aun todos...

Así pues, no sólo no había declarado la actitud beligerante de los indios después de la cacareada *pacificación de Sonora* de la que hablaremos luego, sino que los ataques habían aumentado según las cifras del Comandante General. Otra conclusión que se desprende de esta carta, es que en 1777 el padre Garcés era una figura importante y Croix refiere su opinión (siendo un tema militar) como elemento fundamental e imprescindible ante el problema indio. Tendremos ocasión de comprobar a lo largo de nuestro estudio, cómo el virrey Bucareli tenía en muy alta estima la labor del padre Garcés, de cómo hizo saber al ministro de Indias en Madrid sus hazañas, y cómo el Rey se conmovió y felicitó al padre por sus exploraciones y descubrimientos.

No insistiremos en este importante apartado de la hostilidad ambiental vivida tan pronto y tan de cerca por el misionero aragonés, pero hay que tenerla presente para estimar adecuadamente su brío y su fe. Desoyendo a la prudencia, se internó él solo hacia le norte, atravesando territorios totalmente desconocidos, tribus hostiles y todo tipo de peligros. Lo hizo con un objetivo bien concreto: descubrir el camino que hiciera posible la salvación de las misiones recién fundadas por fray Junípero Serra en la costa californiana.

PRIMEROS VIAJES

El padre Garcés hizo su primer viaje hacia el desconocido norte, dos meses después de la llegada a San Javier del Bac. Por lo tanto, y como dijimos antes, no parece que debió impresionarle mucho el estado de terror y pillaje que mantenían en la región las tribus enemigas. Para tener alguna idea de cómo sería recibido, mandó emisarios pimas de su misión para hacerle llegar la intención de su visita a los jefes de las tribus que proyectaba visitar, su deseo de conocerles y hacerles llegar su mensaje espiritual. Enterado el oficial de Tubac de las intenciones del padre, le mandó una carta para disuadirle, recordándole los peligros que hallaría al norte. Mientras tanto, habían vuelto a San Javier sus emisarios pimas acompañados de cuatro mensajeros de las tribus indias expresando el deseo de sus jefes de que el padre fuese a visitarlos. Entusiasmado por tan optimistas perspectivas, se puso de inmediato en camino acompañado sólo por un intérprete y los cuatro mensajeros. *Anduvieron hacia el Norte y Noroeste recorriendo 80 leguas, deteniéndose en distintas rancherías de los indios papagos. Les predicaba a través del intérprete y citaba a los viejos y principales en lo que ellos llaman «rueda» alrededor del fuego desde que entraba la noche hasta las dos de la madrugada. Les hablaba de los divinos misterios y con gran tenacidad les hacía conocer a Dios y sus soberanos atributos. Les decía del Rey nuestro señor, de su grandeza, reynos y guerras. Todo lo admiraban y no sin sagacidad le preguntaban por qué había entrado a aquellas tierras, cómo era el Rey, cómo había pasado el mar, qué era lo que buscaba o si había entrado sólo por ver sus tierras. Asegurábanle también que ellos estaban de buena fe con los*

españoles y que por su parte no había repugnancia para que se les pusieran nuevas misiones. Advirtió el Padre que cuando respondía a lo que había entrado, informados de su estado e instituto le escuchaban demasiadamente y celebraban mucho la figura de las sandalias, del hábito y de la cuerda. Pidiéndole con demasiada tenacidad que les bautizase a sus hijos, lo que no pudieron conseguir por no haber certeza de que se les fundasen las misiones. Pero el disgusto que tenían con esta repulsa, se les mitigaba con decirles que nuestro Rey es muy piadoso y que en sabiendo sus buenas intenciones les enviaría misioneros que les enseñaran y vivieran con ellos.

No obstante, el padre bautizó a varios niños enfermos de sarampión y prosiguió con encuentros similares hasta llegar a las márgenes del Gila. Luego, de vuelta hacia San Javier, los indios se turnaron en darle escolta y, a menudo, tanto a él como al intérprete, les obsequiaban. *Obsequios tales y de tales gentes y en la circunstancia de ir yo tan pobre son sumamente apreciables.*

Al poco de llegar a San Javier, enfermó. Como la enfermedad —fiebre muy alta y pérdida de la voz— persistía, el misionero de Guevari vino a buscarle y lo trasladó a su misión para atenderle adecuadamente. Mientras convalecía en Guevari, los apaches atacaron San Javier. Los tres soldados (normalmente dos) destacados del fuerte próximo, fueron torturados y muertos. El gobernador de la misión (cargo local designado por el misionero en la persona de algún indio de su confianza) fue también asesinado allí mismo. Robaron todas las reses y caballos. Las construcciones sufrieron tales desperfectos que la misión quedó prácticamente destruída. La mayoría de los pimas estaban recogiendo frutos en los campos cercanos pero no sufrieron violencia alguna.

Desde pocos años antes, concretamente desde 1765, se estaba organizando una campaña de pacificación al mando de D. José de Gálvez, recién llegado a Méjico desde España, en calidad de visitador de los tribunales de Justicia y Hacienda. Entre otros encargos debía investigar una acusación de malver-

sación de fondos. Además debía ejecutar la Real Orden de extrañamiento de los jesuitas. Durante estas tareas fue percatándose de la difícil situación de las provincias del norte, aquejadas por los continuos ataques de indios externos (apaches) y de levantamiento de los que vivían en el interior (especialmente seris y pimas). El particular enlace natural que representaba Sonora, la provincia más al norte, en relación con las misiones de fray Junípero Serra, recientemente fundadas y el peligro de que esta rica y estratégica provincia se perdiera, le hicieron concebir un plan de pacificación para terminar con tan angustiosa situación. En 1766 se crearon varias compañías volantes que debían cubrir los sectores sometidos a hostilidades. El ataque a San Javier de 1768 al que nos referíamos antes, hizo que una de esas compañías organizara una batida por las cercanías de San Javier. Pero los ataques apaches se habían extendido por todas las misiones y presidios del norte. *En este mismo de 69 habían hostigado los apaches con sus continuas invasiones, muertes y robos a todos los presidios y misiones por lo que se les fue a dar una campaña a sus propias tierras y llevando por capellán al padre Garcés.*

Gálvez estaba en la Baja California para desde allí iniciar el ataque definitivo barriendo a los indios desde el oeste hacia el este. En su avance llegó a Sonora pero allí, en lugar de proseguir la acción ofensiva, cambio de táctica, prefiriendo obtener la rendición de los indios a través de mensajes disuasorios expresados en un bando:

Hago saber a los enemigos Seris y Pimas que si obstinados en su revolución hicieran alguna hostilidad dentro del prefinido término o no se vinieran a mi presencia según les amonesto y mando; llegará el día de su total ruina y del exemplar castigo que merecen sus muchos y sacrílegos delitos; porque inmediatamente les mandaré tratar con todos los rigores de la Guerra y sin que a ninguno de ellos se de cuartel, ni perdone la vida y aunque para extinguirlos sobren fuerzas y armas en las tropas que existen en Sonora, haré aumentar considerablemente el número de ellas con todos los fieles vasallos que tiene Su Majesad en la

basta extensión de ambas provincias; y concurriré personalmente a todas partes, para hacerles experimentar la severidad de la justicia, y que conozcan (aunque tarde) que no puede esconderse ni evitar los golpes del supremo poder de los Reyes del Cielo y de la tierra que les amenazan...

Pero el bando no impresionó a casi nadie y Gálvez anunció que perdonaría a las tribus que solicitasen ese perdón. Sólo un pequeño grupo de sububapas atendieron la oferta, mientras tanto seris y pimas tuvieron tiempo suficiente para unirse y hacerse fuertes en Cerro Prieto. Gálvez envió allí emisarios para ofrecer las paces y el perdón, pero nada se consiguió, así que el 23 de julio del 69 se inició una enérgica campaña ofensiva. Un importante jefe seris llamado Chirante fue hecho prisionero. El capitán López de Cuellar del fuerte de Janos, al mando de 500 hombres, derrotó a los apaches. Don Juan Bautista de Anza, del presidio de Tubac, se dirigió contra los pimas altos hostigando sus focos tradicionales de resistencia, y luego se dirigió a Cerro Prieto y en el cajón de Nopalera derrotó a los seris pero muchos de ellos tuvieron tiempo de huir hacia su otro foco de resistencia en la isla de Tiburón.

Estos triunfos, aunque importantes, no fueron definitivos ya que a primeros de octubre Gálvez estaba reunido con los oficiales tratando de un nuevo y definitivo ataque contra Cerro Prieto. En estas fechas es cuando aparecieron los primeros síntomas de la enfermedad del visitador. De ella se dijo vagamente que eran tercianas, pero en realidad se trataba de un ataque de locura (algunos historiadores dudan de si fue real o fingido). Se ocultó el carácter de la enfermedad por la identificación entre locura y posesión demoníaca. El profesor Mario Hernández Sánchez Barba transcribe un documento por él localizado que refleja crudamente el estado mental del visitador: *A las dos de la mañana (13 de octubre) saldría precipitadamente de su tienda y llamando al sargento mayor Don Matías de Armona que pasaba por allí le dijo lo siguiente: Acaba de traerme unos pliegos San Francisco de Asís por los que me instruía de la ignorancia de los Gefes Militares de la Guerra que*

hacían los indios enemigos los que él iba a destruir en tres días con solo traer de Goathemala 600 Monas que vistiendolas a la soldadesca y echándolas a correr por Cerro Prieto auyentarían facilmente a los contrarios a muchas leguas de distancia.

Mientras sucedía todo esto, el padre Garcés había confeccionado un proyecto de fundación de misiones a la vista de las experiencias obtenidas en su viaje de 1768 y en este de 1769. Este plan fue enviado al presidio de Horcasitas en donde se encontraba Gálvez sufriendo los primeros efectos de su enfermedad.

La escasa repercusión de este plan inicial, no le desanimó en absoluto. Al año siguiente un brote de sarampión localizado al norte de su misión, le movió a visitar los poblados indios del río Gila conocidos en el 68. Y luego a adentrarse hasta su unión con el río Colorado por regiones jamás visitadas por europeos. El padre Garcés había aprendido a hablar el pima y prescindió de intérprete. En esta ocasión recorrió 90 leguas. Un año después volvió a visitar esta mismas región renovando los contactos con los indios, profundizando la evangelización y animándoles a solicitar misiones en sus territorios.

Estos primeros viajes no tienen gran importancia en cuanto a realizaciones, duración y logros, si los comparamos con los de 1771, 1774 y 1775. Sirvieron desde luego como toma de contacto con terribles zonas desérticas por las que en viajes posteriores acabaría encontrando el difícil camino de llegada a California, un camino tenido por todos como imposible. Sirvieron también estos viajes para iniciar la imprescindible labor de pacificación que, como hemos visto, se había convertido en el problema más serio; aunque, claro está, la labor de pacificación del padre Garcés distaba mucho de las convenciones teatrales y de la retórica usada por Gálvez. El padre hablaba de tú a tú, curaba enfermos y, sobre todo, quería convencer a los indios de algo que para él constituía una verdad total e incuestionable: su conversión al *vasallaje de las dos majestades*, ya que sólo así estarían a salvo material y espiritualmente.

Del viaje de 1770 existe un manuscrito firmado por el

cronista del colegio de Querétaro, que por ser rigurosamente contemporáneo al padre Garcés y fiel exponente del relato que obligatoriamente mandó Garcés a Querétaro, merece la pena transcribirlo. Nótese aquí cómo la bondad, entrega, confianza, sencillez, sabiduría y un autentico amor al prójimo, constituyen las reacciones espontáneas, las virtudes naturales, de fray Francisco Garcés. Con esta mentalidad, con esta entrega total, con esta falta de egoísmo, la conquista espiritual, y aun material, de los territorios del norte se hubieran realizado fácilmente. Pero como tendremos ocasión de ver, no todos eran como el padre Garcés, él era efectivamente la excepción, el hombre excepcional:

Por octubre de este mismo año de setenta se padecía en toda la provincia la epidemia de Sarampión con malignas fiebre y diarreas, de que murieron muchos. Y habiéndose huído de la Misión de San Javier del Bac una muger casada los Indios Pima del Gila le enviaron mensageros al Padre Fancisco Garces, avisandole de su trabajo y rogandole que fuese a socorrerles y estos avisaran que una Christiana estaba muy enferma y por recoger a la primera, auxiliar a la segunda y consolar a todos no teniendo en la misión enfermos ni novedad alguna y con ánimo de volver a los cinco días, salió el diez y ocho equipado de solo la caridad y zelo apostólico y caminando al Noroeste de su Misión, atravesó un valle distinto de otros que tenía andados en los Papagos, registró las racherías de Cuitoat Oapars, y Tubasa, de los cuales hay algunos en la Misión no acabandose de agregar todos por el temor que han concebido de que luego mueran. Buscando la enfermedad se encaminó el diez y nueve al Poniente, vio varias Rancherías volantonas, y el Aquitum pero al torcer hacía él, encontró una Gentil viejísima y muy enferma a la que catequizó y bautizó con mucho gusto suyo, y murió luego.

El día veinte llegó al rio Gila y los Indios de las Rancherías de Pitac lo recibieron con mucho agasajo y allí bautizó los párvulos enfermos que estaban en más peligro, y el veintiuno paso al parage que había estado dos años antes y el indio que

los gobernaba le aseguró que todos querían tener Padre que los enseñara; aquí le fue preciso bautizar veinte y dos y muy dificil romper las dificultades que le pusieron para pôder salir, por que casi a fuerza le querían detener; Por fin salió y rio abaxo vio grandes siembras, y varias Rancherías especialmente una muy poblada que estaba en la otra banda del rio, y llaman Napout. En dicho parage dixo el Padre Misa y bautizó dos enfermos muy agravados.

*Viendo el Padre mucha gente y buena tierra le dixeron que estaba cerca de allí la Nación de los Opas que hablan la lengua de los Yumas y Cocomaricopas y dexando a los Indios que le acompañaban con solo uno del Gila que llevaba un poco de pinole y tasajos se fue, y pasando por el pueblo de Sutaquisón y otro más abaxo de mucha gente llegó el veinte y tres a una salina y caminando entre Norte y Poniente y ya noche llegó a los Opas que buscaba. Ya el Padre estaba medianamente instruído en el idioma Pima y en él les hablaba y así le recibieron muy bien, y les pudo predicar, porque entre ellos había algunos Pimas u Opas viejos que le entendían. No habían visto estos indios gentes blanca, y así de todo estaban admirados y mas del trage del Padre. Preguntaban si era hombre o Muger. Si era casado y otras impertinencias iguales a su rudeza. Corre la gentilidad de estos y de su misma lengua por los rios Gila y Colorado y también por los rios Azul, Verde, Salado y otros que entran al Colorado. En este que viene del Norte hay otras Naciones que baxan a comerciar con las dichas y con las del Moqui. Por cuidado de la Misión que había dexado sola, no registró otras Rancherías, y baxando al Sur salió por una sierra que corta el Gila a otra de Opas y ya tarde paró en un Xacal que parecía de poca gente, pero a la noche vino y le dieron varias noticias por medio de un Pima, la que dixo que en un pueblo de Opas, se había visto gentes blancas que vinieron a hacer cambalache por el Moqui (*Nuevo Mejico*). Dia veinte y ocho pasó por varias Rancherías y siembras de temporal, acompañado siempre de viejos y muchachos, y paró en casa de un viejo de Sutaquisón, y vio seis Indios del rio Colorado, que agasajó con pinole, y determinó volverse por el Oriente, arrancándosele el corazón de*

dexar aquellas gentes, pues morían algunas del Sarampión, y solo bautizó un parbulo que al ruido de los llantos lo halló ya casi espirando. Tres días anduvo por despoblado hasta llegar a las Rancherías ya conocidas de los Papagos en donde le dixeron que había muerto la mayor parte de los parvulos y la vieja que había bautizado.

Noventa leguas reguló el Padre que había andado en este viaje.

EL VIAJE DE 1771

La frontera noroccidental del virreinato de Nueva España era un espacio en el que se disolvía la impronta de lo español. Un lugar de conflicto permanente, consecuencia de la negativa radical de los apaches a aceptar el dominio español. Y el ejemplo apache secundado con mayor o menor fidelidad por la mayoría de las tribus indias que vivían a ambos lados de la frontera. Pero en 1769 un nuevo e impensable factor alteró esas características tradicionales. La frontera hasta entonces detenida —permanentemente mermada por el pillaje y el crimen de apaches y seris— tiende ahora a moverse, a expandirse hacia el norte a la búsqueda de nuevos destinos.

Sucedió que al principio de la década de los 70, algunos grupos de cazadores y comerciantes rusos habían pasado al Pacífico norte invadiento territorios de la corona de España. Los rusos sólo buscaban pieles y en su fácil y lucrativa actividad se iban internando hacia el sur siguiendo la costa y cazando en sus inmediaciones. De vez en cuando construían algunos efímeros refugios y almacenes. Pero hasta que no se supo las auténticas intenciones de los rusos, en Madrid (en donde se guarda la copiosa documentación diplomática con San Petersburgo sobre este asunto) y muy especialmente en Méjico, se creó un estado de nervios e incetidumbre muy compresinble si se tiene en cuenta lo raro e imprevisible de la aparición rusa. En todo caso algo había que hacer. Y al fin se ordenó que varios barcos zarparan siguiendo la costa hacia el norte emplazando grandes cruces y señales para advertir que el territorio no sólo era español legalmente sino realmente. Y así se hizo. De paso, las

iniciativas franciscanas de llevar el cristianismo más al norte de las fronteras tradicionales, fueron respaldadas inmediatamente por Madrid y, claro está, por Méjico. En este sentido —aunque no necesariamente como consecuencia directa de ello— las fundaciones de fray Junípero Serra en la costa californiana, como también las exploraciones y descubrimientos del padre Garcés, son nuevos y poderosos tirones que empujaron hacia el norte los límites de la frontera tradicional. Y el norte era la dirección que el Estado estimaba más conveniente para responder al peligro de la presencia rusa en el Pacífico. La reacción de ir hacia el norte, sentida más o menos sutilmente por las distintas capas de la aparato del poder, es lo que en buena medida determinó aquello que la historia conoce como *última expansión española en América.* Expansión y fundación de misiones en California, exploraciones navales por la costa del Pacífico y, en lo que a nosotros nos concierne más directamente, exploraciones por Arizona, sur de Nevada, Nuevo Méjico y área interior de California. El padre Garcés fue pionero y protagonista fundamental de esa actividad de explorar el norte y tierra adentro.

Las dificultades que se le ofrecieron al tomar contacto con la realidad geográfica, se refieren fundamentalmente al caracter desértico que presentan grandes zonas enmarcadas dentro de los paralelos 33 al 36. Los viajes realizados por el Padre Garcés antes de 1771 le habían llevado hasta el río Gila. El sabía que, ante todo, debía de conocer muy bien esa región y a sus habitantes, antes de dirigirse a California. Sabía que controlando el cruce natural de caminos que era la confluencia del Gila con el Colorado (lugar en donde paradójicamente existían los únicos vados seguros), el primer e importante paso hacia California estaba asegurado. En sus viajes anteriores, y ahora en este del 71, acabó de conocer el río Gila y a las tribus que lo habitaban. El Gila nace en la sierra de Mogollón que era territorio apache, atravesaba la Apachería alcanzando luego las tierras de los pimas gileños; recorría la zona septentrional de los papagos y parte del territorio de los cocomaricopas, cruzaba más abajo los fértiles valles que habitaban los yumas y en ese mismo territorio,

desembocaba en el Colorado. Se trataba, ahora en 1771, de conocer la confluencia de los dos ríos, de explorar el Colorado hasta su desembocadura y, por fin, tratar de llegar a California. Además se internaría también por los desiertos situados desde San Javier a la costa en dirección noroeste.

Aunque la exploración de estos territorios no necesitaba ninguna justificación, la verdad era que las misiones californianas podían desaparecer porque era muy difícil su avituallamiento. Si se descubriera un camino para llegar a ellas por tierra, se evitaría la deficiente fuente de abastecimiento que era el puerto de San Blas. San Blas estaba situado en la costa continental al sur de la extensa península de la Baja California, por lo tanto, demasiado lejos; y el viaje demasiado penoso por el tiempo que se tardaba, por los riesgos de la navegación en aquellas aguas, y por la escasez y falta de calado de los barcos que operaban en la zona. La falta de comunicación, desde Sonora a California, por tierra, se hacía sentir desde hacía muchos años. Recordemos el famoso plan de Kino formulado a fines del siglo XVII. Sin embargo eran pocos los que se atrevían a enfrentarse con la realidad de un viaje en donde el desconocimiento absoluto de la región, constituía razón suficiente para eludir su enfrentamiento. Ni siquera el valioso descubrimiento del padre Kino de la peninsularidad de la Baja California (que daba razón a los cosmógrafos de Cortés), se había aceptado ni, por lo tanto, tenido geográficamente en cuenta. Hemos consultado un documento del Archivo General de Indias en donde en 1770 todavía se dudaba de la existencia el istmo.

Pero la incógnita del istmo era sólo una de las incógnitas a resolver. Antes de llegar a esa zona, el padre Garcés debía atravesar la Papaguería. El paso desde la Pimería a California por la Papaguería resultaba extraordinariamente complicado. La zona noroeste de la Pimería era conocida con el nombre de Papaguería. Sus límites naturales eran, por el norte el curso inferior del río Gila; por el sur el río de la Asunción; por el oeste la costa oriental del mar de Cortés y desembocadura del Colorado; por el este el territorio era desconocido hasta las cercanías de la misión del padre Garcés a la que se accedía sin

peligros, exclusivamente por el sur. El padre Kino consiguió fundar hacia 1694 una misión en la Papaguería. Se llamó Sonoitac. Fue destruída en 1754 y en la época que estamos tratando (1771), debe considerarse la región como típica tierra de frontera o, lo que es lo mismo, tierra de nadie o de muy escasa influencia española. Si consultamos el mapa del ingeniero Don Nicolás de Láfora levantado precisamente en 1771, comprobaremos que los errores de tan excelente trabajo se refieren casi exclusivamente a esta enorme región. Solamente están señaladas unas pocas rancherías y una leyenda: «Papaguería, escasa de agua». Si el padre Kino levantó una misión en tan tremendo desierto, se debió a su interés en acercarse a California construyendo bases misionales que dispuestas en rosario, ayudándose unas con otras, alcanzaran California.

Hacia Sonoitac emprende el padre Gracés este viaje de 1771. Después de la dificultad inicial de atravesar la tierra de los papagos, debía cruzar (sin conocer rumbos fijos ni fuentes de agua) el desierto del Colorado. Es decir, al final de la Papaguería (o desierto de Yuma), se hallaría en el centro del enorme desierto que se extiende por el sur de California, sur de Arizona y norte de Sonora. Allí, en el centro de este espacio natural idéntico, uniforme y terrible, debía de encontrar un camino hacia las misiones que Serra fundó mucho más comodamente viajando por mar. El padre Garcés, en el centro de lo desconocido, debería de localizar fuentes de agua y ordenarlas en un trazado por el que se moverían expediciones futuras, y además experimentar en su persona la actitud de los indios y, si era positiva, atraerlos *al vasallage de las dos Magestades.*

Salió de San Javier el 8 de agosto de 1771 con tres guías indios y una caballería para la carga. En su camino hacia Sonoitac pasaron por las aldeas papagas de Cacovista, Pipía, Aití, El Camoqui, Estojavabi, Cuba, El Aquituun y Zoani. En la ranchería de Cuba supo que los yumas eran ahora amigos de los papagos especialmente de los que habitaban la zona oeste de la región. En el viaje de 1770 había deseado visitar a los yumas, una de las tribus más importantes y con más influencia en la región, pero su enemistad con los pimas (los indios de su

misión) no le había aconsejado tal cosa. Sabía el padre que debía conocerlos lo antes posible, pero al plantear a los guías sus intenciones, le dijeron que se negarían a acompañarle en la seguridad de que todos, incluído el padre, perderían la vida. Sin embargo se impuso su firme decisión y cuando llegó el momento, el padre veló por ellos y nunca fueron molestados. El 17 de agosto mantenían todavía un rumbo básicamente oeste, y el paisaje seguía ofreciendo la aridez inconfundible del desierto. La zona que atravesaban era de las más peligrosas, más tarde recibió el nombre de camino del Diablo. Después de Tinajas Altas ascendió al cerro desde el que el padre Kino observó la desembocadura del Colorado en el mar de Cortés y el istmo de la península de la Baja California. La intención de proseguir hacia el oeste, tuvo que ser aplazada ante el encuentro con unos pimas que insistieron visitara su aldea en el Gila. Dos días más tarde descendía por la margen izquierda adentrándose por el curso inferior cerca ya de la desembocadura en el Colorado. Así, el día 23, aproximadamente a las 10 de la noche, estaba en los yumas después de atravesar el Colorado pero creyendo que había atravesado el Gila. Hasta el viaje de 1774 no se daría cuenta de su error, explicable según él mismo narra, a causa de la enorme corriente que llevaba el Gila debida a las lluvias torrenciales de las últimas semanas; su cauce era tan extraordinariamente ancho que al confluir en el Colorado no notaron aumento en el caudal.

En los yumas conoció a su jefe llamado Olleyquotequiebe, que cobraría especial importancia algunos años más tarde y que acabaría siendo el principal responsable de la muerte del padre Garcés. Pero ahora los yumas se portaron extremadamente bien con él. Olleyquotequiebe le acompaño en su recorrido aguas abajo del Colorado, pasando por una ranchería que el padre llamó San Pablo de los Yumas *no reconocí* —escribe en el diario— *el hecho de que andaba a lo largo de la orilla del Colorado ni lo hubiera creído teniendo en cuenta las muchas mentiras que observé decían los indios como que los que se encontraban aguas abajo eran sus enemigos. Mas tarde comprendí ambos hechos.* Los yumas trataron de disuadirle de su

idea de continuar por las márgenes de lo que suponía el Gila y, al tercer día de camino, Olleyquotequiebe se volvió abandonando al padre Garcés a su suerte. Por tres veces intentó proseguir por el mismo rumbo y las tres veces le abandonaron los guías teniendo que volver finalmente a San Pablo. El 1 de septiembre volvió a intentarlo, esta vez con éxito y el día cuatro llegó a una rachería fuera de territorio de influencia yuma que llamo Santa Rosa. Después de muchos esfuerzos y de vencer numerosas dificultades, alcanzó la parte baja del río en donde ya se dejaba sentir la marea. Durante doce días recorrió minuciosamente la zona y aunque se perdió varias veces en el intrincado laberinto de tierras pantanosas, tan terribles contratiempos no le inquietaron mucho ya que continuó explorando para cerciorarse con detalle de la naturaleza y posibilidades del delta. Las dificultades de encontrar accesos y agua potable en aquellos lodazales, le aconsejaron volver hacia el norte descansando en el primer lugar seguro que encontró. Al día siguiente quiso ir hacia donde había oído vivían los quiquimas pero la mula, enloquecida por el hambre y la sed, huyó.

El 15 de septiembre encontró indios cajuenches que habitaban al sur de los yumas. Los cajuenches recibieron alborozados al padre y le condujeron hasta una ranchería que llamó La Llagas de San Francisco. Perseverando en la idea de llegar al río Colorado, emprendió con guías cajuenches la marcha hacia el oeste. Pero los guías desertaron y después de continuar en solitario por parajes muy inhóspitos, tuvo que volver de nuevo a Las Llagas. Los indios se ofrecieron a acompañarlo de vuelta a la misión de San Javier, pero el padre no quería abandonar la zona sin llegar al Colorado. Intentó de nuevo la salida hacia el oeste, pero los indios se obstinaron en seguir el rumbo norte. Llegaron a una laguna que llamó de San Mateo en donde improvisaron una balsa y la cruzaron. Más tarde llegaron a otra laguna al pie de una sierra. Manteniendo la sierra (a la que llamó Cerro Prieto) al oeste, atravesaron un arroyo de aguas turbias y saladas que bautizó con el nombre de San Lino. El día 24 llegaron a una ranchería que llamó San Jacome.

Utilizando San Jacome como base, realizó diversas exploraciones hacia el oeste. En una de ellas encontró a unos indios que le aseguraron que los españoles de San Diego se hallaban a unos siete días de marcha. Su alegría fue inmensa y pudo comprobar que no mentían al reconocer los objetos españoles que llevaba el padre y que pronunciaban algunas palabras en castellano. Estos indios le aseguraron además, que a tres días de camino, en un lugar llamado Maqueque o Maquete, había agua en abundancia. Y el padre Garcés, en lugar de dirigirse a California y obtener los honores del descubrimiento, se dirigió hacia donde le decían había agua. Ese lugar —calculaba— necesariamente debía de estar relacionado con el Colorado. Obstinado en solucionar el problema del agua para evitarlo a las futuras expediciones que siguieran este camino hacia California, se dirigió hacia allí. Pero el único indio pima decidido a acompañarle se negó a continuar cuando empezó a escasear lo que con tanto afán buscaban. El padre prosiguó en solitario. No le importaba la falta de agua presente, convencido de que en la otra vertiente de la sierra encontraría, por fin, el Colorado. Pero al llegar allí no hallarlo, y sentir una sed terrible, volvió a San Jacome teniendo que caminar toda la noche y buena parte del día siguiente. Después de unas horas de descanso, y haciendo gala de una santa perseverancia, lo volvió a intentar. Ahora con un rumbo noroeste. Caminó veinticuatro horas por una llanura rigurosamente desértica y, al despuntar el día, divisó Sierra Madre. Desde donde él se hallaba, la montaña sugería la figura del siete. Continuando ahora hacia el norte, llegó hasta las estribaciones de los montes de San Jacinto comprobando que se abría un paso entre la sierra, era el paso de San Felipe. Este descubrimiento significaba hallarse ante las mismas puertas de California, significaba que acababa de descubrir el paso idóneo entre Sonora y California.

En 1774, tres años más tarde, Don Juan Bautista de Anza, capitán del presidio de Tubac, al mando de una expedición militar, llevando al padre Garcés como guía, atravesó el paso de San Felipe llegando al poco a la misión de San Gabriel en el Pacífico. Ahora, en lugar de atravesar el paso y llegar facilmente

a California, siguió dedicado a buscar fuentes de agua y señalarlas en su diario. Sin embargo, los hallazgos fueron escasos y el 31 de septiembre decidió volver a San Jacome lo que supone que en esta ocasión anduvo sin agua alrededor de tres días y medio. Todavía intentó dos veces más, llegar al lugar en donde los indios le aseguraron la existencia de abundante cantidad de agua, pero no lo encontró. Como decíamos, podía haber llegado facilmente a la costa, sin embargo el padre Garcés rehuía la notoriedad. Había descubierto el camino a California (aunque en ese momento él buscaba el Colorado). Lo verdaderamente importante era ponerlo en conocimiento de las personas adecuadas para que, en el menor tiempo posible, se obtuvieran los mejores resultados en aras de esa ansiada comunicación entre Sonora y las misiones de la costa del Pacífico.

Emprendió la vuelta el 13 de octubre. Pasó por las rancherías de Santa Olalla y Santa Rosa, entrando en la zona de dunas del desierto del Colorado atravesándolo en dirección sureste para salir a San Pablo de los Yumas. Antes de llegar allí, en una rachería que llamó de los Muertos, se enteró de que los yumas luchaban con algunas tribus del Gila. Para evitar todo incidente, cambió de ruta siguiendo el bajo Colorado. Lo cruzó el 13 de octubre y se preparó para atravesar el desierto que lo separaba de Sonoitac. Lo atravesó por su zona más rigurosamente desértica, por unos parajes por los que el padre Kino tuvo que desistir de superarlos en tres ocasiones distintas.

El balance de lo realizado por el padre Garcés en este viaje es de una importancia extraordinaria. Atravesó el desierto de Colorado (jamás cruzado ni conocido por europeos), por dos rumbos distintos. Descubrió el camino entre Sonora y California, desterrando para siempre los errores y confusiones en torno a esa región. Lo importante era que se podía transitar, y que además, la distancia no era tanta como se pensaba. Efectivamente, las distancias recorridas por el padre Garcés en este viaje no fueron demasiado grandes y es que la empresa consistió —si se nos permite el símil— en buscar una aguja en un pajar. Nadie sabía si el paso era posible, si habría fuentes de agua, si los indios eran amigos o enemigos y los mapas no describían la

región. Todo era impreciso, vago, incierto y peligroso. Para adentrarse en ese laberinto lleno de peligros y encontrar la salida, sólo se necesitaba un temple muy firme y una fe inquebrantable.

En el próximo capítulo transcribimos una carta del capitán Anza dirigida al virrey Bucareli en la que solicita permiso para organizar una expedición militar y llegar a las misiones de California *...me conceda permiso a fin de abrir comunicación al Puerto de Monterrey con esta Provincia de Sonora asunto que se ha tenido por muy difícil o dificultoso sin el menor fundamento.* Este decisivo argumento para convencer al virrey (la fácil realización de la empresa), tenía un único origen: el padre Garcés. El fuerte mandado por Anza se hallaba, como sabemos, muy cerca de San Javier del Bac. El Padre confiaba en Anza y sabía de su valor, de su legítima ambición, y de su sentido del deber. Y Anza, asombrado de que el padre Garcés —un recién llegado a esas tierras—, hubiera encontrado el paso de California tenido desde siempre por imposible, se apresuró a escribir al virrey para pedir un permiso que sin duda obtendría y que suponía un tanto fundamental para su carrera. No sabemos si Anza sabía que todo esfuerzo por expandir la frontera hacia el norte iba a contar con el apoyo del gobierno virreinal empeñado en contrarrestar la inquietante y misteriosa presencia rusa en el Pacífico. Ni tampoco si el padre Garcés sabía tal cosa, probablemente no, porque no existe comentario alguno al respecto en ninguno de sus diarios. Pero el padre Garcés era un hombre dotado de un carisma muy especial que jamás despertó ánimo de violencia entre indios enemigos declarados de los españoles, y era también un explorador nato. Y ahora la historia necesitaba a hombres como él. España estaba realizando la última expansión de su historia, guiada por la mano muy firme de un humilde franciscano que rehuía el triunfo pero que era el autor inequívoco de las últimas hazañas de los españoles en suelo americano.

LA EXPEDICION DE 1774

El día dos de mayo de 1772, Don Juan Bautista de Anza, capitán del presidio de Tubac, escribió al virrey la siguiente carta: *Excelentísimo Señor. Los grandes deseos que en todo tiempo me acompañan al mejor servicio de Su Magestad y adelantamiento de sus conquistas, me estimulan a suplicar a Su Excelencia... me conceda el permiso a fin de hacer las diligencias necesarias a fin de abrir comunicación entre el Puerto de Monterrey y esta Provincia de Sonora, asunto que se ha tenido por muy difícil o dificultoso aunque sin el menor fundamento... Hay en el día bastantes indicios de que se podría conseguir a poca costa... El año pasado de 1769, que fue el mismo año en que se hicieron las expediciones a Monterrey, tuve noticia por la Nación Gentil Pima, que está situada a 50 leguas de este Presidio en el Rio Gila, que las bastas Naciones que lo pueblan les habían participado que a la otra parte del Colorado a alguna distancia, pasaban gentes blancas cosa que ellos nunca habían visto... Esto de haber visto gente blanca lo ratificó también el Padre Garcés. Este celoso Misionero con el fin de prepararles para recibir el Santo Evangelio, se introdujo solo y con imponderables trabajos y habiendo estado en la junta de ambos rios, se mantuvo en ellos muchos días conversando con las naciones que lo pueblan de los que fue bien recibido por su natural docilidad. Supo por la Nación Yuma que abraza mucha parte del Colorado, que a no mucha distancia de ellos habia gente blanca. Los que habían logrado verlos* (decían) *que eran de nuestro común lenguaje y les habian enseñado la abuja del Norte, el vidrio para encender el fuego y otros instrumentos de nuestro uso que el Padre no llevaba... que a su Norte y Oriente*

(Nuevo Méjico) *había gente de nuestra especie, distinta de la que señalaron a Poniente.* (El padre Garcés) *Desde el mismo Rio Colorado descubrió una gran Serranía de color azul y cree aunque no la pasó que puede ser la que costeó nuestra tropa cuando pasó a Monterrey... pues de esta Sierra hasta ahora, a lo menos por acá, no teníamos noticias y creo ha consistido en que cuando han viajado al Colorado siempre se inclinaban a la costa y como no subían al Norte no podían descubrirla. En la inteligencia de todo, dicho reverendo Padre y yo nos persuadimos de que la distancia de aquí a Monterrey no es tanta como se abultaba antiguamente y que la que se encuentra no sea posible vencerla, por lo cual si todo mereciera la aprobación de Su Excelencia espero merecerle encargue al Presidente de estas Misiones conceda permiso de que me acompañe el nominado Padre, con quien estoy acorde para sacrificarme al fin y a cuanto conduzca al servicio de Su Majestad... Mi Presidio Exmo. Señor es uno de los que esencialmente están destinados a la frontera de los apaches y el penúltimo al Golfo de Californias... y que considero oportuno el de Octubre en adelante... Quede libre la Campaña a mi cargo para poder sacar de ella 20 ó 25 soldados que considero suficientes para ponerla en práctica... Firmado en Tubac. Dirigida al Virrey y Capitán General.*

La propuesta del capitán del fuerte de Tubac interesó mucho al virrey que decidió consultar de inmediato con el ingeniero Don Miguel de Constansó integrante de la reciente expedición marítima que precisamente acababa de fundar Monterrey. Constansó había venido a Nueva España con el equipo que, dirigido por el marqués de Rubí, debía revisar la ubicación de los presidios de la frontera norte. Tanto la consulta del virrey como la respuesta del ingeniero, se guardan en el Archivo General de Indias. El detallado informe de Constansó venía encabezado por los tres problemas fundamentales a resolver. En primer lugar, había que calcular la distancia entre Tubac y San Diego, y desde San Diego a Monterrey. En segundo, lugar verificar si eran fiable las noticias de los indios sobre los establecimientos españoles de California. Y en tercer

lugar, si resultaría asequible y útil la apertura de la comunicación que proponía Anza. Las operaciones para calcular las distancias las resolvió así: *San Diego se halla en los 32 grados 45 minutos de latitud Norte y 258 grados de longitud contados desde el meridiano de Tenerife. Y el Presidio de Tubac, según informes del ingeniero Don Nicolás de Láfora, en los 32 grados exactos. Por los tanto la distancia directa entre San Diego y Tubac ha de ser de 180 leguas corrientes del Reyno que consta como todos saben de 5000 varas de Castilla cada una.*

Con referencia al segundo problema Constansó opinaba lo siguiente: *No puede dudarse de que los Indios tengan entre sí algún género de comunicación y comercio... de mano en mano se comunican aquello de que abundan unos y carecen otros y en estas permutas se dan recíprocas noticias de sus tierras. Ello lo tengo de experiencia habiendo visto en manos de los indios de la Canal de Santa Bárbara ciertas Alhajas que venían de los Españoles del Nuevo Méjico como son pedazos de plata labrada, cuchillos, trozos de espada ancha y de hierro labrado, mantas y tejidos de lana, diciéndome aquellos que los adquirían de la parte del Oriente en donde habitan unos hombres vestidos y armados como nosotros íbamos. Así pues no dificulto que los indios, por iguales términos hayan adquirido noticias de la gente de San Diego.*

Con respecto a la tercera cuestión, Constansó se limitaba a señalar que *conocido ya el terreno hasta el Colorado se tiene vencido gran parte del viaje sin que se ofrezca mas dificultad que la de buscar paso en las serranías que median entre el Colorado y la costa del Mar del Sur.*

Esto último ya lo había realizado el padre Garcés, aunque no le resultó tan sencillo como parecía sugerir Constansó. El ingeniero no contaba con la escasez de agua y las dificultades del desierto. El diario del viaje del padre Garcés de 1771 sí que expresa puntualmente estas dificultades y cómo resolverlas, al señalar una ruta de fuentes de agua que hacían posible el camino.

Dos soldados participantes en la expedición marítima a

Monterrey —aconsejaba seguidamente Constansó— deberían ir en esta solicitada por Anza, *a fin de que llegados a la costa del Mar del Sur* (Pacífico) *conozcan si están más arriba o más abaxo del Puerto de San Diego y se dirijan a él sin titubeos.* Después de esta prudente recomendación, amplía su opinión sobre lo oportuno de la apertura de un camino de unión entre ambas provincias en los siguentes términos: *La utilidad de este Descubrimiento no puede ocultarse a la perspicacia de Vuestra Excelencia. Las tierras del Norte de California* (se refiere al norte de la península de la Baja California) *son pobres y escasas de frutos y por consiguiente no pueden proporcionar el menor socorro a los nuevos establecimientos de San Diego y Monterrey. Si alguno han recibido por tierra ha sido desde el Presidio de Loreto remitiendo el gobernador de aquella península parte de lo que a él se le envía en granos y efectos desde San Blas. La distancia desde Loreto a San Diego es de 30 leguas de áspero camino en gran parte lo que dificulta mucho los socorros. La navegación de San Blas a San Diego es larga y dificultosa, los buques en que se hace son cortos y no permiten el transporte de familias para poblar aquel establecimiento de modo que las gentes que quedan en él y en Monterrey viven condenadas a un perpetua e involuntario celibato. Al contrario la Sonora es tierra en donde se cosecha todo género de granos y frutos y la distancia desde Tubac al Puerto de San Diego no es inmoderada como se dijo, y abierta la comunicación que propone el Capitán Don Juan Bautista de Anza, se les facilitará a los de San Diego y Monterrey unos socorros más prontos y podrían traer familias para poblar...*

Bucareli debió considerar muy digno de tener en cuenta ese informe de Constansó. El viaje del padre Garcés le había entusiasmado y, aunque todavía no había conseguido que le mandaran el diario, conocía lo fundamental de sus logros. En un «Resumen de noticias» o informe periódico que mandaba al ministro de Indias en Madrid, decía: *el celoso espíritu y apostólicas fatigas del padre Garcés no solo son dignas de alabanza sino que prometen una copiosísima mies de Almas dispuestas a reducirse al gremio de nuestra religión y que acaso*

pueda lograrse el descubrimiento de la comunicación por tierra con el Puerto de Monterrey.

Decidido, pues, Bucareli a iniciar los trámites para la aprobación y financiación de la empresa expedicionaria, convocó una Junta de Guerra y Real Hacienda que ante la propuesta de Anza, los logros del padre Garcés y las recomendaciones de Constansó, debía de decidir sobre la conveniencia de la proyectada expedición. La Junta estaba integrada por Don Domingo de Valcarcel del Consejo de S. M. en el Real Supremo de Indias; Don José Rodríguez del Toro, Caballero de la Orden de Calatrava y del Consejo de S. M. y juez de la Audencia de Méjico; Don José Antonio Areche del Consejo de S. M. y fiscal de la Real Audiencia; Don Juan Crisóstomo de Barroeta del Consejo de S. M. y regente del Tribunal y Real Audiencia de Cuentas de Nueva España; Don Santiago Abad, contador del Tribunal y Real Hacienda de Cuentas; Don Pedro Valdés, contador; Don Juan Antonio Gutierrez, factor, veedor y proveedor; Don Fernando Mangino, contador general del real Tributo; y Don Juan Antonio de Arce y Arroyo.

Los componentes de esta Junta, presidida por el virrey, firmaron un documento que recogía los asuntos tratados. Un resumen del mismo fue remitido al Rey a través de su ministro de Indias y se guarda en el Archivo General de Indias; lleva el número 613 dentro del legajo 513 de la sección llamada «Audiencia de Guadalajara». Dice así: *Se informa de las disposiciones de la Junta de Guerra y Real Hacienda sobre la petición de Don Juan Bautista de Anza de que se le deje explorar o abrir comunicación por tierra desde Tubac con el Presidio de Monterrey en compañía del Reverendo Padre Fray Francisco Garcés O. F. M. y 20 ó 25 soldados. Que el ingeniero Don Miguel Constansó informa que la distancia entre San Diego y Tubac es de unas 180 leguas corrientes del Reyno. Que conocido el terreno del Río Colorado se tienen vencidas gran parte de las dificultades en buscar paso a las cercanías que median entre el Colorado y las Costas del Mar del Sur y que de esta forma se podrán facilitar socorros a Monterrey y San Diego y podrán poblarse aquellos establecimientos.*

Un documento inmediatamente posterior del fiscal de la Audiencia de Méjico, aconsejaba que se realizase la expedición, *por las muchas ventajas y escaso gasto a la Real Hacienda.*.

Entre las resoluciones adicionales de la junta, hay una muy especial, dice así: *Se le ruega y encarga la M. R. P. F. F. Garcés y Misionero de la Misión de San Xavier del Bac que en su zelo y aplicación a la conquista espiritual de las Almas ha conseguido internarse en aquellos Paises y de quien ha adquirido algunas especiales noticias así de la docilidad de los Indios Yumas y Pimas como de los fructífero de sus tierras, remita el Diario que tan repetidas veces le tiene pedido este Exmo. Señor; Que de la entrada del Padre Garcés en el año próximo pasado al Rio Colorado, solo se tiene en este Gobierno una confusa noticia, sin que hasta ahora se haya podido conseguir el Diario, no obstante que lo he pedido con repetición, y que este parece uno de los documentos más precisos para su determinación.*

El culpable de este retraso era el director del colegio de Querétaro. El padre Garcés debía dar cuenta por escrito a sus superiores de la actividad diaria de cada viaje, y así lo había hecho. Pero el director del colegio de preparación misional ponía serios reparos a lo que el padre Garcés había escrito en lo concerniente a ciertas costumbres indias. El virrey, que pedía el diario insitentemente, acabó exigiéndolo pues se trataba de una pieza clave para la autorización de la expedición. El propio director al enviarlo al virrey, declaró que lo había retenido porque contenía *alguna demasía que advirtió en los Gentiles en la pasión de la lascivia.* Evidentemente una demora bastante ridícula teniendo en cuenta que la existencia de las misiones franciscanas de California dependía de que se lograra la comunicación con Sonora, y este diario del padre Garcés demostraba que podía hacerse y cómo debía hacerse.

Don Juan Bautista de Anza sí valoraba el transcendente significado del viaje del padre. El fuerte y la misión se hallaban en permanente contacto. Ambos mantuvieron largas conversaciones después del viaje de 1771, y de ellas surgió la idea de solicitar al virrey el permiso para organizar la expedición que,

puesta a su mando, llegaría a la costa siendo para él el honor del descubrimiento. El padre Garcés halló el camino, pero no llegó físicamente hasta el final. Trasladaba a otros sus experiencias dejando que pisaran la línea de meta y se llevaran los honores, los triunfos y los ascensos. Pero la humildad del padre Garcés no puede impedirnos a nosotros la valoración estricta de sus hazañas como explorador y pacificador, y también como excepcional ser humano.

Fray Mariano Buena y Alcalde proporcionó al virrey (probablemente censurados) los diarios del padre Garcés. En la última parte del informe añadía su opinión personal sobre la inclusión de fray Francisco en la próxima expedición de Anza: *Hallo por muy preciso y convenienfe al servicio de Dios y el Rey que este digno Ministro Apostólico buelba a emprender otro viage como el que formó el concepto y disposición de aquellas gentes y que se logre el fin deseado de que abracen nuestra Santa Ley Católica y aumenten a Su Magestad el número de sus Basallos y por consiguiente como enemigos que han sido siempre de los Apaches motivarles ostilidades y dividir parte de su fuerza.*

Cuando, siguiendo las resoluciones de la Junta, se habían hecho todas las gestiones, el virrey consultó también con fray Junípero Serra, que contestó le parecía *convenientísimo, como también, si fuera dable, que se practicara lo mismo con la Provincia de Nuevo Méjico.*

La Junta de Guerra y Real Hacienda volvió a reunirse y a la vista de los informes favorables procedentes de todas las consultas realizadas, aprobó la petición de Anza. Agregó la siguente recomendación: ... *que procure en su expedición y viage dejar las buenas señales que cabe esperar con las Naciones que intermedien, tratándoles él y su comitiva con afabilidad y dulzura sin causarle el más pequeño desabrimiento para que ellas mismas le hagan más fácil la empresa y seguridad de aquel camino si la consiguen.*

A la una de la tarde del 8 de enero de 1774, se puso en marcha la expedición después de haber oído una misa solemne.

Los componentes de la misma eran Don Juan Bautista de Anza, capitán de la expedición (en menos de un año fue ascendido a comandante y luego a tenienente coronel). Los misioneros franciscanos fray Fancisco Garcés y fray Juan Díaz. Veinte soldados voluntarios de Tubac. Un soldado (siguiendo la recomendación de Constansó) que ya había estado en Monterrey. Un intérprete. Un indio de Tubac. Cinco arrieros y dos sirvientes. Mediante rápidas diligencias se había conseguido reunir 130 caballos, pero justo antes de salir la expedición, fueron robados por los apaches. Los expedicionarios tuvieron que marchar al presidio de Altar en donde se les suministraron algunos animales que suplieron muy desproporcionadamente a los robados en Tubac. En este presidio de Altar encontraron a un indio que había hecho el viaje desde San Gabriel hasta Altar, es decir, había hecho a la inversa, el viaje que ahora iba a emprender la expedición. Este indio, bautizado en las misiones de la costa, se llamaba Sebastián Tarabal. En una excelente crónica de esta expedición escrita por fray Juan Domingo de Arricivita, se narra este encuentro y los beneficios que consiguieron los expedicionarios contratando sus servicios:... *en el Presidio de Altar se hallaba un Indio de California que había venido desde la misión de San Gabriel llamado Sebastián y al que habían conducido los yumas del Colorado. Este Indio salió de San Gabriel en compañía de su Padre, su Madre y su Muger y los tres perecieron por el camino por la sed y el hambre, a la que él resistió como más robusto. Este suceso ponía gran temor a todos para emprender la jornada, pero él los animaba diciendo que si él sin ninguna previsión había llegado al Colorado, mejor podían andar al camino los que llevaban tantas y también el consuelo de tener un guía en acabandose las noticias del padre Garcés. Y efectivamente cuando se vio la expedición en gran aprieto por falta de agua, el Indio Sebastián reconoció un cerro que había pasado y los llevó a él en donde acabaron los trabajos porque en su falda encontraron abundante socorro.*

Esta crónica de Arricivita está fechada en 1792, por lo tanto es contemporánea del padre Garcés, sin embago su

extensión es casi tan dilatada como el diario del padre lo que nos impide incluirlos en este trabajo. Solamente constatar que el viaje fue un éxito, y que sin grandes dificultades, los expedicionarios llegaron a California. En el viaje siguiente de 1775, nos detendremos lo suficiente para dejar que el padre Garcés nos cuente él, directamente, los extraordinarios sucesos que vivió en esta que fue la más importante de sus exploraciones.

EL VIAJE DE 1775

«This is a remarkable record never excelled —perhaps never equalled— in all the history of the great pioneer treek of peoples to the Pacific Coast before during or after the Gold Rush».

(Se trató de una hazaña excepcional nunca superada, ni tan siquiera igualada, en toda la historia de las expediciones de los pioneros hacia la costa del Pacífico ni antes, ni durante, ni después de la fiebre del oro).

Con este elogiosísimo juicio calificaba el gran historiador norteamericano E. H. Bolton la expedición de 1775 organizada inmediatamente después del éxito de la del año anterior que, con el padre Garcés como guía, había demostrado que podía llegarse a California por tierra. Pero ahora no se trataba de explorar, o de organizar una travesía militar, sino de pasar a California una cantidad —para la época— ingente de colonos, soldados, animales y pertrechos de todo tipo, para nutrir y poblar los enclaves de la costa y proceder a nuevas fundaciones. Si esta expedición de 1775 consiguió sus objetivos de forma tan brillante, fue porque todos los aspectos y detalles de la misma fueron estudiados y resueltos minuciosamente. Un ejemplo significativo es sin duda, que se tuviera incluso en cuenta la compra de horquillas para el pelo de los soldados. Nada se dejó a la improvisación. Los integrantes elegidos y preparados para el viaje y su destino; cada cosa convenientemente emplazada y con funciones estrictas. Vamos a referirnos ahora a algunas de estas gestiones.

El 6 de diciembre de 1774 se reunió una Junta de Guerra y Real Hacienda que, presidida por el Virrey Don Antonio

María de Bucareli y Ursúa, aprobó la financiación de la expedición por la suma de 21.922 reales. Anza, que había ascendido a teniente coronel, tuvo un cuidado muy especial de reunirse de gente capaz. Como jefe de la expedición ejerció el derecho de proponer el nombramiento de varios oficiales y suboficiales a su mando. Recomendó en primer lugar a Don Joaquín Moraga, añadiendo: *ha servido más de 18 años en las ocupaciones de Soldado y Alférez en todas ellas ha desempeñado diariamente sus obligaciones.* Considera un mérito la muerte del padre de Moraga en acto de servicio siendo subalterno del fuerte donde servía su hijo como oficial. Y en segundo lugar a Don Cayetano Limón, alférez también de la compañía del presidio de Buenavista *que había servido a S. M. durante veinte años como soldado, cabo y sargento y que en todos sus destinos ha cumplido exactamente con sus obligaciones habiendose hallado en muchas acciones de Guerra donde ha sido herido al menos en dos ocasiones.* Para no lesionar el derecho del virrey de exigir su propio candidato, insinúa muy diplomaticamente a su preferido: *Los dos propuestos son beneméritos para ser atendidos pero particularmente Don Jose Joaquin Moraga por mayor antigüedad de oficial, maiores alcances e inteligencia en el Escrivir.* El virrey decretó el nombramiento de Moraga como *Theniente de la Tropa que se recluta en la Sonora con destino a reforzar el presidio de Monterrey.* Anza, de igual modo, consiguió el nombramiento de otras personas de su total confianza.

Parte de la tropa y, por supuesto, todos los colonos españoles que formarían el grueso de la expedición, se quedarían en California. Unos reforzarían los fuertes de San Diego y Monterrey, y otros participarían en las nuevas fundaciones muy especialmente en la de San Francisco. El refuerzo de soldados que acudía a California se hacía como resultado de las insistentes llamadas de Don Fernando de Ribera y Moncada, comandante del fuerte de Monterrey, para cuya seguridad y las misiones a su cargo, solicitaba estos refuezos. Anza recomendo la recluta voluntaria de soldados entre paisanos de las alcaldías de Culiacán y Sinaloa, ambas cubiertas por la guarnición de

Sonora. Comenta Anza que la pobreza en que se hallaban esas alcaldías, facilitaría la recluta por el señuelo de la paga, pero alerta de posible aventureros que podrían infiltrarse, proponiendo que algún funcionario se encargara de la selección y de regular las pagas, puesto que *si son en especie de dinero no servirá de otra cosa que proporcionarles el desperdicio y el juego.* Para la instrucción de estos reclutas, sugiere Anza que cinco soldados de los presidios de Sonora, con nombramientos temporales de sargento y cabos se encargen de introducirles *en los primeros rudimientos de la Disciplina militar.* Anza temía que su inexperiencia creara problemas a lo largo de tan difícil marcha por ello, solicitó que 10 soldados de su presidio, participantes en la expedición anterior del 74, se incorporaran a esta del 75. Estos veteranos ayudarían a *efectuar el nuevo viage con la tranquilidad que todos apetecemos.* Para suplir su ausencia, consideraba imprescindible el envío desde Terrenate de otros diez. Los diez soldados veteranos de Anza, serían los únicos que volverían a Sonora después de cumplir la misión de proteger a la expedición.

El capítulo de la adquisición de pertrechos también fue objeto de cuidadosos cálculos. Anza encargó a Don Juan José Echeveste las gestiones pertinentes mientras se excusaba de hacerlo él mismo ya que *sería embarazarme demasiado y divertir la atención que exige la recluta de la nueva tropa.* Un documento que se conserva en el Archivo General de Indias muestra todos y cada uno de los útiles, objetos, vestuario y equipamiento de cada miembro de la expedición, tanto colonos como soldados: *Vestuario para un Hombre: 3 camisas de platilla buena. 3 calzoncillos. 2 Chupas de paño. 3 pares de Calzones. 2 pares de Calzetas. 2 pares de botas de Gamuza. 3 pares de zapatos abobinados. 1 capa de paño forrada de bayeta. 1 sombrero. Paños de Polvos Poblaso. Cintas para sombrero y pelo. Idem para Muger: 3 Camisas. 3 pares de Naguas unas de Sarga y otras de Bayeta. 2 pares de Naguas blancas. 2 pares de media de Bruselas. 2 pares de calceta. 2 pares de zapatos. 2 Rebozos. Un sombrero. 6 barras de cinta. Ropas para Muchachos: 5 piezas de Paño. 12... de la Puebla*

para forrar y calzones blancos. 27... varas. 80 sombrero. 8 dozenas de zapatos para niño de varios tamaños, etc. Este documento especifica otros muchos pertrechos y señala también los animales de monta y los de carga. Reseña pormenorizadamente los alimentos y finaliza refiriendo los abalorios para repartir entre los indios.

Sin embargo los regalos para los indios merecieron consideración aparte. La política extremadamente pacifista que quería observarse a toda costa en estos territorios, emanaba de la voluntad del ministro de Indias que inducía al virrey a estructurar una conducta benevolente, flexible y amistosa con los indios. Una política que —según Madrid— evitaba gastos y a la larga conseguía mayores logros. Anza lo había entendido perfectamente, por eso se expresa así en una de las muchas cartas que envió el virrey con motivo de estos preparativos: «*Aunque la Magnanimidad y Piedad de V. E. a apetesido benefisiar las Naciones Gentiles por donde yo transite como consta por las órdenes que tiene comunicadas al Gobernador de la Provincia de Sonora quien las ha pasado a los Presidios... se digne proporcionar alguna porción de Tabaco, Avalorios Azules, Colorados, Verde y Amarillo para gratificar a todos en su nombre pues deste modo comprehendo nos tomarán más afecto y los tendremos adictos para cuanto se nos ofrezca*». Se refiere luego a la oportunidad y conveniencia de incluir regalos para Olleyquotequiebe, el jefe yuma siempre tan dispuesto en favor de los españoles.

El encargado de dar cuenta de las incidencias y de los acontecimientos de la expedición fue el franciscano fray Pedro Font, su diario constituye una fuente detalladísima de noticias de todo tipo sobre este viaje, a su diario acompaña un mapa muy preciso en el que está señalado el trayecto que siguió la expedición. Otro franciscano, fray Tomás Eixart iba a permanecer en los yumas continuando las labores apostólicas iniciadas por el padre Garcés y las gestiones para la fundación de misiones en la junta de los ríos Colorado y Gila. La narración diaria que escribió, también resulta muy útil para entender el

origen y desarrollo de las que desgraciadamente acabarían siendo efímeras misiones. El papel del padre Garcés en relación a la expedición podría calificarse de marginal. Su labor iba a consistir en acompañar a los expedicionarios hasta la junta de los ríos. Luego, mientras todos se dirigían a California él, en solitario, se dedicaría a explorar nuevas rutas hacia California y también hacia Nuevo Méjico. Un viaje extraordinario perpetuado para la posteridad en el diario que escribió todavía no publicado en España

Finalizados todos los preparativos, el virrey comunicó al ministro de Indias la inminente salida de la expedición. En el resumen de las gestiones realizadas escribe: *debe acompañar también a Anza el padre Garcés famoso ya por las entradas hechas a los ríos Gila y Colorado.*

El 22 de octubre de 1775 reunidos los expedicionarios en el fuerte de Tubac se oyó una misa solemne para celebrar la iniciación del viaje. El padre Garcés iba provisto de un cuadrante para fijar con exactitud los lugares a visitar, y de un estandarte: *siendo que el mejor modo de explicarme con los indios sería por figuras cuyas especies les entrasen por los ojos, determiné llevar un lienzo en el que por una parte estaba María Santísima con el niño Dios en los brazos, y en la otra la pintura de un condenado.*

Siete días más tarde, cuando los expedicionarios estaban ya en las inmediaciones del río Gila, *el Señor Comandante mandó publicar un bando en que se mandaba a toda la gente que en ningún modo diesen mal ejemplo a los Gentiles y menos les ofendiesen bajo la pena de ser rigurosamente castigados.*

La expedición era tan numerosa e insólita que había causado sensación entre indígenas muy alejados del trayecto. Llegados al Gila, apareció una enorme cantidad de indios de muy distintas procedencias. Los cabecillas presentaron a los soldados *dos cabelleras de apaches que mataron pocos días antes con los que tienen grandes guerras. Manifestaron todos grandes alegrías con nuestra llegada.*

El 1 de noviembre entraron en la ranchería de San Juan Capistrano *donde nos recibieron como mil indios formados en dos filas. Habían compuesto una grande enramada para hospedarnos y delante de ella habían fijado una Cruz. Pasaron a saludarnos besándonos las manos y nombrando a Dios. Siempre que he estado con estos pobres gentiles me han recibido con igual cariño. Querían que nos quedáramos allí para bautizarlos. Su mansedumbre afabilidad y unión entre sus pueblos excede a todas las demás Naciones. Nos sirvieron y obsequiaron a todos extremadamente. Tienen Gallinas y tienen Cavallos de los que cambalechearon algunos con los soldados a trueque de bayeta. Traxeron la agua necesaria para beber la gente, y nos sirvieron en todo como lo pudieran hacer unos Christianos viejos y muy fieles vasallos del Rey. Se les repartió Tabaco y Abalorio. Al día siguiente en el pueblo llamado Sutaquisón, en un paraje de grandes pastos, el Señor Capitán Don Bernardo de Urrea pasó personalmente a inspeccionar los Sitios más a propósito para fundar misiones. Manifesté a los Indios la imagen de María Santísima y la figura del Condenado y les prediqué en su lengua que es la misma que la de mi Pueblo* (la que hablaban los pimas de la misión de San Javier).

Al día siguiente la expedición llegó *a unas lagunas de agua mala en las que enfermaron algunas gentes y por eso se llamaron Las Lagunas del Hospital.*

El 6 de noviembre llegamos al Pueblo de los Santos Apóstoles San Simón y Judas en la Nación Opa o Cocomaricopa que es lo mismo. Se juntarían en ese pueblo para vernos como cinco mil Almas y se les repartió Tabaco y Avalorio. Habiéndoles enseñado la Virgen y el condenado les prediqué con Intérprete porque su lengua no es pima sino yuma. Les pregunté si querían con todo corazón ser Christianos y admitir a los Padres en sus tierras, y respondieron muy gustosos que sí.

En Agua Caliente se congregaron alrededor de 200 opas para ver a los expedicionarios. *Mostréles las pinturas y prediqueles porponiéndoles el si querían bautizar y tener Padres en su tierra a los que respondieron que si. También les propuse a los*

Viejos juntasen la geste para que el Señor Comandante eligiese entre ellos en nombre del Rey un Gobernador y Alcalde, a lo que me respondió un viejo muy serio con estas palabras: «Mira el Justicia es para castigar lo malo y no siendo nosotros malos ¿para qué el Justicia? Ya habeis visto los españoles que no hurtamos, que no reñimos y aunque estemos cerca de Mujer no hacemos cosa mala. No creo tanto de su bondad aunque esta Nación Opa es igualmene seria que la Pima. El Señor Comandante hizo un Gobernador y Alcalde de lo que quedaron muy ufanos diciendo que aora llegaría su nombre hasta el Rey... Experimentamos la perseverancia en las paces que por nuestra intervención se había hecho en la Expedición pasada con la Nación Yuma. Y para mas afianzarla baxaron con nosotros algunos Opas hasta aquella Nación donde con gran regocijo de ambas partes y consuelo nuestro se ratificaron. Desde aquí se mandó recado a la Nación Jalchedún para que baxaran sin recelo a celebrar las paces con los yumas.

Sin una labor de pacificación auténticamente efectiva, cualquier acción política aplicada al territorio tanto evangelizadora como fundacional, estaba condenada a convertirse en problema pemanente o en fracaso. Por lo tanto uno de los objetivos principales de este viaje será el de convencer a los indios por todos los medios posibles (y los escasos medios suplidos con su ingenio), de que dejen de luchar entre ellos y vivan de acuerdo a un consenso de paz permanente. Pero eran tantas las tribus asentadas en la zona y sus discordias y alianzas tan efímeras y caprichosas, que el mapa político de la región era un auténtico laberinto. Sin embargo al final de once meses de viajar de un lado para otro y desmadejar el ovillo, el laberinto quedó descrito y resuelto; y finalmente fijado para siempre en forma de diario. Nada menos que 29 tribus distintas ocupaban el enorme territorio que se extiende desde la desembocadura del Colorado al paralelo de San Francisco y desde allí a Nuevo Méjico. En el diario quedan reflejadas las características estructurales del territorio y sus habitantes, el asentamiento de cada tribu, las áreas de influencia, aliados, enemigos tradicionales y coyunturales, modalidades ligüísticas, así como datos antropoló-

gicos relativos a vivienda, creencias, costumbres, alimentación, vestido, y también descripciones geográficas que son primicias históricas de gran valor no solo científico sino político para cualquier proyecto expansional que se hiciera en el futuro. Datos, nombres, descripciones y denominaciones que aparecen por primera vez en la Historia. Veamos lo que escribe con fecha de 20 de noviembre:

Como una legua mas abaxo de este parexe a quien llamé en mis anteriores Diarios San Pedro (y San Pablo) *de los Yumas, se junta el Rio Gila con el Colorado. El Rio Gila por lo que podido averiguar en mis viages nace en la Sierra de Mogollón y corre lo más de Oriente a Poniente, aunque en Uparsoitac declina al Oeste sudoeste. En su curso se le agregan los Rios de San Juan Nepomuceno, de San Pedro, de San Carlos (que sin duda es el que tiene en las memorias antiguas el nombre de San Francisco) y el de la Asunción que se compone del Verde y del Salado. La principal copia de las aguas del Gila la recibe del de la Asunción que crece muchísimo al deshacerse las nieves de las Sierras por donde pasa. En la ribera del Gila se hallan Alamos, Sauces y Mesquites. Este Rio por lo comun es escaso en pastos pero en las Rancherías de San Andrés ya despobladas, y en las inmediaciones de Sutaquisón y en todo él, se halla abundancia de Chamizo* (planta herbácea que se empleaba para construir techumbres) *y Carrizo* (un tipo de caña). *No se encuentra en este Rio otro pescado que el que se llama Matalote el que si bien es sabroso al gusto, es enfadoso por las muchas espinas que tiene. En este Rio se halla la casa que dicen de Moctezuma y otras muchísimas ruinas de otros edificios con muchísimos cascos de loza ya con pintura ya sin ella. Por lo que vi después en el Moqui* (ver la jornada del 3 de julio) *he formado muy distinto juicio del que hasta aquí tenía respecto de estas fábricas* (se trata de los restos de un poblado de los indios-pueblo como descubrirá meses más tarde cuando llegue a sus asentamientos y reconozca que estos del Gila son iguales a aquellos).

El 30 de noviembre la expedición vadeó el Colorado y el 2

de diciembre prosiguió la marcha hacia la costa del Pacífico. El padre Garcés y el padre Tomás Eixart, siguiendo el plan previsto, se quedaron en la junta de los ríos para reemprender la evangelización de los yumas y fijar la localización idónea de dos misiones. El padre Garcés estaba absolutamente convencido de la favorable disposión de estos yumas a aceptar las misiones, así que dejó al padre Eixart con ellos y se dedicó a explorar la desembocadura del Colorado y el istmo de la península de la Baja California, territorios visitados en viajes anteriores.

El 15 de diciembre se puso en camino hacia el sur deteniéndose en la ranchería de San Pablo *les hablé y manifesté el lienzo de María Santísima y el Condenado y me dixeron que estaba buena aquella Señora y el Condenado muy malo. Que no eran ellos tontos que no supieran que allá arriba en el Cielo está la gente buena, y abaxo, dentro de la tierra la gente mala, los perros y las fieras muy feas; y que esto lo sabían ellos porque los pimas se lo contaban. Propuseles si querían que los Padres Españoles fuesen a vivir a su tierra. Respondieron que sí, que por eso estaban muy contentos pues entonces tendrían carne y con qué cubrirse. Repartirles Tabaco y Avalorio y quedaron muy alegres.*

El 6 de diciembre se encontró con la expedición. *El día 7 me detuve en la laguna de Santa Eulalia en compañía del Señor Comandante, del padre Font, y de toda la expedición. Hállase este paraje en 32 grados 33 minutos. Comienza aquí la nación Cajuenche de los que se juntaron muchos pero no todos, por lo cual no se puede señalar el número. Repartirles Tabaco y Avalorios y manifestándoles la imagen de María Santísima y la figura del Condenado les di a entender las cosas de Dios, de lo que mostraron gran regocijo gritando a la Divina Señora que todo estaba mucho bueno, pero el condenado les causaba tal terror que gritaban y no querían mirarlo y me hacían boltear el cuadro. Añadieron que deseaban mucho vinieran a sus tierras los Padres y Españoles. En esta Laguna y sus inmediaciones hay mucho pasto, por lo que todos los soldados convinieron en que se podía mantener aquí la Caballada. Cosechan estos indios*

mucha Calabaza, Melones, Maiz y Frixol, de todo lo que regalaron porcion a nuestra gente y vendieron también a cambalache de Avalorio que el Señor Comandante dió a la Tropa, con que se recogió mucho bastimiento. Todos de la expedición no acababan de alabar esta tierra.

El 9 de diciembre volvió a despedirse de los expedicionarios, *salí con mis interpretes acompañado de varios cajuenches y de un Yuma que vive entre ellos, y caminé quatro leguas al Sudeste con las que llegué a las Rancherías llamadas de la Merced pobladas de los Cajuenches. En esta tierra hay bastante pasto y muchas siembras de Calabaza, Maiz, Sandias y Frixol, solo eché de menos el Trigo. Los regalé con Tabaco y Avalorio y por medio de los Yumas que viven entre ellos y por mis Intérpretes les hablé de Dios y sus Mysterios, y les expliqué las pinturas del Lienzo. De todo manifestaron grande regocijo, como tanbién de verme, pues ya me conocían y sabían que estaban en los Yumas. La lengua de los Cajuenches es muy distintas de la Yuma por lo cual no me aprovecharon los Interpretes pero me valí del medio de que los míos hablasen a los Yumas y éstos a los Cajuenches que, como son Naciones inmediatas se entienden bien entre sí. Admireme de ver esta tierra tan abundante de semillas pues cuando estuve en ella el año de 71 estaba muy escasas y preguntándoles la causa dixeron que también sembraban mucho antes, pero que no cõjían porque como los Yumas eran sus enemigos buscaban el tiempo de la Cosecha, los mataban y les destruían las Milpas. Que aora que eran amigos tendrían mucho que comer. Vi aquí como 300 Almas.*

En un viaje de estas características, lo insólito, lo imprevisto y el peligro, constituían factores corrientes del acontecer cotidiano. Transcribo a continuación las jornadas del once y doce de diciembre para que el lector compruebe el carisma del padre Garcés, carisma que explica su excepcional ascendencia sobre los indios; también su prudencia, su valentía y su resolución en estos encuentros con gentes tan diversas e imprevisibles:

Este día anduve una legua al Sudoeste, observé el parage

adonde había llegado y lo hallé en 32 grados 25 minutos. Concurrió aquí muchísima gente este día, y entre ella un Indio de la Nación Cucapá la que ocupa gran parte de la Laguna de San Mateo hasta la Sierra del Rio Colorado y su desemboque. Esta Nación es enemiga de la Jalliquamay o Quiquima. Es también enemiga de la Quemeyá que vive en la Sierra y de la Cajuenche. Acaricié mucho al Indio Cucapá y lo regalé. Me dixo que ya sabían en su tierra que yo andaba por estos parages, y por eso venía verme de parte de su Nación. Acompañabalo una Vieja y a uno y a otro encargué diesen mis recados a sus Gentes y les dixesen que dentro de tres días iría allá. Mostreles el Santo Christo, Breviario y Agujón para que conociesen así que era Yo el mismo que había estado en su tierra los años pasados, y luego me despedieron. Prosiguieron los Cajuenches en manifestar su alegría con grandes Bayles y muchos gritos. Por todo el camino de esta legua vi muchas siembras.

Al día siguiente concurrió a la Ranchería donde había dormido mucha gente, quasi todos Hombres que formaron Bayle desmedido. Era tanto el tropel de gente que caía sobre mí quando salía de mi Tienda, que me obligó a estar metido en ella. A medio dia grandes lloros gritos y corridas. Salí y hallé la novedad de que un indio Jalliquamay havia jareado a un Cajuenche de tal modo que se tocaba el pedernal cerca del corazón haviendole entrado por la espalda, y haviendole quedado dentro parte de la Jara. Determinaron abrirlo por delante martirizándole por segunda vez. El hechicero comenzó luego a hacer su oficio de correr, soplar y dar vueltas. Procuré apaciguarlos porque querían matar a un mancebo que traxeron a mi presencia. Enterado del motivo les dixe que lo dexaran, y quendo ya iba para su Ranchería venían otros a defenderlo. Los viejos tiraban las flechas, y los muchachos entraban a coger las que tiraban los contrarios. No huvo más desgracia que la de haverle dado a uno de palos. Quexeme al Capitán de la Ranchería de que tuvieran tan poco entendimiento que se ponían a pelear quando yo venía a ponerles en paz. Respondiome que lo hecho ya no tenía remedio, pero que no habría mas. Los Intérpretes que llevaba, viendo esto, me dixeron que ellos no

iban a los Cucapá en mi compañía. Atemorizaron aún mas a los Indios, asegurando que los de abaxo harían lo mismo que nosotros si pasábamos a sus tierras. Este tránsito también me lo negaban los Guías, y no solamente temían ellos sino también todos los que me acompañaban por lo que me hicieron salir a toda prisa, recelando que de noche vinieran a jarearnos o que se llevasen las Bestias. Condescendí en mi salida catequizando primero del modo que pude al herido del jarazo, el cual recibió gustoso el Santo Bautismo. En esta Ranchería se acaba la Nación Cajuenche. Salí acompañado de muchos Jalliquamays, y caminé como dos leguas al Oeste con que llegué a una Ranchería de la Nación Jalliquamay como de 200 Almas. Por estas tierras hay poco pasto pero tienen muchos bastimentos y son muy liberales. También advertí que esta Nación es más aseada que los Yumas y Cajuenches y como no se embijan (pintan) *tanto, parecen medio blancas las Indias. Hableles, como pude, de Dios dandome a entender que asentían a lo que les decía. Y habiendo visto las pinturas hicieron lo mismo que los Cajuenches. No pude explicarme bien con estos Jalliquamays porque aunque parece el mismo idioma que el de los Cajuenches se diferencia mucho. Por el caso sucedido en la Ranchería antecedente, determiné pasar el Rio Colorado y visitar la Nacion Cucapá para donde salí al día siguiente.*

El 17 de diciembre llego a la laguna de San Marcos *la que pasé en brazos de los cajuenches y, dexandome a la otra Vanda, se despidieron porque son enemigos. Proseguí mi derrota y caminando quatro leguas al mismo rumbo llegué a las siembras de los Cucapá que estaban desamparadas y destruídas porque en aquel sitio había peleado, poco hacia, Yumas, Cajuenches, Jalliquamays con los Cucapá. Hice alli noche y me regalé con unas sabrosísimas sandías. Hay bastante pasto en toda esta tierra. Cuando* (al día siguiente) *me disponía a proseguir mi Viage vi pasar unos Indios para arriba, los llamé y vinieron muy festivos gritando como acostumbraban. Eran estos Indios Cucapá quienes me dixeron que venían a buscarme a lo cual habían salido ya otra vez por el recado que les dieron de que dentro de tres días los iría a visitar y que, por lo tanto, me estaba*

esperando toda la gente. Aquí hay bastante pasto, mucho carrizo y Tule (junco), *buenas Mesas* (mesetas) *con una vista muy hermosa y distante del Rio como tres leguas. Considero este parage muy a próposito para una Misión sin que pueda temer a inundaciones... Monté a Cavallo y con quatro leguas al Surueste, dexada a mano derecha la Sierra de San Gerónimo tres leguas distante, paré en una Ranchería de los Cucapá a quienes por ser muchísimos, aunque comencé a darles a todos regalo, huve de limitarme solo a las mugeres. Todo el distrito de las quatro leguas está lleno de Rancherías y siembra de los Cucapá. Ya había parado y el Indio Sebastián, que era el único que me acompañaba porque los otros dos se quedaron con los Cajuenches poseídos del miedo, me instó no pasásemos pues era muy poco el pasto y la agua estaba en pozos donde no la podían beber las bestias. Para el efecto de encontrar uno y otro se combidó a un Viejo que parecía principal diciendo me llevaría a su casa para donde partimos caminando tres leguas al Sueste, en cuyo camino encontré tres Rancherías. Llegué a casa del Viejo entrada la noche y se juntó muchísima gente entre ella una Vieja que entendía bien la lengua Yuma. Por medio de esta Vieja y el indio Sebastián que sabe algo de Yuma, les hablé de las pazes y que ya todas las Naciones de arriba quedan amigas y que no baxarían a hazerles mal. Que ellos no debían subir ya a pelear. Esta propuesta les cuadró mucho porque decían que las guerras les tenían atrazados y precisados a vivir donde había poca agua y ninguna leña. Pero la Vieja parecía no creer lo que decía. Preguntele por dos muchachitos que Yo había bautizado quando estuve en esta tierra el año 71, y luego se puso a llorar diciendo que ya se murieron los dos ¿No te acuerdas que soy la madre de uno? Los regalé a todos y consolé a la Vieja diciendole que su hijo ya estaba en el Cielo. Como se había quedado toda la ropa con los Interpretes de los Jalchedunes, no les pude enseñar la Virgen aunque ellos me lo rogaban porque se lo habían contado los que la vieron en la otra Ranchería y por eso sabían que la llevaba. Hableles de Dios, enseñeles el Crucifijo que besaron todos. Registraron el Breviario y pedían les mostrase sus estampas que también les habían dicho que eran quatro o*

cinco y así no se contentaban con ver una sola. También era preciso que el Abujón (brújula) *pasara de mano en mano, sin embargo de que ya lo habían visto en el otro viage. Pregunté por el Mar y por los Indios que me habían pasado el Rio el año 1771, y me respondieron que todo estaba cerca.*

El 19 de diciembre, llegó a la desembocadura del Colorado: *entré en unas playas muy bastas sin zacate y con solo el agua de algunos charcos que estaba salada. Paré en esta playa y observada la altura la hallé en 32 grados y 17 minutos. Proseguí mi destino con rumbo Sur y algunas guiñadas al Sudueste por la misma playa. Los Indios que me acompañaban que eran de la misma Ranchería donde había salido por la mañana me previnieron que ya no hallaría mas agua buena ni Zacate. Que el Mar cubría toda aquella tierra cuando crecía y Sebastián me dixo que las Bestias no havían bebido en todo el día, por lo que determiné bolberme a la Ranchería mas inmediata para tomar el camino al día siguiente mas despacio. Llegué aquella noche a las Rancherías que me persuado son las últimas Rio abaxo a quienes la vez pasada llamé de Las Llagas. Aquí encontré los Indios que el año 71 me pasaron el Rio Colorado lo que para ellos y para mi fue de gran consuelo.*

Dos días más tarde vuelve a la desembocadura: *anduve cinco legua por una playa muy escondida sin zacate ni arboles. Llegué a la agua que era del mar y aunque salada por haberse mesclado con las del Rio Colorado no tenía tanta acrimonia como la del Mar adentro. Hacía grandes olas y por el Nordeste se extendía como también al Sur hasta perderse de vista. Por el Oriente y Poniente poco mas de una legua. Conocí por todas estas señas que estaba en el desemboque del Rio Colorado pero por cerciorarme mas, baxé como una legua y mandé al Indio a cojer agua la que no se podía beber de salada. Bolví atrás y paré en el Sitio donde la había probado la primera vez. Aquí advertí al anochecer, que las corrientes que por la mañana iban al Nordeste, tiraban ya al Sudoeste, y se iba descubriendo una Isla baxa oyendose grande murmullo de aguas que corrían, por lo que me pareció que el Rio Colorado desembocaba en dos brazos*

poco distantes entre sí. Pero al otro día vi que era solo uno. Toda la noche oi el grande ruido de aguas. Quando bolvi al sitio donde hice noche, hallé que ya estaba seca toda la playa. Solo había quedado una poca de agua en un zanjón donde eché un leño para ver si corría pero se mantuvo quieto. Aquella noche havia subido la agua por los zanjones mas de 30 pasos arriba donde yo estuve el dia 21 y ya no se oía el ruido antecedente. La agua de este Zanjón y de otros charcos que quedaron estaba salada aunque no tanto como la del Mar. De aquí infiero que yo llegué a este sitio el dia 21 al pleniar o quando ya comenzaba a baxar y que este es sitio cierto del desemboque del Rio Colorado cuyo ruido por la noche era sin duda de la segunda mares. Bolbí a las rancherías de las Llagas donde me dixeron los Indios, y yo también lo advertí, que la marea llegaba hasta estas Rancherías por ser la playa muy llana. Quando el Rio Colorado viene creciendo se estienden estas aguas hasta la Sierra de Santa Barbara que es ramo de la Sierra Madre de la California con rumbo al Sueste, rematando estas playas y dexando libre un gran valle hasta la Sierra de San Gerónimo que acaba donde hice noche el dia 18, de lo que colijo que en tiempo de las crecientes grandes del Rio, subirá la agua por esta playa por entre las Sierras de Santa Bárbara y San Gerónimo hasta aquel sitio donde en la primera expedición encontraron aquella grande porción de pescado barado, de que se hace mención en su Diario (Diario de Anza de la expedición de 1774. Jornada del 5 de marzo). *Detrás de la Sierra de Santa Bárbara va otra mayor que empieza en la Sierra Madre de California y va a rematar en la playa del Mar a la que llamé de la Natividad. Tras de estas dos hay otra más grande que saliendo también de la Sierra Madre finaliza en la playa en cuya punta tiene un puerto por donde, me dixeron los Indios, se comunican las aguas al que llamé de San Pedro. Mirando al Oriente divisé una Sierra alta y corta que me pareció ser la Prieta que, como dixe en el 71, cae al Poniente entre Snoytac. Por todo lo dicho me persuado a que en tiempo que el Rio Colorado no viene crecido se ha de poder pasar de aquí a las Misiones de California baxa, pues a este sitio llegaron muchos Indios serranos a comer de los frutos de esta tierra los*

que me preguntaban si iba a ver a los Padres de California baxa o a los de San Diego.

Nótese que en esta descripciones del bajo Colorado y desembocadura y las conjeturas al respecto, el padre Garcés da cuenta de un nuevo paso hacia las dos Californias. Está ahora exactamente en el istmo de la península de la Baja California. De ahí que los indios le pregunten si va a visitar a los de la Baja (tomando dirección sur) o a los de San Diego (tomando dirección norte). El padre describe luego las características de los indios que habitan las zonas cercanas la desembocadura: *Estos Gentiles de la Sierra que baxan al Rio son Nación distinta, muy pobres, muy feos y desmedrados, y andan muy asquerosos a causa del mucho mescal que comen. Su idioma es totalmene diverso del de las Naciones del Rio. Estuvieron conmigo muy afables y para divertirme traxeron una Muchacha como de diez años la cual cubriendo lo más preciso, echó la pierna derecha sobre el ombro izquierdo, tomó un palo en la mano y en esta figura baylaba, saltaba y corría, haciendo lo mismo después con la pierna izquierda, todo lo cual se celebró con grandes risas de los Serranos y Cucapá de la Ranchería donde estaba. Aquí hurtaron un medio machete que llevaba un Indio, de lo que manifestaron tanto sentimiento los Indios del Rio, que a no sosegarlos Yo hubieran acabado con la Ranchería del Ladroncillo. Se conoce que estos pobres jamás habían visto Bestias, especialmente Mulas, pues me dixo Sebastián que saludaban a las nuestras como si fuera Gente. Ello es cierto que dos o tres noches les quitaron compasivos las maneas* (cuerda para atar las manos y evitar que huya) *y las llevaron a otra Ranchería a que comiesen Calabaza. Otro día se atascó el Macho y viendo los Indios que no podía salir, acudieron todos, lo sacaron en brazos, y lo llevaron a la lumbre para calentarlo.*

(Al día siguiente, 23 de diciembre) *llegué frente a unas lomas altas que están al otro lado, a quienes el año 71 llamé de Buenavista. Díxeles a los Indios que aquel era el sitio donde se había de poner la Casa del Padre y de los Españoles. Alegráronse mucho con esta noticia y me dixeron que ellos llevarían los*

palos para hacer la casa del Padre. Este sitio que vi de las lomas es de los mejores que hay en todo el Rio Colorado para fundar Misión. Es una grande Mesa y muy alta cerca del Rio con bastante pastos por el lado de abajo y a poca distancia tiene una cienaga con agua. Preguntaronme los Indios que cuando iríamos, por el miedo que tienen a los de arriba. Desde aquí se bolvieron a sus Rancherías y Yo proseguí Rio arriba, registrando mejor los pareges hasta los Yumas. Regulé la Nación Cucapá como de 3000 Almas. A la de Jalliquamay como de dos mil Almas, y como de 3000 Almas a la Cajuenche. De los Serranos no pude formar cuenta porque solo vi los que baxaron al Rio pero los de aquí dicen que los Serranos son pocos comparados con ellos. Gasté lo restante del mes y hasta el 3 de enero, en llegar a los Yumas en donde había dexado a mi compañero Fray Tomás.

En esta primera parte del viaje, el padre Garcés ha conseguido reconocer y explorar un territorio desconocido y pacificar a sus gentes. Ha encontrado un nuevo camino para pasar a las dos Californias. Ha tomado buena nota de las condiciones geográficas de la desembocadura; de los parajes idóneos para la fundación de misiones; del caracter de las tribus que poblaban el área; su disposición a abrazar el cristianismo, aspectos todos ellos altamente interesantes en cuanto al objetivo último fundacional que es procupación prioritaria del padre Garcés. Llegado el día 3 de enero al puerto de la Concepción, el lugar de los Yumas en donde se había quedado fray Tomás, *tuve el mayor gusto hallando a mi amado compañero con salud y muy contento con los Yumas. Dixome que en mi ausencia lo havian servido y obsequiado grandemente, haciendole tortillas para comer como si fuera en su Misión. Di gracias a Dios de oirles contar algunas alabanzas Divinas que el Padre les había enseñado y de ver que muchos venían a oir Misa. En todo era primero el Capitán Palma que, aunque Gentil servía de confusión a muchos Christianos en la reverencia con que asistía a Misa, invitando a los Católicos a persignarse, en los golpes de pecho y demás demostraciones de devoción, por lo que mi compañero y Yo formamos el concepto de que él y todos los*

Yumas están muy dispuestos para recibir la Fe, pudiéndose lograr en poco tiempo el agregar a la Iglesia toda esta Nación. Preguntele a Palma si tenía algún conocimiento de Dios antes de tratar con los Padres a lo que me respondió que sí aunque no tan claro como ahora. En quanto al destino de las Almas coinciden con los delirios que quedan referidos de los Opas. Dixome que nosotros no sentimos como ellos las muertes de nuestros parientes pues había visto los entierros de los españoles (ha estado este Capitán en el Presidio de Altar y también en la villa de Horcasitas) y advirtió que no lloraban como ellos. En los días que estuve aquí vinieron los Cocomaricopas y los Jalchedunes a quienes según me explicó el Interprete habló el Capitán Palma de este modo: «Ya somos hermanos los que antes éramos enemigos. Este bien nos ha venido por los Españoles, por cuyo respeto he tirado las armas. No penseis que ha sido por miedo, pues ya sabeis que tengo mucha gente y que ahora son mis amigos los Cajuenches, Quemeyá, Yabipays y Jamajab. Vosotros jalchedunes me han dicho que no estais firmes en las pazes que habemos hecho, levantad las armas si quereis, que Yo soy bastante con los Españoles para castigaros. Decid ¿quiénes somos nosotros para oponernos a los Soldados? Estos ya tienen cojido el camino pues ya sabeis que hay Españoles en la Costa del mar y cerca del Moqui». En este discurso se ve que los Indios no son tan tontos como algunos piensan, y por particular providencia de Dios temen donde no hay que temer. En estos días Bautizé siete personas moribundas. Como vieron los Danzarines que viven en la Sierra, Puerto de San Carlos, y azia el Norte, que sus amigos los Jalchedunes havian hecho ya pazes con los Yumas, sabiendo que nosotros estábamos allí baxaron e hicieron también las pazes con ellos. A esta Nación que en la expedición pasada llamamos Danzarines por los movimientos ridículos que hazen cuando hablan, la conocen esta Naciones del Rio con el nombre de Jecuiches. En señal de amistad llamaron los Cajuenches a Palma y sus amigos para que baxara a su tierra a comer calabazas. Allí llegó un Indio Quemeyab y refirió, según nos traxeron el recado, que estaban ya juntas dos o tres Naciones para pelear con los Españoles. Que havían

pasado por los Yumas y con los de la Costa del Mar, y que aquellos no habían hecho nada porque sabían que eran sus amigos. Que ya habían matado a un Padre y quemado su casa. Que si estos Españoles se juntaban con los de la Costa y les hacían juntos la Guerra entonces se defenderían y les robarían todo quanto tenían. Que él traía este recado de parte de su Nación porque ya sabían que eran amigos viejos. No les pedían que tomaran las armas sino que estuvieran quietos si acaso havía Guerra. Como todos los días oíamos cuentos varios que nos decían los Indios, no dimos asenso entonces a esta noticia pero ella salió verdadera. Bien se conoce quanto importa tener de nuestra parte a las Naciones del Rio, no solo para poder pasar a los Establecimientos de Monterrey sino también para la subsistencia de ellos. A mas de las continuas visitas de los Jalchedunes vinieron aquí también nueve Indios de la Nación llamada Yabipay Tejua que nosotros deciamos Apaches. Estos son amigos antiguos de los Yumas, por eso hicieron grandes fiestas. Vinieron como acostumbran todos los años, a comer de los frutos de la tierra y vienen en Invierno porque entonces está bueno el camino que es de cinco días por tierra quebrada. Baylaron estos Yabipais mientras comimos y después les enseñamos las Imágenes con todo lo demás de que manifestaron mucha complacencia oyendo Misa al otro día con igual atención que el Capitán Palma. Havia un Yuma que entendía su lengua y por este les pregunté cómo vivían, de qué se mantenían, qué amigos tenían y si llegaban a la tierra de los Españoles o éstos a su tierra. Respondieron que ellos vivían desparramados, que su sustento era la caza aunque también siembran algodón Maiz y Calabazas. Que sus amigos antiguos eran los Yumas, Jamajabs y Yabypais del Oriente que eran enemigos de los Españoles los que nunca llegaron a sus tierra ni ellos a las nuestras. Que eran también enemigos de los Yabipais del Norte, de los Moquinos, de los Cocomaricopas y de los Gileños. Pero una vez todos hacían la paz, como havían oído, también ellos la harían con todos. Que sabian que los Yabipais del Oriente sus amigos, tenían mucho miedo porque entraban muchos Españoles en sus tierras. Dixeles que si se juntaban todos en un parage bueno y

daban sus hijos para el Bautismo pasaría a verlos y lograrían la Paz con todos sus enemigos. Que luego vendrían los Padres y Españoles a vivir en los Rios Gila y Colorado y entonces todos serían amigos y se compondría bien. Respondieron que en bolviendo a su tierra juntarían la Gente y les dirían todo lo que el Capitán Palma y Yo le haviamos propuesto. Diles a entender que los Españoles no hacían mal a la gente y a la mala en dexando de serlo cesaba la guerra. Avisaron estos y también los Cocomaricopas que el Rio Gila comenzaba a crecer y traería este año mucha agua, lo que nos precisó a mudar el Jacal de la casa de Palma al Puerto de la Concepción lo que executó mi compañero ayudado por los Interpretes y de algunos Yumas. No se piense que por esta ocasión se deba en adelante obligar a los Gentiles a la fabrica de la habitación del Ministro e Iglesia, pues conocemos los malos resultados que esto puede tener por lo que se hace preciso que estas primeras fabricas corran por mano de Españoles o de los mismos Soldados y que una de las piezas, a lo menos, sea de Adoves para guardar en ella lo más preciso que se lleve. Uno de los días que estuve aquí baxe al Puerto de San Pablo para registrar mejor el sitio de una Misión y le hallé ventajoso entre la Sierra y el Medenal en unas lomas altas que estan más allá del Puerto cerca de un Zanjón por donde quando el Rio está crecido corre el agua y quando no, se pueden hacer pozos, y aun abrir más el paredón del Rio para que corra todo el año. Este sitio tiene bastante pasto y le considero muy a propósito para fundar una Misión. Vinieron repetidas veces a verme los Jalchedunes instándome para que fuera a su tierra, condescendencia gustosa con tal que me pasasen a los Jamejabs a lo que se resistían por tenerles miedo. Y me respondieron que no que me llevarían por su tierra y me bolverían a los Yumas. Viendo esta repugnancia, deteminé ir primero a los Jamajabs con un Indio de esta Nación que estaba allí.

Como vemos, el padre Garcés tiene un especial cuidado de que las paces promovidas por él mismo en su viaje del 71, no sólo sean una realidad sino que todos los pueblos de las inmediaciones de la junta de los dos ríos se comprometan firmemente a garantizarlas.

Hasta los apaches, enemigos seculares de los españoles, parecen querer unirse a esta corriente de paz.

El próximo reto del padre Garcés consitirá en adentrarse hacia el norte hasta las tierras de los jamajabs, convencido de que si logra su amistad la garantía de paz estará doblemente asegurada. Así, el 14 de febrero, se despidió de su compañero fray Tomás Eixart y en compañía de Sebastián, dos intérpretes, y el indio jamajab que había venido a buscarle, emprende camino hacia el Norte.

El 21 de febrero *llegué a un Valle donde encontré como 80 jamajabs que baxaron a los Yumas por las noticias de sus antecedentes. Los agasajé y regalé porque iban muy hanbrientos. Como les hablé de las pazes de los Yumas con los Jalchedunes, me descubrieron dos mugercitas Jalchedunas que llevaban cautivas. Se las pedí con mucha instancia y después de vencidas varias dificultades conseguí que me las dieran por un Caballo malo y algún otro regalito.*

El día 26 *determiné enviar las Indias Jalchedunas a casa con mi interprete viejo para que les diera muchos recados de mi parte y que les dijera que eran amigos de los jamajabs acabandose todas las antecedentes guerras. Dixe a mi Intérprete que subiera a los Jamajabs y me esperara allí. El Capitán Jamajab hizo un gran razonamiento a las Indias y al Interprete para los Jalchedunes y en señal de verdadera Paz quebró el arco y tiró las flechas. Este día anduve ocho leguas al Nornordeste y Norte. Pasé una Sierra que corre al Norueste y en su baxada paré en unos ojitos de agua que llamé del Santo Angel don de encontré quarenta personas de la Nación Chemevet. Seis de ellos baxaron, luego que les llamamos, con la velocidad de venados. Todos me regalaron con Mescal. Muy bueno su trage es Zapato de Apache, Vestido de Gamuza, una gorra blanca a modo de Solideo con una borla de plumas muy curiosas de las que tienen unas aves en la cabeza a manera de penacho. Formé el concepto de ser estos los mas velozes de quantos he visto. Puebla esta Nación un pedazo de tierra muy escaso de agua entre los Bemeñé y los Jamajabs, y sigue después por la ribera*

Septentrional del Rio Colorado hasta llegar a la nación Yuta de los que dan muchas noticias y también de los Comanches. Son enemigos de estos y de los Moquis y amigos de los Yutas. Dicen ellos que su Nación llega hasta otro Rio que hay al Norte del Colorado y que allí siembran. Tienen también amistad con los Apaches Tejua. Ellos tienen distinta lengua de todas las Naciones del Rio. Son íntimos amigos de los jamejabs y quando estos quiebran las armas éstos también lo hacen. Hacen unas Coritas (canastos) *muy semejantes a las de la Canal. Por las distintas tierras que pueblan reciben distintos nombres por lo que hay Cajaloasebinta, Cajoalachemevet o Chemehuagua. Se portaron conmigo bellísimamente. Nada ladrones ni inquietos, y bastante juiciosos. Llevan una Alcayata* (lazo)) *a mas de sus armas.*

El 28 de febrero llegó a los asentamientos de los jamajabs: *Sus Rancherías están al otro lado de un Rio que llamé La Pasión. No pasé el Rio pero vino toda la gente porque el Capitán que me acompañaba se adelantó a avisarlos. Todos los que pasaron aquel día se quedaron en mi compañía, con que pude hablarles de todos los asuntos a satifación. A todo dixeron que estaba bueno, que pidiera licencia y me quedara para bautizarlos porque conocían que así estarían las cosas buenas. Puedo decir con toda verdad que estos Indios se aventajan en muchas circunstancias a los Yumas y demás Naciones del Rio Colorado, son menos molestos y nada ladrones. Indican valentía y son obsequiosos. En parte alguna me he visto tan bien servido. Enseñeles el cuadro de la Virgen que les gustó mucho, pero el Condenado decían que estaba muy malo. Como yo era el primer Español que entraba en su tierra lo celebraron mucho por el deseo que tenían de conocerlos, y haviendo oído decir que los nuestros eran valerosos mostraban extraordinario regocijo al ver que ya eran amigos de gente tan esforzada.*

Me detuve allí porque venía sucesivamente mucha gente y entre ella tres Capitanes de los que el uno era el principal de la nación sin el qual no se determinaba cosa, y así vino para que yo le dixese lo que havia que hacer, y me dixo que yo sabría quien

era cuando él hiciese lo que yo le decía, pues estaba su corazón que se bautizaría y se casaría con una muger y añadió otras cosas buenas a este tenor. Es este Capitán el mayor de todos y vive en el centro de la Nación. Esta gente es muy sana y robusta. Las Mugeres las más agradecidas del Rio. Llevan enahuas de la materia y figura de los Yumas. Los hombres van enteramente desnudos que en tierra tan fria causa compasión. Ellos dicen que son muy fuertes, especialmente en aguantar la hambre y la sed. Así lo experimenté. Se conoce que esta nación va en aumento pues abunda de muchos mozos y muchachitos, lo contrario se ve en las demás del Rio. Me visitaron como dos mil Almas. Son comunes aquí unas rezadas texidas de pieles de Conejos y Nutrias que sacan del Poniente y Norueste con cuyas gentes tienen firme amistad. Han sido también íntimos de los Yumas. Su lengua es distinta pero con la comunicación se entienden bastante. Hablen violentamente y con arrogancia. No he oido Indio hablar con mayor desembarzo que el Capitán citado. Sus enemigos son por el Nordeste los Yabipais cuerco-manches, por el Oriente los Jaguallapais y por el Sur los Jalchedunes. En los razonamientos que hacen se dan recias palmadas en los muslos. Manifesteles mis deseos de ir a ver a los Padres que vivian cerca del Mar en que convinieron y se ofrecieron a acompañerme, pues ya tenían noticias y sabían el camino. Como ya tenía poco bastimento determiné salir luego, y les dixe que a la buelta nos veríamos despacio. Dexé alli parte de mis trastos y un Intérprete el que havía enviado a los jalchedunes por las Inditas que rescaté. En compañía de Sebastián y los jamejabs salí de este sitio.

Se dirige hacia el noroeste, y el 3 de marzo, en un lugar que le parece idóneo para fundar misiones, mide la altura y observa que se encuentra a 35 grados y 1 minuto. A este lugar lo llama San Pedro de los Jamajabs. Explora el entorno y da nombre a diferentes poblados y accidentes geográficos. El 8 de marzo llega a territorio Bemeñé y el 11 *entra en unas Rancherías pobres que no comían mas que raices de Tule. Havría como 25 Almas. Los regalé de mi cortedad y ellos a mi con sus raíces las que tragaban con repugnancia mis compañeros*

Jamajabs. Manifestaron sentimiento de no poder ir a cazar para regalarme, porque llovía y hacía mucho frío y estaban enteramente desnudos. Aquí hay uba cimarrona, mucho pasto, Mezquites y árboles que crían el Tornillo. Es la misma Nación que la de San Gabriel y Santa Clara y San Joseph. Tienen algunas coritas como las del Canal (Canal de Santa Bárbara). *Tienen mantas de Nutria y de Conejo y unas redes muy curiosas que hacen de cáñamo cimarrón que se da por estas tierras. Los hombres son afeminados y la mugeres poco limpias como las de la Sierra pero todos muy quietos y nada molestos. Oyen con atención lo que se le dice de Dios.*

(Al días siguiente) *caminadas dos leguas al mismo rumbo* (suroeste) *paré en una Ranchería despoblada del mismo arroyo. Prosiguió la lluvia, frio y hambre porque no havia ni aun raizes de Tule y las Rancherías pobladas estaban largo trecho, por lo que determiné se matase un Cavallo para socorrer las necesidades. Ni aun la sangre se desperdició y fue menester poner tasa para que alcanzase hasta llegar a otras Rancherías. Por el mucho frio se bolvió de aquí un Indio Jamajab de los que me acompañaba. A los otros dos que se quedaron, abrigué al uno con una frazada y al otro con una túnica. Con la muerte del Caballo havia mucho que comer y no quisieron salir en tres días. El 17 de Marzo detuveme allí este día porque al pasar el Rio se mojó todo por haverse atascado la Mula. Envié a un Jamajab y a Sebastián para que buscaran alguna Rachería con gente. Este parage está en 34 grados 37 minutos. Vinieron cinco Indios jamajabs que bolvían de comerciar de San Gabriel muy contentos del trato de aquellos Padres que les havian dado Maiz. Remedaban estos en la voz a las Terneras.*

Prosigue el padre Garcés su camino hacia Poniente encontrando distintos grupos de indios dispuestos a obsequiarle y ayudarle: *Me regalaron con Liebres, Conejos y abundancia de atole de bellota con que socorrimos nuestras necesidades.* Un día después, el 19 de marzo, *llegué a casa del capitán de esta Ranchería, y regalome una sarta como dos varas de Cuentas blancas del mar. Su Muger me roció con bellotas y tiró la corita*

que es señal de mucho obsequio. Sacó luego cuentas del Mar y me roció con ellas como si fueran flores. Llegó luego la segunda Muger y se expresó con las mismas ceremonias. Correspondiles del modo que pude, admirándome de que entre estas gentes rústicas se hallen demostraciones tan expresivas, derramando las cuentas que es su mayor tesoro.

(Al día siguiente) *llegué a una Ranchería como de 170 Almas que me recibieron con mucho regocijo, ahullando unos como Lobos y otros haziendo razonamientos en voz muy alta. Me regalaron Cuentas. Y las Mugeres hicieron la misma expresión que en la Ranchería pasada, tirando bellotas y también a la Mulas.*

El 22 de marzo alcanzó una sierra desde la cual se veía el Pacífico, el río de Santa Ana y el valle de San José. El 24 entró en San Gabriel donde fue entusiáticamente recibido por los franciscanos de la misión. Luego notificó al cabo de San Gabriel y al comandante Ribera, sus intenciones de explorar nuevos caminos de entrada a California y de continuar luego hacia Nuevo Méjico, pero ambos militares le negaron todo tipo de ayuda. El comandante se excusó diciendo que no tenía órdenes del virrey. Resultan muy elocuentes los razonamientos del padre Garcés ante la negativa de Ribera porque nos descubren las razones políticas y la estrategia, tanto del padre como del gobierno virreinal, sobre la necesaria unión de estos territorios. *Persuadime por todo esto a que el Comandante había llevado muy a mal que Yo pasase a estas partes, y mas quando en la respuesta a la de mi llegada dice que no quadraba ni tantico que los Indios del Colorado pasasen a los Establecimientos de Monterrey. Poco antes que yo llegase havian estado en San Gabriel a su comercio de Cuentas unos Jamejabs cuya noticia, haviendo llegado al Señor Comandante escribió al Cabo de esta Misión prendiese a dichos Indios y los sacase asi a su tierra muy lexos de esta. No se executó la orden por haber llegado, salidos ellos. Yo no dudo de que el Señor Comandante determinaría esto con sólidos fundamentos y con los mismos habrá hecho juicio de que es perniciosa la comunicación y trato de las*

Naciones del Rio Colorado con las de la Costa. Pero con su venia diré que está tan lexos de ser perniciosa que mas bien la considero precisa para llevar adelante con seguridad el proyecto de darles comunciación a aquellos establecimientos con estas Provincias. En toda nación aun Política es común negar el paso a todos aquellos que van a favorecer a sus enemigos ¿pues siendo preciso el Rio Colorado para la Costa como pasarán los Españoles si aquellas Naciones está mal con ésta? El Rey nuestro Señor ordena que todos los Indios aun Gentiles sean admitidos a los Presidos con demostraciones de benevolencia ¿luego, cómo puede darse orden de prenderlos sin contravenir a la intención de Su Magestad? El derecho de las gentes permite el comercio de unas Naciones con otras ¿pues que razón hay para impedir el inocente y antiquísimo comercio de las Naciones del Rio con las del Mar el qual consiste en unas cuentas blancas? ¿Si predicamos a los Gentiles una Ley de Paz y Caridad, cómo se intenta sembrar la discordia? Algunas de las Naciones más inmediatas a aquellos establecimientos están justamente irritadas con los Soldados Españoles por los ultrajes que han recibido especialmente de los desertores, con que si se exasperan las remotas y se juntan unas y otras ni aquellos establecimientos subsistirán, ni se podrán hacer otros, frustrandose en esto los deseos de Nuestro Católico Monarca. Por todo lo cual no puedo convenir con el dictamen del Señor Comandante antes bien me parece huviera sido muy util y justo el mandar agasajarlos, para que llevando esta noticia a su tierra se entendiera por las Naciones Gentiles el buen trato de los Españoles, bolvian contentos los citados Indios y hablando bien, como yo lo experimenté porque junto los Padres Ministros, Soldados y Neophytos los havian regalado y no sucediera así, si se huviera verificado la prisión pues a mas de que hablaran mal en su Nación se hubieran quexado a la Yuma por donde havia de bolver el Señor Teniente Coronel Don Juan Bautista de Anza, y acá no huviera tenido el recibimiento que a la ida. Ya dixe arriba que el pronto sosiego de San Diego se originó de que quando vinieron los Quemayá con la noticia, hallaron ya amigos de los Españoles a todos los del Rio y al mismo tiempo

experimentaron la afabilidad y buen trato del Señor Comandante de la Expedición. Este es mi sentir. En orden a mi bastimento, lo que no hiso el Comandante Rivera suplió la caridad de mis Hermanos que también regalaron a mis compañeros con que proseguí mi destino por la Canal por asegurarme los Padres que havia mucho riesgo. Estuve en esta Misión de San Gabriel hasta el 9 de Abril.

Resulta bien claro advertir que en estos razonamientos se halla la mejor razón política para llevar a buen término las relaciones de los españoles con los indios. El pensamiento intrasigente de Moncada resulta, pues, el polo opuesto del ideario del padre Garcés. También es cierto, como también a veces apunta el padre, que la labor con los indios debía de ser firme y a la vez delicada. Que algunos españoles, en especial soldados desertores, podían echar por tierra el espíritu de convivencia que, entiende el padre, debe de ser la vía imprescindible para lograr la pacificación de la zona y, así, el desarrollo de la obra misional.

Dolido por la falta de comprensión de Ribera que siguió desoyendo sus peticiones y condescendió a prestarle únicamente un caballo, prosigue sus exploraciones ahora hacia el norte para luego tomar un rumbo básicamente este y salir nuevamente al Colorado. Después de enormes peripecias como la de estar entre indios que habían matado a dos españoles cortándoles las manos, abierto el cuerpo y luego despedazados; de proporcionar a unos indios el paño de sol con el que se protegía para que sirviera de mortaja a un niño indio recientemente fallecido; de presenciar los ritos funerarios de los indios noche; de saber que un desertor español vivía con una india de los noche colteches y que era respetado y querido por ellos; de comer carne de oso; y de perderse durante veinticuatro horas teniendo que caminar toda una noche por los peligros que depararía el descanso, un extraño incidente le hizo temer por la vida de sus acompañantes. Era el seis de mayo y andando sin compañía alguna, se encontró a unos indios que al ofrecele comida de unos grandes fardos, le pareció ver en uno de ellos la cabeza de su propia mula.

Sebastián se había quedado atrás con los jamejabs por miedo a internarse por territorio de los noche. Estos indios le invitaron a ir a su ranchería y el padre aceptó pero no podía dejar de pensar en Sebastián y los jamejabs. Enterado, por fin, mediante mensajeros, que Sebastián se había dirigido al río San Felipe para esperarle allí, sus temores desaparecieron y sin más dilación prosiguió sus pesquisas para obtener información de estas gentes tan alejadas de la influencia española. Luego, se dirigió al encuentro con Sebastián llegando a un paraje que le pareció muy apropiado para fundar una misión, lo llamó San Miguel de los Noches. Y al poco le sucedió lo siguiente: *Las gentes alegres con mi venida me regalaron con caza y pescado y con un género de Marquesote de raíces algo dulces de que hay mucha abundancia por estos contornos. En medio de esto tuve el sentimiento de ver que la mayor parte de la gente no besó el Cruxifijo porque vieron que un Viejo se resistió a ello y decía que las Cuentas y el Tavaco estaba bueno pero que el Christo no estaba bueno que le tenía miedo. Esta es la causa* —reflexiona el padre— *de que muchas veces, al principio de las fundaciones, suele mudarse en un instante el Teatro de una suma alegría y docilidad en desgracias y fatalidades.*

Reunido con Sebastián y los jamajabs y comprobando que no habían sido objeto de violencia alguna, el padre decidió ir hacia el sur y volver a la junta del Colorado en donde Anza debía haber regresado ya de California. Viajaron en esa dirección desde el 8 al 30 de mayo hasta llegar a territorio jamajab en donde le esperaba una carta de Anza instándole a que volviera a los yumas y diera por finalizadas sus exploraciones. Dispuesto a hacer tal cosa y comprobando con gran satisfacción que las paces prometidas por las tribus de influencia jamajab persistían, sucedió un peligroso altercado entre unos grupos de jamajabs y jagualapais. Entendiendo que su gestión personal impediría el enfrentamiento, se ofreció a acompañar a los jagualapais a sus tierras. Sebastián, temeroso de la tensión que había suscitado el incidente, volvió a negarse a acompañar al padre, aunque luego le fue siguiendo a un par de días de distancia. El padre Garcés llegó a las tierras de sus protegidos y

ellos le mostraron un agradecimiento ilimitado y le consideraron su salvador. Fue allí en donde decidió explorar el camino hacia las misiones de Nuevo Méjico, una de las metas soñadas por el padre Kino y añorado también desde siempre por el padre Garcés. Se trataba de descubrir el ansiado camino que debería unir Sonora, California y Nuevo Méjico. Los jaguallapais antes tan complacientes se negaron ahora a acompañarle, pero el padre, que tenía el don de conseguir siempre sus muy honrados propósitos, les conveció de su determinación. En su camino a Nuevo Méjico volvió a experimentar toda clase de aventuras. En la entrada del 17 de junio, un comentario marginal nos pone de manifiesto uno de los rasgos más interesantes de la personalidad del padre Garcés: su profunda vocación de explorador. En su camino hacia el Moqui, la ranchería de los indios pueblo limítrofe a Nuevo Méjico, se encontró con unos jaguallapais que le invitaron a visitar su poblado y dice: *Por allí pude ir al Moqui a no haverme instado estos otros a ver sus tierras a lo que deseoso de ver más gentes y descubrir más caminos no me pude negar.* El 26 de junio llegó al Cañon del Colorado: *paré a la vista de los profundísimos caxones que siguen por aquí y entre ellos va el Rio Colorado. vi desde aquí en una Sierra mui grande que azulea y corre de Sueste a Norueste un puerto abierto hasta abaxo como si artificialmente lo huvieran cortado por el que entra en esta tierra el Rio Colorado. Llamé a este Puerto de Bucareli y aunque a la vista parecía cercano era dificultoso llegar a él por los caxones que mediaban.*

El 2 de julio se encontraba en Oraybe el primer poblado de los indios pueblo. El recibimiento no fue, ni mucho menos, cordial; hasta el punto que los numerosos acompañantes que iban en esta ocasión con el padre como eran Sebastián, los yabipais y otros, que se habían ido agregando por el camino, se abstuvieron casi todos a entrar. Veamos cómo lo relata el padre y apuntemos una vez más su coraje y la fe de un hombre que sabe que sus actos sólo están inspirados en hacer el bien a los demás: *Encontré a un mozo a quien ofrecí Tavaco y no lo quiso. Dos leguas antes vinieron dos a Cavallo y bien vestidos, y acercándome a ellos como a tomarles la mano se apartaron*

haciendo señas que bolviese atrás. Hablaron a mi favor los Yabipais que me acompañaban, pero encontraron resistencia y bueltos a mi me preguntaron qué determinaba. Di a entender a los Moquis, que si ellos no me recibían me pasaría a los Gualpes (también indios pueblo) *o a los Españoles y con esto, sin esperar, proseguí adelante porque estaba cerca del Pueblo. De los ocho Yabypais solo me siguieron un Viejo y un Muchacho con quienes entré en el Pueblo para subir a la mesa dondes está éste. El camino es muy estrecho y en él hay corral de ganado menor del que allí cerquita estaban guardando tres atajos. Las ovejas son mas grandes que las de Sonora y las prietas tienen el color mas fino. Subida la cuesta caminé por la Mesa pasando por algunos medanos hasta un ojito de agua que está antes del Pueblo. Aunque la tierra es mala y no tiene Zacate en la mesa vi mucha Durasma* (duraznos) *en las cañadas y en la orilla del ojito de agua vi unos quarteles de cebollas, frixol y otras hortalizas que logran a puro beneficio. Llegué al Pueblo a cuya entrada hay dos o tres caidas y en las restantes no se ve puerta ni ventana por este lado. Entrase por una calle bastante ancha que corre de Oriente a Poniente hasta la salida del Pueblo que creo es la única. A los lados de esta calle cruzan otras de la misma anchura las que en distintas quadra forman dos Plazuelas. El piso del Pueblo no es llano pero firme. Las calles de Norte a Sur están llanas por que el declinio de su situación mira al Oriente. Las casas son de altos, unas más y otras menos cuya disposición es esta: Del piso de la Calle se levanta una pared como de vara y media de alta a cuyo nivel está el patio al que se sube por una escalera de palo de quita y pon que aunque no tiene mas que los palos precisos para subir, los palos colaterales llegan hasta la azotea. En el primer piso del quarto hay dos tres y quatro quartos con puertas, prestillo y llaves de madera. En donde hai gallinas está el Gallinero en el patio, en cuya pared está formada una escalera para subir a los altos los que se componen de una Sala grande en medio y algún cuarto a los lados. En la misma pared del patio hay otra escalera para subir a la azotea que por lo regular está unida con las vecinas casa. Lo mas particular es que todas la viviendas se dan de modo la espalda, que nadie*

puede ver lo que el otro hace en su casa a no subir a la Azotea. La figura del Pueblo ni es quadrada ni perfectamente redonda. Luego entré y me apeé a vista de muchísimas Mugeres y Muchachos que havia en las azoteas, me fui arrimando para subir a una casa conocida del Viejo, el cual havia hablado a la Dueña que estaba en la azotea. Pero ésta le advirtió que entrase él y me avisara que no subiera ni tampoco mis trastes. Arrimeme a un rincón que havia en la calle, desensillé y llevó la Mula el Yabypai a un corral de ganado. Estuvieron viniendo a verme todos el dia hombres, mugeres y muchachos, pero ninguno quiso acercarse aun ofreciendoles cuentas blancas del mar a que ponían buen semblante por lo mucho que las aprecian. El Viejo Yabypai me dixo: estate aquí solo, estos no te quieren y están malos. Con los alotes que tiraban a la calle hice fuego y un poco de atole. Llegaron los Yabypais restantes y vi que hablaban mucho en las casas en que sin duda hacian mi causa. A la tarde vi entrar en el Pueblo los hombres que venían del trabajo con Achas, Coas y Azadones. Al anochecer vino un Viejo a quien regalé y di a besar el Christo. Al recibir el regalo dixo en Castilla: Dios te lo pague, y se fue. Vino otro Mozo con el que executé lo mismo y comenzó a decirme en Español: Padre estos son Chichimecos (bárbaros) *y no quieren bautizarse ni creen que tu eres Padre pero Yo si, porque estoy bautizado y soy Zuñi* (en Nuevo Méjico) *donde toda le gente está buena y contenta con el Padre. Nosotros sabemos que los que se bautizan van al Cielo. Aqui estuvo nuestro Padre también y quando bolvió nos dixo que éstas era mala gente, pues no se querían bautizar, pero el Padre está contento con nosotros los de Zuñi. Este Padre vino poco ha de Mexico. También hay Padre en Acome y en La Laguna, donde puedes venirte mañana con nosotros que somos tres. El camino es bueno, hay agua, y va por donde sale el Sol. Antes de media legua llegaremos al primer Pueblo. Allí hay mucho zacate y comerán las Bestias, y saliendo al otro días, en todo él y la noche, llegarás a la Misión y sinó al otro días. No tengas miedo a los Apaches navajay pues han baxado de paz, y dicen que los Españoles son valientes y que un barbón (soy Yo) ha entrado diciendo que ya no ha de haver guerra. Sobre este*

asunto no contesté al Indio, solo le dixe que me alegraba de encontrarlo. Preguntele por el Capitán de aquel Pueblo y me dixo: el Cacique no quiere venir por aquí, quien sabe donde se ha escondido. Instele para que dixese a las gentes que estaban allí que Yo era Padre de los Españoles de la Sonora y de otros Indios como ellos, que arrimasen siquira a los Muchachos para regalarles y decirles cosas de Dios. Levantose el Indio y habló en voz baxa a los que estaban cerca. Después me dixo si quería ir a dormir a la casa donde él estaba, cuya oferta no admití por no ser hecha por el Dueño. A la noche como la gente duerme en las Asoteas había mucho ruido de cantos y flautas, pero pasado un rato se hizo silencio y salió una voz atiplada que hizo un razonamiento o sermón alto muy largo. Concluído este, prosiguió el bullicio. Pasado otro rato salió un Predicador de voz ronca que mientras predicó hizo un profundo silencio. Paseaban esta noche los hombres las calles como dos o tres horas antes de amanecer como si fuera un Pueblo grande de Españoles. Haviendome acostado llegaron los Yabypais, mis compañeros, a quienes participé mi determinación de ir a Zuñi, pero ellos me dixeron que no, que me bolviese al Jabesua, que los Moquis no me querían. Y aunque les di quentas blancas para que comprasen Maiz no las recibieron porque los Moquis no lo darían. Incluso los dos mas mozos me tiraron las que les havia dado en el camino, de donde inferí que los mismos Moquis los havian entrado en recelo de mis cosas.

Luego amaneció (3 de julio) *vinieron los tres Indios de Zuñi a quienes dixe que yo no iba a su Pueblo porque ya no me querían acompañar los Yabypais, y ya no podía bolver por el Moqui recelándome de ellos si venía sin los Yabypais. Previnoseme que los Yutas eran amigos de los Españoles y también de los Yabypais, pero era largo el viage y aun necesaria escolta y avío, de todo lo cual estaba falto y aun tenía en esto muchas contingencias. Acaso en el Nuevo México se me negaba uno y otro hallando tal vez el Señor Comandante con las misma ideas que el Comandante Rivera, teniendo mi entrada por perniciosa y nada del servicio del Rey, especialmente no haviendomelo mandado su Excelencia.*

La situación es, como vemos, muy delicada. Por un lado el peligro real de unos indios que descargan sobre el padre su animadversidad y sus prejuicios, y en cualquier momento puede desencadenarse la violencia. Por otro, el padre Garcés desea ir a Nuevo Méjico distante, como le acaban de informar, a sólo tres días y por camino fácil. Sin embargo, sus acompañantes, que temen a los indios pueblo, se niegan a acompañarle y quieren volver a sus tierras. Pero si vuelven sin él, podrían crearse suspicacias peligrosas para su persona y el plan de pacificación. También complica la situación, el hecho de que quizá no le guste al militar responsable del occidente de Nuevo Méjico (como no le gustó al comandante Ribera), su imprevista llegada y por un rumbo tan peligroso. Nótese pues —y centrando ahora los problemas en el más profundo— la extraña paradoja que supone el hecho de haber descubierto un camino anhelado desde hacía 100 año, y no poder (o no deber) culminarlo por la miopía política del algunos. En todo caso, y como ya hemos tenido ocasión de advertir, al padre Garcés no le interesaban los honores sino el trabajo bien hecho, y ahora ya sabe cómo debe culminarse la ruta hasta Nuevo Méjico.

Y así termina el relato de su estancia entre los indios pueblo: *Escribí por último al Padre Ministro de Zuñi, aunque no sabía cómo se llamaba, dándole noticias de mi llegada a aquel Pueblo y de lo mal que me havian recibido a distinción de otras Naciones,y encargandole remitiese aquella o su traslado al Señor Governador y Reverendo Padre Custodio a quienes me encomendaba mucho. Fueronse con esta carta los de Zuñi y al poco rato vino mi Viejo Yabypai con otro principal del Pueblo instándome pasase a ver los otros Pueblos del Moqui donde me daría de comer ya que allí no querían. Ensillé la Mula y acompañado de los dos y de muchos muchachos y muchachas mirones, baxe la cuesta del Pueblo al Oriente, donde me enseñaron el camino para los otros pueblos. Resistíame por falta de compañía, pero mi Viejo Yabypai me dixo que Yo y la Mula teníamos hambre y que él me esperaría hasta cinco días porque no havía acabado de vender el Mescal y las demás cosas. Conformeme en ir solo y entré en un llano arenoso dilatadísimo*

por el Sur. A un lado y a otro el camino vi muchas siembras de maiz, Frixol y varios Indios trabajando sus labores. Subí a otra Mesa y en ella encontré dos Pastorcitos guardando Ovejas y una Muger con su Acha buscando leña. Huyeron al acercarme conque conocí la mala disposición de aquellas Gentes en todas partes, y considerando que más vale malo conocido que bueno por conocer, y que en Oraybe estaban mis amigos los Yabypais, determiné bolverme a él. Desechas las tres leguas andadas entré al anocherçer admirándome de la mucha gente que vi en las asoteas mirandome por donde pasaba montando en mi Mula buscando el rincón de la noche anteceden el que después de algunas bueltas encontre. En este Pueblo hay dos clases de gentes y dos lenguas. Lo primero se conoce en el color y estatura de Indios e Indias. Lo segundo en el mismo modo de contar (quiere decir *cantar) Hay algunos de un color claro y algo rubio y bien dispuestos. Hay otros chicos, prietos, y feos. Quando salen fuera del pueblo parecen Españoles en el vestido, con cuera, mangas ajustadas, botas, calzones y Zapatos. Sus armas son las xaras* (jaras, palo con punta aguzada al fuego) *y lanzas. Dentro del Pueblo andan con Zapatos y Mangas de Manta pintada de las que ellos hacen y frezadas prietas. Las mugeres andan con túnica talar sin mangas y una manta prieta o blanca encima a modo de mantilla quadrada, ajustando la túnica con un ceñidor que suele ser de varios colores. No se emvijan ni se pintan ni las vi cuentas ni aretes. Llevan las Viejas el pelo hecho dos trenzas y las mozas un moño sobre cada oreja amarrado todo a un lado cuidándolo mucho. Sin embargo de que no me hicieran favor formé concepto de que havría muchos buenos, y que el daño solo estaba en quienes mandaban. Otras razones pudo haver para esto a mas de la no querer bautizarse ni admitir Españóles en su tierra, como son, el haber sabido que Yo venga de los Jamajabs y de los Yumas amigos de sus enemigos y por consiguiente tenerme por espía de los Yabypais-Tejua y Chemeguavas. También supieron que venía y era Ministro de los Pimas con quines tiene guerras como havían dicho los Indios de mi Misión. Y por esto y por las ruinas que se hallan en el Rio Gila he sospechado que antiguamente se*

estendían los Moquis hasta allí. Pregunte años pasados a unos Viejos Sibaypuris de mi Misión que quién había hecho aquellas casas que estaban caídas y la loza quebrada que hay en varios sitios del Rio Gila pues los Pimas y Apaches no saben hacerlo. Respondiéronme que los Moquis pues solo ellos sabían hacer esas cosas, y añadieron que estos apaches inmediatos no son valientes, que los hay mucho mas acia el Norte a donde ellos iban antiguamente a pelear pero no subían a las Mezas donde vivian. Confirma esta noticia el que los Yabypais me sacaron una tasa grande de losa para beber semejante a los cascos que se encuentran en la Casa de Moctezuma, y preguntándoles en donde la havían logrado me dixeron que en el Moqui hay mucho de eso. Como no entré en casa alguna no pude verlo, pero desde abaxo vi unas ollas grandes pintadas. También me han dicho los Pimas gileños que antiguamente venían los Apaches del Norte a pelear con ellos por la casa que se dio Moctezuma y siendo cierto que los que nosotros reconocemos por Apaches no tienen casa ni domicilio fixo, me persuado serían los Moquinos los que venían a pelear, los que hostigados de los Pimas que siempre han sido muchos y valientes, desampararían estas Poblazones del Rio Gila, como lo han hecho con aquel pueblo arruinado que encontré antes del Moqui retirandose adonde aora viven en sitio tan ventajoso, tan defendido y con tantas cautelas para cualquier invasión. Dentro del Pueblo no vi agua pero en la cuesta del Oriente vi un ojo abundante con baxada de escalones de piedra labrada y un brocal de lo mismo. En mi rincón descansé aquella noche, y mi Mula se la llevó un Yabypai al corral del día antecedente.

Luego amaneció (por lo tanto el 4 de julio) *oi cantar y bailar por las calles. pasó el Bayle por el lugar que estaba y vi algunos Indios con Plumages en la cabeza y otros adornos haciando el son con dos palitos en una batea y acompañando las flautas a que seguía mucha gente y se detenían en bailar en algunos sitios. Salido el Sol vino por mí gran multitud de gente, y me recelé perder la vida. Venían por delante quatro principales de los que el más alto me preguntó risueño ¿Por qué has venido aquí? No te quedes. Vete otra vez a tu tierra. Hiceles señas para*

que se sentasen, pero ni quisieron. Levantéme con el Christo en la mano y medio en Yuma medio en Yabypai y medio en Castellano con las señas, que son el mejor lenguaje, les di a entender mi derrotero, las naciones que havia visto, las que havian besado el Christo y havian estado buenas conmigo. Que también quería Yo a los Moquis y venia a decirles que Dios está en el Cielo y que aquel Señor Crucificado era Dios Jesu Christo que estaba bueno, a lo que un Viejo torciendo la cara dixo en Castilla: No, no. Entonces dixe: traygan mi Mula, la que traída y dispuestas las cosas monté a cavallo y alabándoles con cara risueña su Pueblo y sus Vestidos, salí rodeado de toda aquella multitud hasta fuera de las Casas.

Comenzé mi buelta por el camino que entré, que luego perdí. Conocí el yerro de mi camino por dos Moquis que encontré los que afablemente me encaminaron, y haviendoles ofrecido Tavaco y Cuentas no las quisieron recibir. Sucediendome lo mismo con un Pastor, y otros dos que venían de los Potreros de traer cavallos. En estos Potreros me perdí otra vez sin hallar salida. Me hallaron los Yabypais que se habían quedado en el Pueblo, y salieron luego que Yo me despedí. Antes de llegar a mí, comenzaron a gritarme Jatapaiña que quiere decir Pima y se reían mucho, añadiendo: ¿Cómo has venido tu por estas tierras siendo Pima? De que Yo inferí que el mayor óbice para los Moquis era el venir de los Pimas. Comenzaron a darme priesa para caminar recio, señalandome los humazos que se veía en la tierra de los Yabypais tejua o Apaches que se juntaban para la guerra. Llegamos ya noche al Rio de San Pedro de Xaquecila haviendo andado hasta allí doze leguas al oestnorueste en donde me dieron de cenar los Yabypais unas tortillas que sacaron del Moqui poco mas gruesas que hostias y son como el Totopoztl (torta de maiz muy tostada).

El cinco de julio el padre Garcés descubrió algo que le había intrigado sobre manera, se trata de la cabeza de lo que él imaginó era su mula y que le pareció escondían en un fardo unos indios que se encontró y le ofrecieron comida:

(El 5 de julio) *llegué a la Ranchería Yabypai. El capitán barbón y los suyos sintieron mucho el que no me hubieran dado de comer los Moquis pero ellos lo hicieron mejor que a la ida. Havian muerto una Cíbola* (vaca salvaje) *y una Res de las que andan Simarronas de que me hicieron participante. Aora conocí que era cabeza de Cíbola la que pensé era de Mula de lo que hablo el 6 de mayo... Aqui me querían detener a fuerza seis días diciendome que tenía hambre porque no havia comido en el Moqui, y que ellos tenían mucha carne, y estaban muy contentos conmigo, pero no admití su favor.*

En su camino de vuelta a Sonora los Indios de las Rancherías se alegraron de volver a verle, le obsequiaron y le obligaron a permanecer algunos días, entre ellos. Se ocupó también de explorar nuevos caminos para mejorar las zonas difíciles experimentadas a la ida. Uno de esto pasos le llamó Nuevo Canfran. El 18 de julio encontró lino: *desde que salí de Aragón no había visto esta provechosa planta.*

El 25 de julio llegó a los jamejabs: *Luego que me vieron estas gentes corrieron a abrazarme y saltaban de regocijo, diciéndome que me habían llorado muerto por las noticias que les dieron de haverme matado los Moquinos al mismo tiempo que havían avisado a los Cuercomaches que si bolvía Yo, me acompañaran. También me dixeron que Sebastián era de mal corazón, que havía dado las cuentas y demás cosas que dexé. Que una Mula se havía ahogado y otra muerto. No cesaban de hablar y de tocarme. Acompañaronme hasta aquí el Capitán de los Cuercomaches, un Gandul que me havía servido de Interprete en los Yabypais y sabía la lengua de los Jamajab, y dos Yabypais Jabesuas que traían Mantas, faxas y pedazos de cuero para cambalachear por las cuentas blancas del mar. Todos estos se quedaron aquí. Despidiéndome de ellos con mucho afecto especialmente de los Jabesuas a quiene debía tantos favores. Deseaba regalarlo porque lo merecía la buena compañía que me havian hecho, pero no tenía con qué, y así los encomende a los Jamajabs de esta Ranchería para que fueran amigos verdaderos toda la vida perseverando en la establecidas*

pazes. En estas trabajé tanto como consta en el Diario, así para que se eviten las muchas muertes y destrucciones de estas Naciones a quienes debo cariño, como para que se facilite la fundación de las Misiones, y se encuentre seguro el tránsito que se pretende a Monterrey y el Nuevo México. Las utilidades de que estén en paz y los daños de sus guerras son evidentes.

Siguió su camino hacia el sur repitiéndose en todos los poblados las muestras de afecto a su persona y asegurándose de que las promesas de paz eran firmes. Sin embargo el 12 de agosto se enteró por un cocomaricopa que los Yabypais tejua habían matado a cinco cocomaricopas. *Sentí mucho esta noticia y con este motivo reprendí la fealdad de los Cocomaricopas de dar concubinas a los Yabypais, como sabía. Y advertí a los Jalchedunes que si algún Yabypai tejua venía a su tierra no le dexasen reconocer las Rancherías aunque viniesen con motivo de paz, que le diesen de comer y lo despachasen. A los Jamajabs que estaban allí dixe que avisasen a los Yabypais tejua no hiciesen mal a los Cocomaricopas porque entonces serían enemigos de los Españoles. Admirome la seriedad con que el Cocomaricopa dixo esta mentira de las muertes, pues después supe que había sido al contrario.*

(El 14 de agosto) *pasé en balsa el Rio Colorado y llegué a unas Rancherías que llamé de la Asunción. Esta noche me hurtaron cinco cosas. Al otro día envié recado a los Viejos de la otra Ranchería diciendoles que qué era aquello ¿qué dirían las Naciones? Con esto se acaloraron, se lograron los hurtos aunque el manto bolvio hecho pedazos, pero sin faltar ninguno de ellos.*

El 23 de agosto fue testigo de otro peligroso incidente, en este caso, entre jalchedunes y yumas. Estos habían dado muerte a tres jalchedunes porque les habían robado unos caballos. Los jalchedunes le aseguraron al padre que por respetar la paz no habían bajado hasta los yumas para vengarles, que los amigos de los muertos pedían venganza pero que los demás no lo consintieron.

El 27 de agosto llegó finalmente al puerto de la Concepción

en territorio yuma en la junta del Gila con el Colorado *donde me recibieron con particular regocijo porque querían que no me fuera de su tierra porque decían que a la otra Luna venían a vivir los Españoles. Estaban muy triste porque los Cocomaricopas havían muerto a siete Yabypais Tejua, sus amigos, con engaños y capa de paz. Así supe la mentira del Cocomaricopa. Afee la traición y encargué a Pablo que gobernaba por ausencia de Palma que dixese a los yabypais-tejua, sus amigos, que estaba triste por la muerte de sus parientes y no iba a sus tierras por no tener que regalarles, que siempre era amigo suio y que después los visitaría. Dixe también a Pablo que mantuviese la paz con todas las Naciones vecinas. El Rio que los Yumas llaman Javill y nosotros Colorado es muy particular en crecer y menguar todo el año con mucha morosidad. Comienza a crecer a últimos de Febrero y prosigue Marzo, Abril, Mayo y Junio, baxando en lo restante hasta el Febrero siguiente. Su origen lo trae muy al Septentrión y aun en sus principio es muy caudaloso no entrandole Rio especial mas que el Gila y el de la Asunción desde los Yutas hasta el desemboque. Ya he dicho los Rios menores que le entran arriba. Las noticias que he adquirido de él son estas únicamente. Pregunté si por la parte del Norte o Norueste se le juntaba el Rio Grandes y me respondieron todos los Indios que no. Por ningua de las partes que le he visto se puede vadear a Cavallo, excepto en los Yumas y cuando viene baxo, y aquí es el vado peligroso e inconstante, pues ya no se halló vado el año padado por donde lo haviamos pasado el antecedente. En todas partes tienen arboles de Sauces, Alamos, Mesquites, Tornillos, menos en donde pasa entre peñas. Aunque es escaso de pasto tiene algún zacate chico con abundancia de Carrizo, Tulares, Bledos y Zacatones. Las tierras de sus riberas son buenas, excepto tal cual distrito salitroso, y en ellas les coge toda clase de semillas, y siendo tan dilatadas pueden mantener a sus habitantes y a otra mucha gente. Este Rio es una muralla grande para los Yabypais y Serranos porque no se atreven a vadearlo sino lo pasan los de la tierra, por lo que se conocerá el poco recelo que se puede tener de los Apaches poniendolos establecimientos en la otra vanda del Rio. Las Naciones que*

habitan las riveras del Rio por su orden desde el desemboque son Cucapá, Jallyquamay, Cajuenche, Yumas, Jalchedún, Jamajab, Chemeguaba, Yabypai, Payuchas y Yutas. Lo que digo de siembras se entiende hasta los jamajabs porque arriba no las permite lo encajonado del Rio. Las Naciones de sus riberas son bien apersonadas, y aun las Mugeres muy corpulentas y sanas. Son las más numerosas y las mas ricas, por lo cual todas las demás apetecensu amistad. El adorno de los hombres hasta los Jamajabs es la total desnudez. El de la Mugeres se reduce a una Enahuas de cortesa de Arboles. En pasando de los Jamajabs se encuentran Indios e Indias vestidos con mucha decencia. Bañanse en todo tiempo y componen el pelo en varias figuras. Son de genio liberal y muy amigos de su tierra en donde con la abundancia de los frutos olvidan la caza. Esto también se entiende en todas las tierras donde se siembra.

Cuando llegué, me dixeron los Yumas que se havia aogado un Español por no querer esperarse a que lo pasasen los Indios. Salí de estas Rancherías para bolver a mi Misión por el camino que traxe con la Expedición. Proseguí visitando las Rancherías de los Opas a quienes afee la traición executada con los Yabypais-tejua pero al mismo tiempo les di a entender que no convenía la paz hasta que los Españoles entrasen en su tierra y se experimentase la buena fe de los Tejuas a los que podían temer mucho si los dexaban entrar a visitar sus Rancherías. Llegué a los Pimas Gileños acompañado del Gobernador Cocomaricopa. Huvo mucho regocijo porque hasta aquí havia llegado la noticia de mi suerte. Dixome el Gobernador Pima que todos los parientes estaban muy contentos y querían juntar los Pueblos y hacer fiesta. Condescendí con tal que la hicieran lexos de mi, presumiendo en lo que vendría a parar. A poco rato oí que cantaban de montón ha haviendo callado se seguían unas voces que decían: Nosotros estamos buenos, estamos contentos, conocemos a Dios, y somos gentes para pelear con los Apaches. Nos alegramos de que ha venido el Viejo (así me llaman) *y de que no lo han muerto los Apaches. Como eran tanta la gritería (cosa ajena a la seriedad de los Pimas) luego conocí la causaba la bebida, lo que produxo varios efectos. Unos venían y me*

tomaban la mano saludándome. Otro decía: Yo soy Padre de Pedro. Otro, me has de boutizar un Muchachito. El otro medio pronunciaba: esta es tu Casa, no te vayas a ver al Rey ni al Tucsón. Otros se medio persignaban en Castilla. De modo que aunque tuve disgusto por aquella general borrachera me complacían las expresiones en que prorumpían aun estando faltos de razón, y aun más al ver que ninguna Muger se emborrachó antes bien algunas recogiendo la ropa y cuentas que sus maridos tiraban, iban llevando del diestro respectivamente el Cavallo en que iba montado su marido. Al otro día reprehendía al Governador sobre el exceso de la Borrachera quien me dixo: esto se hace muy pocas vezes y solo en tiempo del Saguaro con que vomitan amarillo los Parientes y queda el cuerpo bueno. Llegué finalmente a mi Misión de San Xavier del Bac el 17 de Septiembre de 1776 donde di gracias a Dios y a mis Patronos de haverme librado de todo mal.

LA MUERTE DEL PADRE GARCES

Sobre el jefe yuma Olleyquotequiebe —Salvador Palma desde su bautismo en la ciudad de Méjico en 1776— recae la responsabilidad de la muerte del padre Garcés. El primer encuentro entre ambos tuvo lugar en el viaje de 1771. Los yumas ocupaban los fértiles valles cercanos a la confluencia del río Gila con el Colorado. En su territorio existía el único vado para atravesar el Colorado. Y muy difícil de franquear si se ejercía el dominio de la zona. Además la utilización de las márgenes de ambos ríos como vías de acceso, hacían de la confluencia de ambos una encrucijada de caminos cuyo control con vistas a las comunicaciones con California y con Nuevo Méjico resultaba de importancia vital. Los caminos descubiertos por el padre Garcés que ponían fin al aislamiento de las tres provincias, y la misma expansión norteña como reacción política a la presencia rusa en el Pacífico norte, volvían a hacer de todo punto imprescindible el control español del territorio yuma. Desde allí partían las rutas de unión con San Diego, San Gabriel, Monterrey y desde 1781 también con los Angeles. El padre Garcés descubrió en 1776 (viaje de 1775) otra ruta para llegar a esas misiones californianas. Consistía en ascender por la margen derecha del Colorado hasta el paralelo de San Gabriel y desde allí dirigirse directamente hacia la costa. Una serie de fuentes de agua claramente especificadas en el diario de este viaje, harían posible la travesía. La posibilidad de dirigirse desde el río Colorado hasta Nuevo Méjico también había sido ensayado con éxito por el padre Garcés y también por primera vez en la historia.

Estas eran las razones españolas para controlar el territorio

yuma. Veamos ahora la posición yuma. Los yumas poseían unas tierras fértiles que con la aplicación de los métodos agrícolas de los españoles lo serían aún más. Tenían abundantes zonas de pasto en donde podrían desarrollar una ganadería más racional: con la presencia de los españoles podrían consolidar su prestigio en la zona y defenderse con éxito de los apaches con los que mantenían relaciones teóricamente de amistad pero ambiguas y difíciles en la práctica. Un acto tan simple como el bautismo les daba acceso a lo que los españoles representaban y a —calculaban exageradamente— regalos seguros. Mantas, tabaco, objetos de cuero, tejidos de lana, vidrio, objetos de metal y hasta posiblemente armas. Los españoles alimentaban sus esperanzas contándoles el poder y las riquezas infinitas del rey de España. El trato exagerado que recibió Olleyquotequiebe en Méjico disparó -quizá- los sueños de riquezas. Un documento del A.G.I. al que falta la firma y la fecha, pero que evidentemente es de hacia 1777 y probablemente el autor fray Agustín Morfi del colegio de Querétaro, critica abiertamente ciertos métodos seguidos por algunos misioneros que tenían que ver con exageraciones respecto a las riquezas que obtendrían los indígenas colaborando con la causa española:

Estos Religiosos sin faltar a la seriedad ni un ápice, se esfuerzan por dar una idea magnífica de nuestra riqueza y poder. Se les presentan en calidad de enviados o embajadores de Rey y aun del Pontífice. Les pintan la Magestad Augusta de nuestro soberano con los colores más vivos, la multitud innumerable de sus vasallos, la extensión inmensa de sus dominios, la opulencia de nuestras ciudades, la pomposa grandeza de nuestro culto. Si estas noticias fueran sostenidas por aparato y tren correspondiente en quienes las enuncia, pudieran producir grandes efectos. Más proferidas por un hombre que se les presenta desnudo, que hace profesión de altísima pobreza, destituído aun de esas vagatelas que hacen el comercio de aquellos miserables, y que las más veces es necesario que, por haversele acabado el bastimento, le socorran ellos con sus semillas y escuchados por unos sugetos incapaces de penetrar el mérito de la pobreza voluntaria..., sin milagro de la gracia es

necesario que nieguen todo ascenso. Por otra parte les prometen el Patrimonio Real, la amistad de los españoles y la venganza de sus enemigos, y como después nada se cumple, calumnian de falsarios a los Misioneros Evangélicos haciendoles resposables de cuanto han dicho. Sobre el exceso de celo apostólico de los misioneros, se expresa así el mismo documento.

Desde la conquista de este Nuevo Mundo no han desistido los Misioneros de hacer entradas a los Paises de los Gentiles. Su zelo les hizo internarse sin reflexión y las mas veces se inutilizaron sus fatigas. Apenas principiaban algún establecimiento en alguna Nación amiga, pasaban a la inmediata que los llama o tiene alguna comunicación. De este modo se iban internando sin advertir que quedaban aislados y cercados por todas partes de enemigos o gentes poco fieles que con sus hostilidades y traiciones les impedirían la conducción de socorro tanto en granos como en tropa...

El contenido de este documento hay que tenerlo en cuenta para entender —nunca para justificar— la inesperada reacción criminal del levantamiento de los yumas que en el verano de 1781 ocasionó la terrible muerte del padre Garcés. Después de aquel primer encuentro del padre con Olleyquotequiebe en 1771, las relaciones entre españoles y yumas transcurrieron dentro de la más estrecha cooperación, como así hemos tenido ocasión de ver en el viaje de 1771, de 1774 y en el de 1775. Veamos ahora lo que sucedió entre el jefe yuma y el teniente coronel D. Juan Bautista de Anza, jefe de la famosa expedición al Pacífico de 1775. Anza regresó a los yumas finalizada su misión de conducción de colonos y tropas a California. Al saber que el padre Garcés estaba explorando al norte del Colorado, le envió mensajeros para que acudiese al puerto de la Concepción y volver juntos a Sonora. Ya vimos como el padre, considerando muy apropiadas las circunstancias para ir al Moqui, se inclinó por esta actividad y excusó por carta el encuentro con Anza. En espera de las noticias del padre Garcés, surgió entre el jefe español y el jefe yuma la idea de hacer un viaje a la capital de Nueva España para que allí Olleyquotequiebe hiciera oficial su

deseo de aliarse con los españoles y recibir el bautismo. Conocida por los mensajeros la intención del padre de continuar su viaje en solitario, Anza aprobó el proyecto de la visita a Méjico. Las noticias de la estancia de ambos en la capital están reflejadas abundantemente en documentos del A.G.I.:

El 14 de febrero de 1777 escribía Bucareli a Gálvez... *haverse presentado el Tte. Coronel Don Juan Bautista de Anza que acaba de llegar de la Provincia de Sonora con destino a darme cuenta de los sucesos de su segunda expedición practicada por tierra a los nuevos establecimientos de California e indiqué también haber traído consigo al Capitan Yuma, Salvador Palma, un hermano suyo y otros dos Indios principales y parientes.*

Quando estos se me presentaro benían ya decentemente vestidos y con capas al estilo de la Provincia de Sonora y se distinguía entre ellos el Capitán Salvador Palma, así por el que mandé darle el año pasado en recompensa de sus buenas intenciones y auxilios franqueados a los expedicionarios, como el bastón que el Tte. Coronel Anza el entregó en la primera por distintivo a nombre del Rey.

Después mandé hacer a todos unas decentes ropas sin exceptuar al Indio que hace de Interprete que aunque de la propia Nación se crió en uno de nuestro Presidios, se les han dado lo demás cavos y prendas necesarias, y expresé que el vestido del Capitán Palma fuese uniforme de Casaca y Calzón de Paño Azul liso, con botón similar y la Chupa encarnada de Grana con galón de oro. Así se me presentaron el día cuatro del corriente en que se celebran los del Rey N. S. y en el semblante de estos fieles Gentiles se reconocía el interior contento que respiraban, por cuya causa se les aumentaría mucho más al ver el amor con que los recibí dándole otro bastón a Palma la benevolencia con que les traté y el aprecio que les manifestó el lucido concurso de personas que asistió aquel día a este palacio...

Pocos días más tarde, el 24 de febrero de 1777, volvía a escribir Bucareli a Gálvez en los siguientes términos:

Muy señor Mío, di cuenta de la venida a esta Capital del Capitán de la Nación Yuma Salvador Palma y demás hermanos y compañeros... se verificó esta diligencia (el bautismo) *en el Sagrario de esta Santa Metropolitana Iglesia el día 13 del corriente por la noche siendo sus padrinos el propio Tte. Coronel Anza... recibieron el agua de mano del Penitenciario de la Santa Iglesia de Durango... Para que los citados Indios fuesen más decentes a tan seria ceremonia, había yo mandado se les hiciesen nuevos regulares vestidos por cuenta del Rey, que ningún gasto de estos es ocioso, quando en su reducción se conciben grandes esperanzas, como que dominen muchas Naciones colindantes y son las que pueden abrir o cerrar el paso a los últimamente reconocidos entre Sonora y Nuevo Mexico y entre esta Provincia y los nuevos establecimientos de California... la llegada de Salvador Palma a su Pays no puede menos que prometer acrecentada la esperanza concebida de la reducción y vasallage de aquellas Naciones y ni dexar de ser gratas al Rey estas noticias.*

José de Gálvez, entonces ministro de Indias, remitía la complacencia real por los acontecimientos relativos a la visita de Palma a Méjico:

El Rey ha oído con la mayor benevolencia y ternura y aprueba los agasajos y distinción con que V.E. ha recibido y tratado a Salvador Palma, Hermano y Parientes. Quiere que se les continúe y manda adhiera a su justa Instancia concediéndoles el Santo Bautismo quando se hayan instruído como conviene para abrazar nuestra Sagrada Religión y a su tiempo las Misiones y Presidios que solicite.

Es el ánimo de S.M. que el expresado Salvador Palma se le distinga siempre, se le conserve en la posesión pacífica de su Señorío y Cacicazgo y que a ninguno de su Nación y lo demás que atraxere a Palma o que reconocisen voluntariamente el vasallage de S.M. no se les agravie de modo alguno en sus bienes y terrenos para darlos a los Españoles. Y que esto mismo se observe con los Gentiles que solo aceptan la amistad, comercio y trato con nosotros, aunque no quieran ser vasallos

del Rey a fin de que el buen acogimiento y modo le vaya inclinado y atrayendo suavemente al verdadero conocimiento de nuestra Sagrada Religión. Los participo a V.E. con particular encargo de S.M. para que cuide de su puntual cumplimiento.

Este documento remitido desde El Pardo en la fecha citada, es un soberbio exponente de la sabiduría de la política que inspiraba el movimiento expansivo de la frontera norte. Sin herir la idiosincrasia de los indios se aconsejaba un trato comprensivo y flexible. Sin alardes de ningún género se esperaba conseguir resultados más prácticos y duraderos de los derivados del enfrentamiento abierto y la razón de las armas. La indicación de no exigir el vasallaje de los indios al soberano español alude posiblemente al contenido de la carta que Palma firmó con tres cruces asegurando la aceptación de ese vasallage y el exagerado ceremonial con el que se le distinguió en Méjico, como si se tratara de la visita de un monarca europeo.

También con fecha 14 de febrero, Galvez comunicaba a Don Teodoro de Croix los acontecimientos de la llegada del jefe yuma a Méjico:

En Méjico se ha presentado al Virrey el Capitán Salvador Palma Jefe de los Indios Yumas con el deso de abrazar nuestra Sagrada Religión y vivir en el Vasallage del Rey él y su Nación ofreciendo sus oficios para establecer paz, comercio y buena correspondencia con otros muchos situados en las cercanías al Rio Colorado. El Tte. Coronel Don J.B. de Anza ha conducido, acompañandole instruído a estos Indios, después de haber reconocido con madura esperanza su docilidad, veracidad y buena índole. Por estos motivos ha sido muy del agrado del Rey el benigno acogimiento, agasajos y distinciones con que el Virrey los ha recibido.

Así pues, queda bien claro que se aprobaba y se alentaba desde Madrid el establecimiento de fuertes y misiones en el Colorado. Si este deseo se hubiese cumplido con la prontitud y la eficacia que se presumía desde España, es muy probable que no hubiera sucedido el levantamiento yuma de 1781. Palma abandonó Méjico convencido absolutamente de que las misiones

del Colorado eran un hecho seguro e inminente. Para él esto significaba riqueza material y prestigio para su persona. Perspectiva que también hay que tener en cuenta para entender la masacre del verano de 1781.

El tiempo iba pasando y Palma, inquieto por el retraso del establecimiento de las misiones en su territorio, acudió al presidio de San Miguel de Horcasitas reclamando la prometida presencia española en sus tierras.

Muy Señor Mío: El Tnt. Coronel Don Juan Bautista de Anza me avisa en carta de 23 de mayo último que el Capitán de la Nación Yuma Salvador Palma y sus compañeros llegaron con felicidad al Presidio de Horcasitas muy gustosos y pidiendo repetidamente el pronto establecimiento de nuestra Religión Santa en su Pais, para donde devian continuar su marcha con el Capitán Don Pedro de Tueros hasta el presidio de Santa Gertrudis del Altar con la escolta competente. Traslado a V.I.S. estas noticias agradables a fin de que se sirva ponerlas en la de S.M. asegurando que nada omitiré para que se verifiquen cuanto antes los deseos de estos fieles Indios.

Las ventajas prometidas por Salvador Palma a los suyos empezaron a ser puestas en duda por los yumas ante la prolongada dilación de su puesta en práctica. Una carta del A.G.I. de 1779 (tres años más tarde), resulta evidente en este sentido.

El Capitán Don Pedro de Tueros me avisa la llegada del Indio Salvador Palma al presidio de Orcasitas en solicitud de Religiosos que catequicen a toda su Nación. Las ansias con que ésta les espera. El trabajo con que aumentaron sus siembras para hallarse bien provistas de grano y semillas a su llegada. El descrédito en que va cayendo con los suyos el referido Indio por no habersele podido cumplir las promesas que por nuestra parte se han hecho.

Las visitas se repitieron hasta que por fin Don Teodoro de Croix, verdadero culpable de esta demora, se decidió a dar los primeros pasos para su realización. Conviene aclarar que Croix, abrumado como estaba por su reciente nombramiento como

comandante general de las provincias internas y los graves problemas que suponía la defensa de las mismas, no acababa de entender (como hemos visto sucedía con otros militares) la necesidad de estos nuevos establecimientos misionales en el río Colorado. Consideraba más importante la consolidación de tan inmensa e inestable frontera, que el crearse un problema más con unas misiones nuevas en el desconocido territorio de los yumas. En estas dudas —quizá razonables— del recién nombrado resposable de la defensa de la frontera norte, debe de situarse el peligroso retraso del establecimiento de las misiones. Por fin el 5 de enero de 1779 Croix escribió la siguiente carta al padre Garcés:

Vuestro Padre está bien instruído en las fatigas que el Santo Bautismo le costa al Capitán Yuma Salvador Palma, animado este Indio del mismo espíritu acaba de llegar al Presidio de Horcasitas con solicitud de Misioneros que confieren el propio beneficio a sus parientes y manifiesta el eminente riesgo en que está de perder sus trabajos sino se le concede con prontitud lo que piden porque persuadido a que el año pasado le seguirán los Misioneros como se le había ofrecido lo aseguró así a sus Paisanos ordenándoles aumentaran las siembras de trigo, maíz, frixol y calabaza, para que cuando llegasen, hallaran abundancia de bastimentos. Hicieronlo así, levantaron las cosechas y viendo que los Padres no venían empezaron a desconfiar en la buena fe de su Jefe. Esto me hace recelar se malogre una empresa tan de la gloria de Dios y el agrado del Rey sino se ocurre con prontitud al reparo. Yo había resuelto suspender toda providencia hasta que hallándome sobre los lugares los pudiese tomar con más acierto pero me lo impiden los graves asuntos que han postergado mi deseada marcha a esa Provincia. Supongo que todos los Religiosos que trabajan en esas Misiones son muy aptos para la execución de esta empresa, pero como ella es de última importancia y yo debo asegurarla por cuantos medios sugiere la prudencia, desde luego resolví confiarla al zelo de Vuestro Padre. En la persona de Vuestro Padre concurren todas las circunstancias conducentes al logro del buen suceso. Su actividad y zelo discreto, perfeccionado por

la práctica le hacen acreedor a la preferencia. Tiene Ud. acreditada su conducta por repetidas experiencias y siempre me quedaría el escrúpulo de haver desatendido este asunto si fiase a otro esta delicada comisión.

Escribo al Reverendo Padre Presidente para que le de a Vuestro Padre el compañero que fuese de su agrado y al Gobernador Intendente y Comandante de las Armas de Sonora que faciliten a Vuestro Padre los socorros que necesiten para su utlización, transporte y escolta, encargándoles que no pierdan tiempo con inútiles declaraciones.

Espero que Vuestro Padre admitirá gustoso una comisión tan digna de su instituto y que le ofrece un glorioso desaogo de su zelo.

Dios guarde a Vuestro Padre muchos años. Chihuahua. 5 de Enero de 1779. El Cavallero de Croix.

Esta valiosísima carta, que transparenta el respeto y la estimación de los trabajos del padre Garcés, se complementa con su respuesta:

No es fácil explicar el gusto que he recibido con la N.S. de su pasado Febrero ni menos hallo términos adecuados que manifiesten el agradecimiento con que vivo a Vuestra Señoría por la determinación efectiva del establecimiento al Rio Colorado. Bien conozco que el amor que yo tengo a los Yumas y otras Naciones no me da toda la aptitud que necesito para una empesa formidable a los hombres mas gigantes. Pero viniendo la cosa por los términos regulares de la obediencia debe deshechar todo temor y fiar de la Divina Providencia que sabe, puede y quiere hacer sus obras como quando y por los medios que elige sean del calibre que fueren y así obedezco y pido por aora las Providencias que verá ud. en la copia que incluyo...

Pero desgraciadamente, la primera carta del padre Garcés desde el río Colorado ya da una idea clara de la precariedad de los medios disponibles, grave inconveniente que se hará permanente en las operaciones de financiación de la fundación de las misiones: *Sr. Governador Intendente. Ya estoy en el Rio*

Colorado gracias a Dios. Con la detención en Sonoitac se ha gastado lo más de las provisiones. Es preciso regalarles a los Interpretes, regalar a las Naciones especialmente a los Capitanes y empezar a hacer alguna fábrica de tierra. Estimaré que ponga V.S. en poder de nuestros Síndico Don Antonio de Castro vecino de la Cienaguilla como 300 pesos o decir que suministre lo que yo pidiera de en avalorio o calzones, sayal o bayeta de lo que ya aviso al Sr. Comandante General como así mismo las limosnas y los sínodos para poder pedir a Mexico los necesarios y poder pagar fletes y lo que enviaron este año y recurrir a las misiones de Sonora con libertad porque no se hallan sin el dinero y a los principios son grandes los gastos y no hay recursos...

La tramitación de las ayudas financieras a las que se refiere el padre, fue encargada a fray Juan Díaz. Con él viajaron otros dos misioneros que debían ocuparse de la evangelización de las nuevas fundaciones. En carta de 15 de mayo de 1770, Don Pedro de Corvalán notificaba a Croix la llegada del padre Díaz a Arispe y de haberle facilitado una entrega de dinero que ascendía a 2000 pesos. Consta también en el A.G.I. la respuesta de Croix en la que pide *la cuenta de dicha Abilitación.*

Hasta este momento los establecimientos misionales en el río Colorado habían generado las siguientes gestiones: reconocimiento del comandante general, ante las súplicas de Salvador Palma, de la necesidad de dichos establecimientos (aprobados incluso por Madrid); nombramiento del padre Garcés para dirigir el enclave de los mismos; la muy escasa dotación económica para cubrir los primeros gastos.

Llegados los tres franciscanos al río Colorado se dedicaron de inmediato a labor apostólica. Pero muy poco después, y pese a lo que podía esperarse de cuatro misioneros entregados de llenos a su trabajo, las noticias dejan entrever dificultades y problemas. Por ejemplo: la iniciación de hostilidades entre jalchedunes y cajuenches aliados ahora contra los yumas; cierta decepción ante el excesivo interés de los indios por los regalos (que además no sobraban), y muy escaso por la religión; el

escaso respeto de los yumas a la autoridad de Salvador Palma. Ante este estado de cosas se pedía la pronta llegada de colonos y tropas con el fin de vitalizar las fundaciones y, efectivamente, ponerlas en marcha. Se dudaba entre construir tres misiones en los yumas, jalchedune y cajuenches, o bien sólo dos y en territorio exclusivamente yuma.

Las dos opciones anteriores —ambas surgidas de la experiencia directa con esas tribus y las necesidades reales que creaba— fueron sorprendentemente rechazadas por el comandante general de las provincias internas, el caballero de Croix, que decretó la fundación de dos pueblos de colonos españoles. Contarían para su protección con una tropa compuesta por un sargento, dos cabos y dieciocho soldados. A estos soldados voluntarios y sus familiares, se añadirían otras veinte familias más de colonos. La población de estos dos pueblos se aumentaría -según disponía el decreto— *con todos los Gentiles que quieran sumarse a ellos.* Llevaba fecha de 20 de marzo de 1780. En el otoño de dicho año llegaba la expedición al río Colorado. Iba a su mando el comandante Don Santiago Isla, cuyo diario se conserva en el A.G.I. El padre Garcés y el padre Juan Antonio Barreneche fueron destinados a la nueva fundación en construcción que se llamó la Purísima Concepción. Los padres Matías Montero y Juan Díaz, a San Pedro y San Pablo de Vicuñer. A finales de mismo otoño los dos pueblos eran ya una realidad.

Los escasos regalos distribuidos a los yumas a la llegada de los fundadores de la Purísima Concepción y San Pedro y San Pablo de Vicuñer aumentaron el malestar de los indios. Para colmo de males los parajes elegidos para el establecimiento de los pueblos ocasionó a los indios mermas en sus sementeras de trigo, maíz, frijoles, sandías y calabaza. Además los animales traídos en la expedición causaron daños en las siembras y pastizales. Cuando se acabaron los víveres no tuvieron más remedio que obtenerlos de los indios. Como los géneros traídos para compensarles eran escasos, empezaron las quejas. Isla los recibió valorando sus justos argumentos, pero reconociendo al mismo tiempo que hasta la solicitada llegada de nuevos envíos

nada podía hacerse. Las disensiones estaban fomentadas por Pablo, un hermano de Salvador Palma, y por Ignacio, hijo de otro de los jefes yumas. El malestar se configuró peligrosamente cuando los Indios se convencieron de que los establecimientos españoles no iban a traerles los beneficios y riquezas proclamados por Palma a raíz de su visita a Méjico en 1776. La hostilidad se manifestó abierta aunque no violentamente. Isla, ensayando una audaz fórmula política, nombró gobernador de San Pedro y San Pablo al hermano de Palma que representaba el bando de los descontentos. Pero esta medida fue tomada por Pablo como signo de debilidad y su orgullosa actitud aumentó. Isla se vio en la necesidad de encarcelarlo durante unos días. Tampoco esta medida fue eficaz. Resultaba imposible imponer medidas militares efectivas pues todo estaba sucediendo rápidamente y no podía disponer de todos los soldados, algunos ausentes encargados del correo y otros, para colmo de males, enfermos.

El plan de Croix de crear pueblos en lugar de misiones no estaba dando resultados positivos. El padre Garcés, que conocía perfectamente el problema, había puesto objeciones al plan de Croix y la peligrosa situación creada daba la razón a los argumentos de padre. Croix había confiado excesivamente en Palma sin contar que los cuatro años pasados habían mermado su autoridad. Tampoco había estimado Croix los desajustes que implicaban en la vida cotidiana de los pueblos españoles, la presencia permanente de los indios ya que jamás habían vivido a la manera española. Ni tampoco las consecuencias de las escasas subvenciones otorgadas a tan importantes fundaciones. Las mermas económicas de los indios causadas al agotarse las provisiones de los españoles, indignaron a los yumas acostumbrados a imaginarse colmados de todo con la venida de los españoles.

El padre Garcés estaba dedicado por entero a las tareas evangelizadoras. Para estar más cerca de los indios había construído un jacal en las afueras de La Purísima Concepción. Pero el palpable recelo hacia los españoles dificultaba su trabajo. A primeros de junio de 1781 llegó un grupo de

soldados que volvía a Sonora después de conducir una expedición de colonos a las fundaciones californianas. Habían seguido la ruta del padre Garcés. Algunos de los componentes de esta expedición fueron los fundadores de un pequeño pueblo cerca de la misión de San Gabriel llamado Los Angeles. La llegada de este grupo de soldados que mandaba el comandante Ribera excitó aún más el ánimo de los yumas, entendiendo erróneamente que su presencia significaba el aumento de medidas represivas. La actitud era tan hostil, que Isla ordenó la vigilancia permanente de soldados armados, y el aviso a los colonos sobre la posibilidad de un ataque. Esta medida acabó por hacer explotar la tensión. El 17 de julio los yumas atacaron a los españoles. La narración detallada de los espeluznantes sucesos que sucedieron a partir de esta fecha fue recogida por fray Domingo de Arricivita, cronista del colegio de Querétaro, después de oír a los testigos directos de la masacre que luego pudieron darse a la fuga: el padre Garcés y los otros tres franciscanos fueron apaleados hasta la muerte. Muchos soldados, entre ellos Isla y Ribera, asesinados. Otros, torturados y algunas mujeres violadas y el resto quedaron como rehenes. Unos pocos consiguieron salvarse huyendo hacia el sur:

El domingo día diez y siete de Julio de ochenta y uno, se tocó a Misa y no habiendo en el pueblo de la Concepción más Soldados que el Comandante Isla y el cabo Baylón, concurrieron a ella con la mugeres y uno u otro de los Pobladores, porque los demás andaban en el campo desparramados y quedando el Cabo de centinela por si venían los Indios armados como los días antecedentes para que no intentasen algún alboroto. Comenzó el Padre Garcés la Misa, y al pasar el Misal para el Evangelio, se oyó el alarido de los Indios, que cayeron en grandes escuadras y sitiaron la Iglesia y las casas. Suspendida la Misa salió el Comandante a tomar las armas y al salir de su casa que estaba muy inmediata, le oprimieron los enemigos y rápidamente le quitaron la vida a palos. El Padre Berreneche, que estaba dando gracias de la Misa que había celebrado, salió a las voces que pedía confesión el Cabo, que estaba rodeado de bárbaros y le daban fatales palos. Animado por su intrépido zelo

se metió entre ellos, y pudo absolverlo, y fue admirable la Providencia en sacarlo de tan evidente peligro, pues le dieron muchos palos y salió sin lesión alguna del sangriento conflicto. Luego que mataron al Comandante arrojaron su cuerpo al rio y comenzaron el saqueo de las casas. Otro se extendieron por el campo donde andaban los vecinos sin armas y mataban o dexaban estropeado a los que encontraban. Algunos pudieron llegar a la Capilla o casa de los Padres a las que no invadieron aquel día los bárbaros y el mediodía se retiraron. Con esta suspensión, y despreciando su propio peligro, salio el Padre Barreneche a la tarde y fue confesando algunos que halló ya agonizando. Fue la noche triste de todos modos, pero los Padres procuraron hacerla buena con confesar a algunos y exhortar a todos a que no perdieran el tiempo en pensar quien tenía la culpa de tan funestos sucesos, sino que los recibieron con resignación Christiana, como castigo de las culpas.

Mucho más executivos fueron los estragos que el mismo día y hora hicieron los Rebeldes en el pueblo de San Pedro y San Pablo, donde eran Ministros el P. Fr. Juan Díaz y el P. Fr. Matías Moreno. Cuando estaban previniendo las cosas para celebrar Misa y darle el Viático a un enferma, dieron el alarido los enemigos, y entraron con furioso ímpetu, y no habiendo encontrado resistencia alguna, mataron a los Padres, y al Padre Moreno le cortaron la cabeza con un hacha, no se supo si estando vivo o muerto, y matando a algunos Pobladores, a otros los hicieron prisioneros, y obligaron a que echasen en el Rio las Imágenes y Vasos Sagrados, robando los Ornamentos, y quanto havía en el Pueblo. Pusieron fuego a la Iglesia y casas, y se llevaron todas las mugeres cautivas.

Como en la tarde y noche del día diez y siete no habían vuelto los Indios a hostilizar al Pueblo de la Concepción, pensaban los Padres que se había aplacado la furia, y a la mañana del diez y ocho les propuso el Padre Berreneche a los que estaban allí refugiados que alabasen a Dios y a María Santísima y les diesen gracias, porque con aquellos trabajos veían que Dios se acordaba de ellos. y habiendo celebrado el Sacrificio de la Misa, comenzaron los hombres y Padres a quitar

las bardas de la casa y de la Capilla, subiendo con frecuencia el Padre a ver desde la azotea si venía el enemigo, el que no apareció hasta las tres de la tarde, que volvía de la invasión, que por la mañana havia executado en el Real del Capitán Don Fernando de Rivera. Había éste conducido las familias y expedición para la Canal de Santa Bárbara, y puestos ya en marcha para San Gabriel, volvió él con un Sargento y seis soldados a repasar el Rio para que las bestias que iban enfermas y flacas se reforzaran con sus pastos y así puso muy cerca de él el Real de su tienda y de los soldados. Los Indios que estaban en el asalto del Pueblo de la Concepción los vieron, y por eso lo suspendieron para ir a impedir con matarlos. El Capitán también vìo los estragos que estaban haciendo, y no pudiendo remediarlos por el Rio se previno por si quisiesen ir a insultarlo. Hizo una especie de trinchera y preparó su gente y las armas. Y a la mañana siguiente del día diez y ocho le embistió tumultuariamente la multitud de Yumas. Fueron recibidos de los soldados montados con la descarga de las escopetas, que hicieron todo su efecto matando a muchos. Pero como era la chusma muy grandes, al disparo se arrojaron sobre los caballos y a palos los imposibilitaban y cayendo el ginete se echaban sobre él y así les quitaron la vida a algunos, por lo que se juntaron en la trinchera los otros, pero era de poca resistencia y no los abrigó. Y aunque hicieron una vigorosa resistencia con mucha pérdida para los yumas, oprimidos de la multitud perdieron todos la vida. Así acabó este Capitán que hacía formal desprecio de los Indios y cuya temeraria confianza le puso en sus manos, pues si hubiese tenido correspondiente escolta, les hubiera castigado su osadía. Su lastimosa desgracia es prueba evidente que no sucedieran las de los dos pueblos, si se hubieran dado las providencias que expusieron los experimentados.

Acabada esta sangrienta refriega que duró hasta el medio día, repasaron los Indios el Rio para ir a completar la que dexaron comenzada. Como a las tres de la tarde les vio caminar para el Pueblo el Padre Berreneche, y les gritó a todos, cada uno vea cómo puede escapar, pues de cualquier manera estamos expuestos a morir en manos de los enemigos. Los Padre se

salieron de la iglesia y la gente iba en su seguimiento. Llegaron a una laguna larga pero angosta y viendolos un Español que estaba a la otra banda, comenzó a dar vozes pidiendo confesión porque estaba muy mal herido. El Padre Berreneche se tiró luego al agua, y se vio en gran peligro poque estaba hondo aquel estrecho y para libertar la vida le fue preciso soltar un Santo Christo y el Breviario que llevaba en las manos y asirse de una débil rama para salir a confesar al herido. El Padre Garcés se despojó del manto y de hábito, que hizo pedazos y repartió a la gente que iba desnuda y quedándose con una túnica, pasó la laguna. Juntos los Padres fueron a dar a la casa de una India que siempre había manifestado amor a los Misioneros, a la qual los conduxo su marido, y aquí se mantuvieron el día diez y nueve.

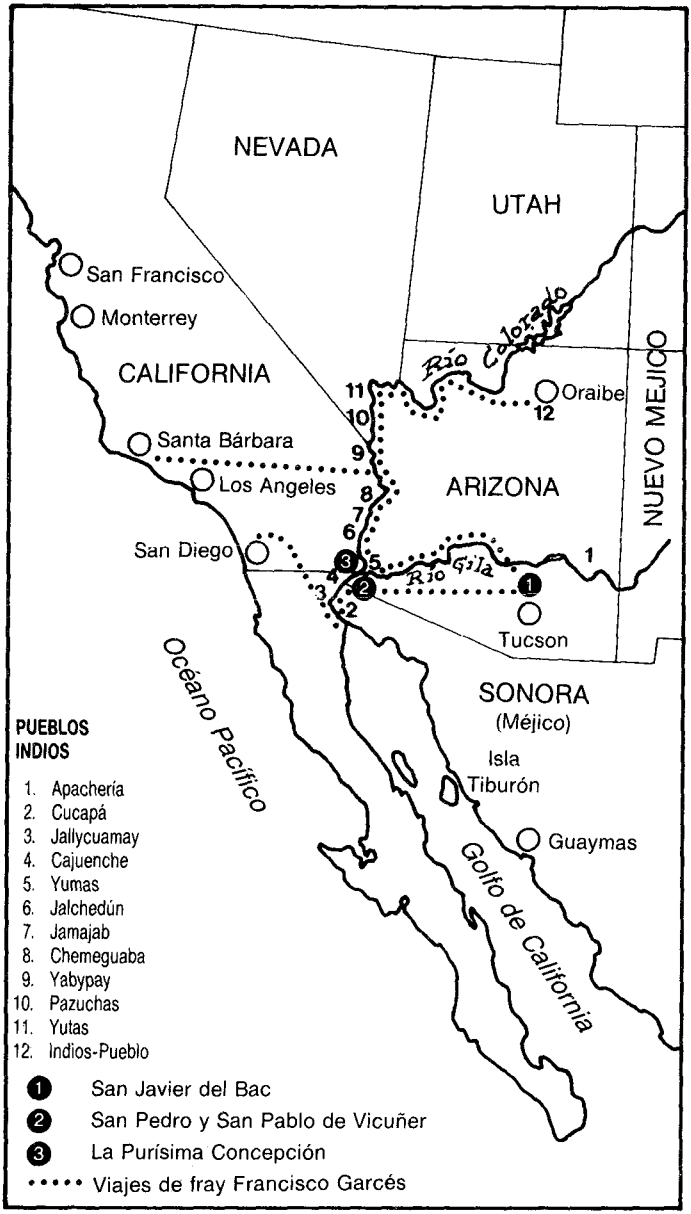
Los Indios enemigos llegaron la dicha tarde al Pueblo y lo hallaron desamparado de todos. A su salvo robaron, destruyeron y quemaron cuanto había, y según después se dixo, quando solicitaban saber a dónde se havían ido los Padres, hubo mucho que dixeron que los Padres no se habían de matar, que tenían buen corazón y así no hicieron diligencia de seguirlos. También se dixo que al otro dia del alzamiento, recobrado Palma del sobresalto, y viendo a los Indios ya algo sosegados les dixo: que buscaran a los Padres y que si estaba vivos se los llevase, que lo que los Padres decían era bueno y que ellos no hacían mal a nadie. Esto mismo declararon los cautivos rescatados y que los que fueron enviados a buscarlos, llevaron orden de no hacerles mal alguno. Pero fue la desgarcia que entre ellos iba un Nifora de aquella casta que el Padre Garcés dixo en su Diario están tan miserables y pobres que baxaban los Padres a sus hijos hasta los Yumas para vendérselos por Caballos, y de esta infame condición era éste. Pues desde muy chico se crió en el Presidio del Altar en casa de Capitan Urrea, y por no ser ladino, lo había llevado el Padre Garcés para Intérprete, pero luego que se declaró la rebelión se desertó y fue al partido de los rebeldes.

Llegaron los enviados de Palma a la casa de los piadosos Indios en que los Padres estaban acogidos y al punto que los

vieron, levantó aquel vil esclavo e infame apóstata el grito diciendo: si estos quedan vivos se perdió todo, porque estos son los peores. Al primer acto que produxo este perverso influxo, descargaron aquellos bárbaros, cruelísimos palos sobre los Padres de que quedaron muertos sin poderlos impedir los piadosos huespedes que los tenían alojados. Llenos de dolor y pena recogieron los cuerpos, y manifiestado su humanidad hasta después de muertos, hicieron una sepultura en aquel arenal, y juntos los dos cadáveres los enterraron, y con particular piedad pusieron una Cruz sobre ellos, que sirvió para que fueran hallados.

Las noticias del desastre hizo se organizara una expedición militar formada por cien soldados y 70 aliados indios. Se proponían esclarecer los hechos, rescatar a los cautivos y castigar a los culpables especialente a los cabecillas. Eran éstos, Salvador Palma, su hermano Pablo y dos hijos suyos, el intérprete Francisco Xavier y otro indio llamado Ignacio. Llegó la expedición el 16 de octubre. En la otra orilla del Colorado les esperaba Palma con 500 indios armados. El teniente coronel Don Pedro Fages trató en primer lugar del rescate de los cautivos consiguiendo la devolución de 67 prisioneros mediante un alto pago a base de tejidos, tabaco, etc. Palma no quiso entregar los restantes aduciendo que los indios que habían hecho cautivos a los españoles se negaban a liberarlos a cualquier precio. El día 19 se presentaron a Fagés 600 pimas gileños, jalchedunes y cocomaricopas dispuestos a apoyar a los españoles. El ejército español cruzó el río, atacó y destruyó los poblados yumas hiriendo y matando a los que les hicieran frente. La mayoría de los yumas huyó hacia el norte. Convencido Fagés de la imposibilidad de conseguir el rescate de los restantes cautivos, ordenó la vuelta al presidio del Altar para atender a los liberados y a los heridos. El 5 de noviembre se inició una segunda expedición también al mando de Fagés que consiguió el rescate de los restantes cautivos. Y luego atacó a los 1500 yumas que se habían reunido para hacerle frente. Después de una lucha de aproximadamente hora y media, los yumas se dispersaron. Fagés ordenó recoger los cadáveres y restos de los

españoles entre ellos los cuerpos incorruptos de los P.P. Fray Francisco Garcés y Juan Berreneche y los huesos de los P.P. Juan Díaz y Fray Joseph Moreno que fueron trasladados al colegio franciscano de Querétaro y allí enterrados.


NEVADA
UTAH
NUEVO MEJICO
CALIFORNIA
ARIZONA
SONORA
(Méjico)
San Francisco
Monterrey
Santa Bárbara
Los Angeles
San Diego
Oraibe
Tucson
Isla
Tiburón
Guaymas
Río Colorado
Río Gila
Océano Pacífico
Golfo de California
PUEBLOS
INDIOS
1. Apachería
2. Cucapá
3. Jallycuamay
4. Cajuenche
5. Yumas
6. Jalchedún
7. Jamajab
8. Chemeguaba
9. Yabypay
10. Pazuchas
11. Yutas
12. Indios-Pueblo
1 San Javier del Bac
2 San Pedro y San Pablo de Vicuñer
3 La Purísima Concepción
Viajes de fray Francisco Garcés

INDICE

Primeros años 13
El padre Eusebio Kino 17
La misión de San Javier del Bac 21
Primeros viajes 25
El viaje de 1771 33
La expedición de 1774 43
El viaje de 1775 53
La muerte del padre Garcés 95
Mapa de los viajes de fray Francisco Garcés 113

DIPUTACION
GENERAL
DE ARAGON